

Tomóchic

Novela histórica mexicana

Heriberto Frías



CLiGS ID: nh0022
CLiGS Textbox: <https://github.com/cligs/textbox>
Fuente digital: "Tomóchic. Novela histórica mexicana". *Biblioteca Virtual Antorcha* 2007, http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/literatura/tomochic/caratula.html.
Fuente impresa: unknown
Licencia: CC BY-SA 4.0

Índice

CAPÍTULO I: CALUMNIA Y VERDAD.....	1
CAPÍTULO II: ¡QUÉ LINDA!.....	7
CAPÍTULO III: TROPA HERÓICA.....	15
CAPÍTULO IV: LAS SOLDADERAS.....	22
CAPÍTULO V: LA MANO DEL GENERAL DÍAZ.....	27
CAPÍTULO VI: LISTO PARA MATAR ... O MORIR.....	34
CAPÍTULO VII: LA RACIÓN DEL OGRO.....	39
CAPÍTULO VIII: CAUSAS OSTENSIBLES.....	47
CAPÍTULO IX: POR UN DIVINO MILAGRO.....	56
CAPÍTULO X: CRUZ DE TOMOCHIC, PAPA MÁXIMO.....	61
CAPÍTULO XI: ALBOR DE IDILIO.....	66
CAPÍTULO XII: LOS BRINDIS DE LA VÍSPERA.....	77
CAPÍTULO XIII: LA TRAMPA DEL SÁTIRO.....	83
CAPÍTULO XIV: ¡DE FRENTE ... ! ¡MARCHEN!.....	87
CAPÍTULO XV: A TRAVÉS DE LA SIERRA MADRE.....	92

CAPÍTULO XVI: EVOCACIÓN LA CAMPAÑA CONTRA LOS APACHES.....	100
CAPÍTULO XVII: ¡ALLÍ ESTÁ TOMOCHIC!.....	106
CAPÍTULO XVIII: DERROTA DE LA PRIMERA COLUMNA.....	116
CAPÍTULO XIX: PEOR QUE DERROTA.....	127
CAPÍTULO XX: DERROTA DE LA SEGUNDA COLUMNA.....	131
CAPÍTULO XXI: TOMOCHIC SE PREPARA.....	139
CAPÍTULO XXII: LA TRISTÍSIMA RETRETA.....	151
CAPÍTULO XXIII: INAUDITA SORPRESA.....	162
CAPÍTULO XXIV: LIRISMO: LA VIRGEN Y EL HÉROE.....	175
CAPÍTULO XXV: EN ACECHO.....	179
CAPÍTULO XXVI: DESPUÉS DEL SAQUEO, EL INCENDIO.....	189
CAPÍTULO XXVII: LA TOMA DEL CERRO DE LA CUEVA.....	197
CAPÍTULO XXVIII: LA MUERTE DE UN HÉROE.....	209
CAPÍTULO XXIX: EL SOL DE TOMOCHIC.....	218
CAPÍTULO XXX: SOTOL Y PETRÓLEO.....	225
CAPÍTULO XXXI: LOS PERROS DE TOMOCHIC.....	233
CAPÍTULO XXXII: INCENDIO DE LA IGLESIA...	241

CAPÍTULO XXXIII: LOS PRISIONEROS DE GUERRA.....	249
CAPÍTULO XXXIV: ¡REZANDO, CANTANDO Y MATANDO!.....	261
CAPÍTULO XXXV: CHABOLÉ EL DE SONORA.....	265
CAPÍTULO XXXVI: EL ÚLTIMO INCENDIO.....	270
CAPÍTULO XXXVII: ¡VIVA LA MUERTE!.....	279
CAPÍTULO XXXVIII: LA SANTA DE CABORA....	285
CAPÍTULO XXXIX: LUEGO, ¡JULIA HABÍA MUERTO!.....	291
CAPÍTULO XL: ¡CHAPULTEPEC, CHAPULTEPEC!.....	296
CAPÍTULO XLI: ¡TENÍA QUE SER!.....	302
CAPÍTULO XLII: ¡SOLO!.....	308

CAPÍTULO I

CALUMNIA Y VERDAD

Sol deslumbrante y abrasador caía a plome sobre la destartalada plaza, completamente solitaria y silenciosa, en honda paz de tumba, en un ambiente de horno.

Eran las dos de la tarde. En el extremo de una de las calles que desembocan en tan desolado recinto, Miguel Mercado, joven subteniente del Noveno Batallón, vistiendo ligero uniforme de dril, blancos de polvo los zapatos y flotándole sobre la espalda el paño de sol, contemplaba, perplejo, los portales que se extendían a la izquierda.

A su frente vio paredones viejos, muy viejos y muy tristes; a su derecha, la iglesia cuya tosca y fea torre chaparrona, recortaba con quebrado peño el azul oscuro del cielo. Al lado del atrio, pequeño y sucio, casas de claras fachadas, limpias, casi blancas.

Y en el centro de la desierta plaza, una banqueta en cuadro resplandecía entre ocho o diez arbolillos escuetos que alargaban tristemente sus varejones - ¡el jardín!

Miguel, erecto el entrecejo de su rostro imberbe quemado por el sol, contempló con aire de aburrimiento y cólera la desolación de aquella plazoleta, única que existía en Ciudad Guerrero.

- ¡Y a esto llaman ciudad! -se dijo casi en voz alta.

Venía muerto de hambre y buscaba una fonda o una tienda donde saciarse. Con movimiento rápido y brusco reemprendió la marcha, dando grandes zancadas y haciendo sonar su espada con un tintineo argentino y rítmico. Llegado por fin a la sombra del portal, vio alegre, muchos tendajos, cuyos armazones poblados de botellas lucían extrañas tintas.

Entró en uno muy amplio, de dos puertas, invadido por adustos hombres melenudos, con blusas blancas, pantalones de tela burda y calzando teguas de gamuza.

Pidió una copa de tequila, que le sirvieron silenciosamente, al lado de un vaso de agua, y antes de apurarla:

- Oiga, amigo, hágame el favor de decirme por dónde hallaré una fonda -dijo a uno de aquellos hombres.

Y él, un gigantón de enmarañada cabeza y áspera barba eriza, le miró un minuto con desdeñosa curiosidad; luego, alzando los hombros y volviéndole la espalda:

- No sé - contestó brutalmente, echándose a la bocaza un gran vaso de sotol.

Apenas pudo contener Miguel un movimiento de desagrado al oír la respuesta. Encontraba la misma hostilidad elocuente de que habían sido víctimas los oficiales desde su llegada a Chihuahua; las mismas

caras hurañas y el mismo gesto de desprecio, idéntica fiera altiva.

Cansado como venía por seis jornadas continuas, durante las cuales no había comido sino tortillas de harina y carne asada; ávido de tomar caldo, frijoles, chile, los más toscos o sencillos alimentos, aquel día que no se había desayunado sino con una *gorda*, sintió Miguel inmensa cólera ante la ruda contestación del paisano.

No le quedó más remedio, sin embargo, que apurar su copa de un solo trago, con temblorosa avidez sedienta.

En aquel instante, el retintín de unos acicates resonando contra las losas y el conocido golpeteo metálico de un sable, le hicieron volver el rostro.

Y vio a Gerardo, un simpático tenientillo del Estado Mayor, de aspecto infantil, a quien conocía desde México, un buen chico que apreciaba sinceramente, por franco, ingenuo y recto.

Chaparrón, de rostro sonrosado y ancho, llevando un kepis enfundado con blanco paño de sol, dormán negro, albo pantalón y duras botas de montar, arrastraba casi el sable. Reconoció a Miguel y se le acercó, gritándole con voz alegre:

- ¡Hombre, Mercado, no esperaba que vinieras! Se abrazaron, dándose grandes manotazos sobre las espaldas, sacudiéndose cordialmente el polvo del camino.

- ¿Qué tomas, hermano? ¿De qué te la echas?

- Ya no quiero tomar nada; dime dónde hay qué comer.

- Voy para la fonda precisamente; pero primero nos echaremos un fajo de tequila ... ¡Dos tequilazos, don Pedro!

Gerardo, entusiasta, y desbordando un inagotable torrente de palabras, retuvo al oficial del Noveno, quien le escuchaba nervioso, reteniendo incipiente arranque de ira.

- ¡Ya sabes! Estoy en el Estado Mayor con el general Rangel: verás cómo ahora sí nos lucimos. Ya verás, ya verás qué *zurra* les damos a esos demonios de tomoches ... ¡Son valientes ... hombres ... no se puede negar! Palabra de honor, yo creí que eran papas ... pero son, sí, muy valientes ... parecen venados, los ves aquí, y de repente ¡zas! en la punta del cerro y *¡Viva el poder de Dios y mueran los pelones!* ... y rau ... ¡caramba! si ni apuntan ... al descubrir, hermano ... te recontramatan. Con decirte que cada cartucho es un muerto; no yerran ... ¡Imagínate cómo estaría yo ese día en que nos amolaron al general y a mí! ... ¡Salud, hermano!

- A la tuya.

Lo peor fue que después de que tomaron las copas, Miguel, algo excitado, extinta su cólera, las mandó repetir, sintiéndose consolado por el alcohol del abominable tequila chihuahuense.

Experimentaba grato alivio, en pie delante del mostrador sucio y húmedo, y escuchaba la charla sonora del teniente, recordando la historia que de sus desventuras se refería en los corrillos de oficiales, entre bromas y carcajadas, allá en Chihuahua.

El día dos de septiembre de 1892, cuando intentó atacar el pueblo de *Tomochic* el general Rangel, después de ser herido el teniente coronel Ramírez y muertos el mayor Prieto y el teniente. Manzano; en el momento de la derrota y de la confusión; mientras el general buscaba refugio en un jacal, a él le mataron su caballo; se le acercaron algunos tomochitecos; desarmáronle y le dijeron, insultándole y dándole de nalgadas - Nosotros no peleamos con muchachos. Usted debe estar con su mamá - y le dejaron desmayado de susto.

Mercado sonreía irónicamente al oficial de Estado Mayor, aunque comprendía que aquello que se contaba de él podría ser una calumnia, edificada, no obstante, sobre la verdad de la derrota.

- Es que -observó-, cuentan que te dieron de chancclazos el día dos de septiembre.

- ¡Mienten! ¡Qué me iban a dar! Lo que pasó fue que me mataron mi caballo, repentinamente, de un balazo: entonces caí yo hiriéndome la cabeza, quedando por muerto sobre los cerros ... ¡Me salvé por milagro!

- Pues no es lo que nos contaron en Chihuahua; pero ya ves cuánto se inventa. En fin, vamos a comer, porque ya se me está subiendo este maldito tequila.

- ¡Qué tequila va a ser! Es sotol vil y aguardiente. Bueno, vamos; nada más que allí han de estar comiendo también los del 11° Batallón y del Quinto Regimiento ... Tú no los conoces, ¿verdad? ... ya verás qué bien se divierten.

Y ambos salieron de la tienda, y charlando aún, ya reanimados, atravesaron la plaza desolada y reverberante de sol, bajo un cielo azul maravilloso.

CAPÍTULO II

¡QUÉ LINDA!

Detúvose Mercado en el umbral de la puerta del fonducho al oír una tenaz y confusa algarabía de voces, gritos y carcajadas, mezclados a un agradable estrépito de vajilla removida y de cubiertos chocando con la loza de los platos y el cristal de las copas.

Mas no dejó de intimidarse un poco, viendo, ante larga mesa, instalados a quince o veinte militares desconocidos para él, uniformados de dril, de rostros ennegrecidos y sucios, hablando los más, comiendo y bebiendo todos.

Era aquello más bien una tienda, lleno el almacén de botellas vacías, sirviendo de mesa el mostrador cubierto con un grasiento mantel, atestado de platos y de cascos de cerveza.

Había allí oficiales del Quinto Regimiento, del Undécimo Batallón y del *Cuerpo de Seguridad Pública* del Estado de Chihuahua, y pudo comprender Miguel, al momento, que eran jefes, por lo que dijo a Gerardo:

- Oye, tú; aquí hay muchos superiores; - pero aquél lo arrastró, tomándole del brazo. Y como la mesa era extensa y había amplio hueco cerca de un extremo, se sentaron allí, gritando el tenientito chaparrón:

- ¡Cuca, dos comidas!

La llegada de los jóvenes pasó inadvertida; y Miguel, pensativo, prestó oído a la conversación que animábase ruidosamente, a medida que el hambre se satisfacía.

Después de pasear su vista por los rostros plácidos reconoció a Castorena, subteniente también del Noveno Batallón, a quien juzgaba él su mayor enemigo.

Era un adolescente rechoncho, cabezota de ensortijados cabellos azafranados y voz cavernosa, a quien, sin motivo, odiaba cordialmente.

Ya se comía menos, pero se bebía y se hablaba más. Y Castorena, un poco ebrio, relampagueante, improvisaba brindis en verso, que unos cuantos oficiales aplaudían, en tanto que la charla continuaba entre otros camaradas menos alegres.

Y dos criadas, altas y blancas, vestidas de percal claro y con mascaradas rojas en el cuello, iban y venían muy atareadas, llevando los platos o botellas de cerveza.

- Lo que es ahora sí -declaraba un teniente del Onceno Batallón, de enormes bigotes grises y cara de corsario-, ahora va en serio el negocio; todo está muy bien combinado; somos muchos; les vamos a hacer pedacitos; cuestión, a lo más, de una hora ... ¡ni el polvo nos ven!

- De veinte minutos, compañero -acentuó un mayor-; el coronel Torres, que viene de Sonora

con cien hombres del Duodécimo Batallón y con sus pimas, indios muy buenos para el pleito y que conocen muy bien la sierra, nos va a ayudar.

Y se puso a referir al capitán del Noveno que tenía al frente, las causas de la derrota del día dos de septiembre: ningún plan bien concebido; completo desconocimiento del terreno; y, sobre todo, la traición incomprensible de Santa Ana Pérez, quien con más de sesenta hombres de la fuerza del Estado de Chihuahua, se pasó -decían- cínicamente al enemigo.

- Pero oiga usted, mi mayor -exclamó Castorena, poniéndose grave- ¿qué, son tan terribles esos hombres? En todas partes, desde Chihuahua, no nos hablan de otra cosa, al grado de decir algunos que no les entran las balas.

- Son terribles, compañero; conocen su carabina Winchester a las mil maravillas; han sostenido desde niños un eterno combate contra los apaches y los bandidos; pueden correr vendados por la sierra sin dar un mal paso, pero son excesivamente ignorantes y altaneros. No se ha cuidado de ilustrarlos y quieren independerse de los dos poderes a los cuales hasta hoy han obedecido: el Clero y el Gobierno. Están bajo una obsesión imbécil ... ¿quién los sugiona ...? Desconocen toda autoridad; ya se ha querido tratar con ellos y piden imposibles. ¡Hay que acabar de una vez con ellos ...! Será cruel pero necesario: ¡Suprimirlos!

En aquel momento, Cuca, una deliciosa mujercita, gorda y risueña, de ojos negros muy bellos, llevó

a Miguel y a Gerardo dos platos de humeante y sabroso caldo, que ambos empezaron a beber con sorbos estrepitosos.

Y luego hubieron de esperar con paciencia los demás platillos, escuchando las palabras del mayor, que seguía disertando sobre los enemigos a quienes iban a batir en *Tomochic*.

Encantóle al joven la manera razonable como se expresaba aquél; sin embargo, no se daba cuenta aún de la cuestión, no podía penetrar la causa del alzamiento obstinado de ese pueblo ignorante, y el espíritu a veces malicioso y desconfiado de Miguel entreveía algo tenebroso y podrido ...

Castorena, con el rostro purpúreo, escurriéndole la cerveza por el chaquetín empolvado, tomó un vaso lleno, y gritó, poniéndose repentinamente en pie:

Sí, señor, hay que acabar
Con el fanatismo necio.
Vamos a bailar de recio,
¡A Tomochic a triunfar!

Tan chabacano brindis entusiasmó a todos, menos a Mercado, a quien los chistes del guasón de Castorena le irritaban por demasiado toscos y soeces.

Después se brindó por los que iban como valientes a defender al Gobierno, que según el mayor significaba *la causa del orden, la paz, la civilización*, etc. El mayor brindó respetuosamente *por el general*

Porfirio Díaz, por el victorioso regenerador de la Patria, etc.

Y Miguel seguía escuchando, taciturno, devorando ávidamente un trozo sanguinolento de carne asada.

Aún no se acostumbraba a aquellas reuniones alegres tan frecuentes entre camaradas arrojados de aquí para allá, repentinamente, por el destino, tal vez en vísperas de una catástrofe.

Hacía dos años que Mercado se encontraba en las mas del Noveno Batallón (al que pasó del Colegio Militar, donde cursaba su tercer año de estudios para ingeniero), a causa de un drama de familia que había sacudido su estudiantil existencia de bohemio melancólico.

Episodio sencillo y cruel que había truncado para siempre todo el hermoso porvenir que soñara, y fue que su madre, casada en segundas nupcias, se había separado bruscamente del esposo que la maltrataba. Enferma y sin recursos, iba ya a entrar al hospital, pero Miguel lo impidió pasando voluntariamente al ejército, y ayudándola en su miseria con el reducido sueldo de subteniente. Quería continuar sus estudios en el cuartel en las horas francas, pero fue imposible; cayó al vicio. En vez de libros, copas. ¡Se hizo borracho!

Sufrió el contagio malsano de la pereza que engendra la existencia rutinaria y monótona de una guarnición, y no pudo abrir un libro en mucho tiempo. Sintió decaer tristemente su alto espíritu ante la

rudeza de la disciplina y ante la vulgaridad de la vida del cuartel, y para resignarse se sumergió en el siniestro olvido del alcohol, solitariamente ...

Su inteligencia, su imaginación, su sentimiento, eran inútiles en las trivialidades de la vida militar. Él, que resolvía con la mayor facilidad problemas de cálculo infinitesimal, o debatía sobre cuestiones de derecho de la guerra, no podía mandar sin atrojarse un ínfimo pelotón de soldados, por lo que, en realidad, era un pésimo oficial.

Además, su constitución física era entonces muy delicada. Extremadamente flaco, pálido y nerviosísimo, con su cara larga de viejo, que era un sarcasmo en sus plenos veinte años, y sus verdes ojos tristes, inspiraba lástima, una gran piedad despectiva.

Era una planta exótica, con su eterna melancolía entre la alegre oficialidad del batallón, compuesta de muchachos bulliciosos y calaveras, pero en general, cumplidos en el servicio, galantes, como marciales hijos del Colegio Militar.

En vano intentaba ser bromista y expansivo con ellos, que en el fondo le querían, pero que ostensiblemente le despreciaban. No podía congeniar con seres que lo satirizaban con ironías crueles y cuyas conversaciones banales le aturdían, aun reconociendo él su inferioridad como soldado.

Así fue que aquel día, mientras la francachela subía de punto entre las detonaciones de los cascos de cerveza al destaparse, él contemplaba, siempre

triste, en silencio, su plato ya vacío. Le pasaron un vaso desbordante de espuma, y tuvo que brindar poniéndose en pie, diciendo tímidamente, copa en mano:

- ¡Brindo, señores, por el triunfo de las armas del Gobierno, la derrota de los revoltosos y por el orden, que es la paz y el progreso!

Chocaron los vasos salpicando el tosco mantel. Y se hizo un grave silencio en la estancia humeante y calurosa, cruzado por nobles pensamientos.

En ese instante entró a la fonda una jovencita alta, cimbradora y ligera, con falda de lana guinda. Amplio chal a cuadros rojos y negros caíale en sus hombros gentilmente. Sus cabellos oscuros formaban una gruesa trenza pesada sobre el chal. No pudo Miguel ver su rostro, porque con paso rápido cruzó la estancia y penetró en la cocina.

Una criada retiró el plato vacío del oficial, poniendo en su lugar otro con frijoles, murmurándole al oído:

- Esa muchacha es de *Tomochic*, y dicen que es hija de San José.

Cuando Mercado iba a preguntar más, un teniente del Estado Mayor, que charlaba cerca de la puerta con la fondera Cuca, exclamó:

- Están tocando llamada de honor en el Cuartel General. ¡Vámonos!

Hubo un gran movimiento y ruido de sillas, y todos se levantaron limpiándose la boca con el

mantel, después de echar el último trago de cerveza, pagando cada uno tres reales a Cuca.

Miguel, que fue el último, se acercó a la puerta de la cocina, mientras esperaba *el vuelto* de un billete de cincuenta centavos. Pudo oír entonces una voz de un timbre melancólico y dulce y de inflexiones cariñosas, llegando a sus oídos estas palabras, entre el ruido de los platos y cubiertos:

- Sí, don Bernardo dice que pasado mañana nos iremos a Tomochic, ¡María Santísima nos valga!

Y Mercado, corriendo un punto, es decir, alargando el cinturón de su espada, escapó, llevando la impresión luminosa y grata de la jovencita grácil, de la hija de San José, que debía marchar también a *Tomochic*.

Y al pensar en el ritmo de su paso, en sus fugitivas gracias y en su femenino adolescencia, una ráfaga de frescura ensanchó el oprimido pecho de Miguel bajo la hornaza de la siesta, y murmuró:

- ¡Qué linda!

CAPÍTULO III

TROPA HERÓICA

Un día triste, el tres de octubre de 1892, en la tarde, Mercado terminaba, después de comer, elocuente carta a su madre, en una fonda del barrio de Peralvillo, en México, escribiendo sobre el mantel de pobre mesa.

Aquella a quien tanto quería y por la que él abandonó sus estudios en el Colegio Militar, pasaba una temporada en Tacubaya, en casa de una amiga suya. Su segundo marido, que vivía perpetuamente borracho, estaba entonces entregado también al juego, arrastrando una vida de aventurero soez y cínico ... ¡Y el subteniente pensaba que un hombre así poseía a su madre!

Así es que estaba melancólico, y como siempre, pálido ... y en un preludio de llanto, húmedos sus ojos, sus contemplativos ojos. Dobló la carta y puso la dirección, permaneciendo -cruzados los brazos sobre la mesa-, absorto ante vagas perspectivas su pensamiento. Presentóse un caho de parte del ayudante del batallón, comunicándole que aquél le ordenaba se presentara al momento en el cuartel, que estaba casi enfrente de la fonda.

Cuando llegó, supo, estupefacto, que medio batallón partiría por el tren Central, esa noche, para Chihuahua. No indagó más, y algunas horas después, en un vagón atestado de soldados

y maletas, caminaba a todo vapor, devorando kilómetros, escuchando atónito el trueno del rodaje férreo sobre los rieles, cuando abrían la portezuela, en una fría ráfaga de estrépito y sombra ...

Nunca había viajado, y estaba contento de ser impelido tan de improvisto a nuevas sensaciones, a nueva vida.

Llegado a Chihuahua, después de un camino de dos días y dos noches, la última, a las ocho, se encontró formado en unión de sus dos compañías, por espacio de una hora, frente a la estación silenciosa.

Atravesó, al flanco de las filas, la ciudad, y durmió tranquilo. Al día siguiente, en conversaciones con oficiales de otro batallón, pudo reflexionar acerca de lo que pasaba en el Estado de Chihuahua.

Se había sublevado contra el Gobierno un pueblo lejano, clavado altivamente en el corazón de la Sierra Madre; se habían mandado reiteradas veces fuerzas militares, y fueron derrotadas, muertos muchos oficiales y hecho prisionero el teniente coronel Ramírez del Undécimo Batallón.

¿Qué rebelión era aquélla?

Además, la causa de los insurrectos parecía ser simpática, aunque nadie definía su bandera política. Su valor y destreza en el manejo de las armas de fuego era proverbial en todo el Estado. Eran admirables tiradores, heroicos, inteligentes, caballerescos, inauditos.

El pueblo chihuahuense, inculto entonces, pero valiente y altanero, mostraba a los oficiales una antipatía sorda que se declaraba en elogios estupendos a los hijos de *Tomochic*. No hablaban de otra cosa ...

Eran unos semidioses; invencibles, denodados, audaces; unos tigres de la sierra, que derrotarían todas las fuerzas que se les enviaran. - ¡Oh! sí. ¡Ah! ¡cómo eran buenos! exclamaban en todas partes sus admiradores de Chihuahua.

Sabía Miguel, en efecto, que eran verdaderamente temerarios, hasta lo inconcebible; que su táctica consistía en apuntar exclusivamente a los oficiales y jefes. Comprendían muy bien que, muertos éstos, las tropas se desbandaban, y ya se había visto en el combate del día dos de septiembre tan dolorosa verdad. Y, naturalmente, aquel triunfo los había hecho más orgullosos todavía, confiando desde entonces en su definitiva victoria.

Cruz Chávez, el caudillo, les predicaba una extraña religión, especie de catolicismo cismático que desconocía al Clero mezclado con extravagantes ideas de santidad, propias de un estado inculto y de una ignorancia completa, candorosa y terrible.

Tal fue lo que hasta entonces pudo saber Miguel, aunque su pensamiento investigador y sutil intentaba profundizar la verdadera causa de aquella rebeldía inaudita, tan obstinadamente imbécil como heroica.

Y se preguntaba: ¿habría algunos ambiciosos que explotasen la indómita bravura de los serranos, protegiéndolos, cebando odios antiguos en sus almas fieras y sencillas, azuzándolos luego contra el triste heroísmo de las bayonetas federales?

¡Demasiado se hablaba de ello, y se mencionaban nombres! ... Nombres que corrían siniestramente a la sordina, en todo el distrito de Rayón, en gran parte de Chihuahua y que hasta a la oficialidad inteligente y juvenil del Noveno Batallón llegaban, a veces.

En Ciudad Guerrero debería efectuarse la concentración de las fuerzas, ya respetables que tras los últimos fracasos enviaba el Gobierno Federal contra el pueblo de *Tomochic*, a sesenta leguas de Chihuahua.

Doscientos cincuenta hombres del Noveno se enviarían allí con los piquetes de Seguridad Pública del Estado, Quinto Regimiento y una compañía del Undécimo Batallón que sobrevivía al desastre del dos de septiembre.

Además, y por vía de prueba, se había hecho venir de México un cañón de montaña sistema *Hotchkiss*, de pequeño calibre, municionado con cien granadas y cien botes de metralla, y dotado de seis artilleros al mando de un teniente. Tomaría el mando de esta pequeña brigada el general Rosendo Márquez, y como segundo jefe, el general coronel José María Rangel, jefe de la Segunda Zona Militar cuyo cuartel general radica en Chihuahua.

Ordenóse al coronel Gómez, jefe del Quinto Regimiento, que suministrase caballos ensillados a los oficiales del Noveno Batallón, quienes recién salidos del Colegio Militar, no podían por primera vez hacer fácilmente las seis jornadas que hay de Chihuahua a Concepción Guerrero.

El día diez se emprendió la marcha, llegando las dos compañías a esta ciudad el día quince, atravesando terrenos solitarios e incultos y lomas ásperas y pedregosas. Era todavía el desierto. Actualmente el ferrocarril de Chihuahua a la Sierra Madre viene transformando esta región que empieza a poblarse y cultivarse.

En aquellas jornadas tuvo que resentirse mucho la tropa, pues el Noveno Batallón hacía más de ocho años se hallaba inmovilizado en la capital de la República, luciéndose en las formaciones de parada, en las columnas de honor, por su corrección en las marchas y alineamientos, y por su aspecto brillante y marcial ...

Y había que ver a aquellos oficiales, que en los pasillos de Palacio y en las banquetas de Plateros, siempre abrochada la levita, acicalados y pulcros, paseaban los oros del uniforme, suspendida del cinturón la espada, sonora y nuevecita, la espada virgen; había que verlos, por el árido y duro sendero, empolvados y sucios, maltrechos, ennegrecidos por el sol, ridículamente a caballo al lado de los soldados que a paso de camino, calzando gruesos huaraches, remangado sobre el muslo el pantalón, flotantes los extremos de los calzoncillos, la

aparatosa mochila a la espalda, al aire el paño de sol, y el fusil *suspendido del hombro*, marchaban entre el polvo del camino, que se extendía hacia el ocaso, interminable, monótono y agrio ...

¡Ni un solo árbol en aquellas mudas soledades! Apenas los dorsos inmóviles y escuetos de los cerros lejanos perfilaban el horizonte vasto, recortando con sus filos ondulantes o dentados el azul intensísimo del cielo.

Y tras aquellas inmensas graderías, adivinábase la formidable, y alta, la trágica *Sierra Madre*.

Y después de rendir la jornada en míseras rancherías escasas de víveres, pero no de huraña altivez en sus moradores, se nombraba una guardia y se procedía a hacer el rancho para la tropa, la cual se tendía en el suelo, feliz con la fruición voluptuosa de estirar los miembros fatigados, adoloridos y sudorosos ... Los oficiales francos se dispersaban, entonces, ávidos y sedientos, en pos de carne, pan, queso, chorizos, y sotol, que se les vendía -cuando se les vendía- de mala gana, con frías reservas, torvas miradas y negro gesto.

A veces, los pobres diablos de oficiales volvían con las manos y el estómago vacíos; mal humorados y frenéticos contra aquella gente, inhospitalaria y adusta, en verdad, pero que había adquirido en otras ocasiones dolorosa experiencia con los abusos que siempre, casi inevitablemente, comete la soldadesca hambrienta y cansada.

¿Qué culpa tenían aquellos seres que sufrían y luchaban anónimamente por cosas tan vagas, tan altas, tan incomprensibles para ellos, como la tranquilidad del país, el Orden, la Paz, la Patria, el Progreso, el Deber; qué culpa tenía aquella mísera tropa, resignada y heroica, de ceder al hambre, y de tomar o arrebatarse donde encontraban? ...

¡Las rapiñas de la soldadesca! - ¡valiente frase escrita por los ahítos desde el fondo de los cómodos gabinetes! -pensaba Miguel, indignado, al comprender que en nada desmerecía aquella tropa, al hacer francamente, por hambre, lo que otros en las ciudades ejecutan, de guante blanco, guardando las buenas formas, por perversa ambición.

CAPÍTULO IV

LAS SOLDADERAS

Y se enfurecía, en lo íntimo, el melancólico oficial, al observar que mientras más se acercaban a la *Sierra*, más se reconcentraba aquel duro rencor, aquel desdén siniestro de los campesinos chihuahuenses contra los soldados, exaltando al propio tiempo su admiración por los hijos de *Tomochic*.

Las mujeres, las *soldaderas* que, esclavas, seguían a *sus viejos* y luego avanzaban para proveerse de comestibles, referían estupendas maravillas.

Aquellas hembras sucias, empolvadas, haraposas; aquellas bravas perras humanas, calzadas también con huaraches, llevando a cuestras enormes canastas repletas de ollas y cazuelas, adelantándose, al trote, a la columna en marcha, parecían una horda emigrante.

¡*Las soldaderas!* ... Miguel les tenía miedo y admiración; le inspiraban ternura y horror. Parecíanle repugnantes. Sus rostros enflaquecidos y negruzcos, sus rostros de harpías y sus manos rapaces, eran para él una torturante interrogación siniestra ...

Las vio lúbricas, desenfrenadas, borrachas, en las plazuelas, en los barrios de México, donde pululaban

hirviendo en mugre, lujuria, hambre, y chinguere y pulque ...

Así las había visto; así le habían adolorido el corazón y asqueado el estómago, por sus tristes crímenes imbéciles, por sus tristes vicios estúpidos ...

Y he aquí que ahora las contemplaba, maravillado, casi luminosas ... y sus toscas figuras adquirían relieve épico, por su abnegación serena, su heroísmo firme, su ilimitada ternura ante los sufrimientos de sus *juanes*, de sus *viejos*, de aquellas víctimas inconscientes que sufriendo vivían y morían ...

En el camino daban gran quehacer a los oficiales, que les impedían dicesen agua a los soldados. Mas no obedecían, y, obstinadas y tercas, burlaban su vigilancia, llevando a la tropa las ánforas llenas. Los pobres hombres bebían sudorosos y jadeantes, con gran envidia de los que no conseguían tan rico tesoro, bajo el sol implacable, entre nubes de polvo.

Ellos protestaban en sus conversaciones íntimas, ignorantes. Solían decir: *que si a la misma máquina le daban agua para que siguiera andando*, a ellos, ¿por qué se les prohibía? ...

Ellas cumplían, en el cálido horror de las marchas, alta obra de misericordia, y desafiando las varas de los cabos y las espadas mismas de los oficiales, daban de beber a sus sedientos compañeros, quienes con sus ingenuos ojos negros de resignados indígenas, decían su gratitud con el éxtasis de la sed

refrescada, calmada. ¡Cada trago de agua fría era una bienaventuranza!

Miguel fingía no ver aquellas transgresiones a las severas órdenes de los capitanes, y sólo a hurtadillas contemplaba la fruición de la tropa y la obstinada impavidez de las soldaderas llevándoles las ánforas y los jarros llenos ...

En los descansos, en las gratas siestas de los campamentos, de los campamentos sin tiendas, que más parecían aduares, apenas indicados por las filas de pabellones de fusiles en ramilletes simétricos de acero, entre maletas y humaredas, confundidas las soldaderas con los soldados, mezcladas con los hombres tirados a lo largo, a la sombra de los peñascales, el subteniente Mercado gustaba de oír las charlas de los grupos.

- Afigúrese usted, don Chema -oyó decir a una vieja alta y flaca, dirigiéndose a un mocetón de cara ancha y bronceada, que engullía como idiota enormes gordas, que ella le había traído por todo alimento-, afigúrese quesque Teresita misma bendice las carabinas, y cada tiro que avientan es un muerto, y que los gringos han regalao muchísima artillería ... ¡muchísima! ¡Ay, mi alma! ...

Don Chema dejó de masticar y reflexionó un rato sobre la gravedad de aquello; pero después continuó comiendo melancólicamente, como un fatalista.

- Claro ... ¿paqué hemos de ir? ... nos matarán de una vez ... no que, anda y anda ... ¡y luego a morir como chivos!

Pero otros se las echaban de incrédulos, ¡protestaban! Habían derrotado a los del Quinto ¡pero al Noveno era muy diferente! *No se dejarían agarrar en el río bañándose*. ¡Ya verían si *defeicionaban* los del Noveno Batallón! ...

Una vez, al bajar dura cuesta que serpenteaba penosamente por la falda de una montaña quebrándose en marcado ángulo agudo bajo cuyo vértice negreaba el fondo de un barranco, supo Miguel que allí, hacía dos meses, estando parte del Undécimo Batallón en Guerrero y creyéndose necesarias más municiones, se pidieron a la matriz del batallón, la cual las remitió con una reducidísima escolta. Los *tomoches* lo supieron, y en aquel mismo punto, cuatro o cinco de ellos pusieron en fuga a la escolta, apoderándose de las municiones.

Más tarde, en el cuartel del Undécimo Batallón se recibían, dirigidas al coronel, las cajas con los cartuchos ... vacíos.

¡Cuántas veces en el camino Miguel recordó esta anécdota cuando se retrasaba la piececita que venía a retaguardia de la columna! Dada la audacia de los montañeses, era, en efecto, de temer un golpe semejante ... Desiertos, entonces, los caminos, ¿por qué no atacaban de improviso? ...

Y en Guerrero acamparon las dos compañías del Noveno Batallón, en la Alameda, prontas

para internarse a la primera orden, en la *Sierra Madre*, cuya oscura silueta desde allí descubre sus ondulaciones gigantescas.

CAPÍTULO V

LA MANO DEL GENERAL DÍAZ

Aquella tarde, cuando Miguel salió de la fonda, atravesando la plaza desierta para incorporarse a su campamento, llevando en el alma el recuerdo de la gentil *tomochiteca*, llegó encantado a la Alameda, donde se habían hecho pabellones de armas, formando un cuadro dentro del que la tropa comía y descansaba.

Sombrío paraje que, poblado con unos cuantos pinos viejos y melancólicos, surcado por hediondos caños de agua sucia, con bancas de piedra en su perímetro rectangular, estaba rodeado de algunas casuchas bajas; y su aspecto era triste y desolado, inmensamente triste como el alma de Miguel ...

Los vientos fríos de la sierra doblaban las vetustas ramas, que se lamentaban con sempiterno y monótono quejido ...

Conocíase que sólo la llegada de las fuerzas federales había animado la desierta Alameda, y cerca de los pabellones de armas, al cuadro vivaz del campamento había afluido una multitud de vendedores de carne, pan, tortillas de harina, gordas, duraznos, manzanas y dulces, en un insólito pululamiento.

Y en la noche, cuando todos los oficiales reunidos llegaron a cenar a la fonda, tuvieron

una noticia de sensación: el teniente coronel José M. Ramírez, del Undécimo Batallón, que en el combate del día dos de septiembre fue herido y hecho prisionero en *Tomochic*, había sido puesto en libertad, incondicionalmente, por los valientes serranos.

Aquello era estupendo, inverosímil. ¿Qué significaba esa acción en los momentos en que se les preparaba un serio ataque? ¿No podía serles él muy útil como rehén en caso de derrota?

¿Era debilidad o cobardía?

¡Eso no! pensaban cuantos conocían al valor de aquella gente indomable. ¡Eso no! ...

Las noticias que traía el mismo jefe demostraban que estaban más decididos que nunca a esperar el ataque, bien armados y aumentando su número cada día con los descontentos de los pueblos de la sierra, los perseguidos por las autoridades políticas, y aun con los bandidos que, como Pedro Chaparro, se incorporaban, con gente y dinero, a la sola perspectiva del botín.

Luego, no podía significar otra cosa su actitud que un ademán muy noble y muy digno de arrojar el guante y citar al adversario, cual fabulosos paladines antiguos.

Y los detalles del suceso se comentaban de muy diversas maneras. Quienes decían que los *tomoches* cedían por promesas de dinero; otros aseguraban que Ramírez había hablado a Cruz,

arrodillándose ante la imagen de la *Santa de Cabora*, y permaneciendo en oración días enteros, había hecho creer milagro de ella su conversión, y que fue puesto en libertad para que pregonase el hecho.

La versión oficial era que, no pudiendo resistir el trato que se le daba, ni alimentarse con maíz tostado yagua, había llamado a Cruz y le había dicho que lo fusilara y no le matase así, y que Cruz, admirado, le había dado víveres y cuatro hombres armados que lo escoltaron hasta la entrada de Guerrero.

El caso era que se encontraba allí, viniendo a confirmar las noticias que corrían respecto al aumento de los sublevados, a los que hacían subir a más de trescientos; pero todos convenían en que, sin ninguna exageración, cada rebelde valía por diez.

Una ráfaga glacial pasó por aquella atmósfera ardiente de hálitos varoniles. Algunos oficiales palidecieron. La conversación decayó; pero lo que más hizo aumentar el desaliento fue que Rendón, teniente de Estado Mayor, contó que el general Márquez no tomaría el mando de la fuerza, sino que lo cedería al general Rangel, el cual sólo llevaba instrucciones vagas del primer jefe, quien permanecería en Guerrero a la expectativa, a veinte leguas de la escena de la tragedia.

- ¡De suerte que es un general en jefe honorario, un nombre decorativo en los partes de campaña y nada más! - se atrevió a decir un capitán, indignado, ante el silencio medroso de los circunstantes.

Y en verdad que era inútil la presencia de aquel jefe frente a *Tomochic*. El telégrafo funcionando hasta la capital de la República permitiría al mismo general Díaz ordenar desde su gabinete las operaciones de la pequeña campaña.

- Estas cosas las sabe hacer bien el mismo Presidente de la República, mientras toma su chocolate en Chapultepec -afirmó Mercado.

- ¿A qué, pues, mandar encumbrados generales al combate? -preguntó entonces Castorena.

- Claro, con eso y con el general Rangel, que ya conoce bien el terreno, basta, llevando precisas instrucciones superiores. No se necesita más, con tal de que se obedezca bien.

- Además -agregó el mayor que en la mañana razonaba-, Guerrero es el centro de una base de operaciones. En caso de una campaña formal, si se sublevasen secundando el movimiento de *Tomochic*, algunos otros pueblos y minerales de la sierra, la presencia aquí del general Márquez, defendiendo con la fuerza que les quede, la plaza, mientras llegan los refuerzos de Chihuahua, sería utilísima ... ¡Abandonar Guerrero sería imperdonable!

- ¡Pero qué, mi mayor! -preguntó con aire de desdén el teniente Torrea, que era un altivo mozo, leal y gallardo oficial del Noveno- ¿Qué, sería posible que llegaran a tomar Guerrero?

- Teniendo al frente una persona inteligente, y uniéndose todos esos malditos, ¿por qué no? Lo

bueno es que como no tienen planes, ni instrucción, se les destroza en un momento, aunque costando muy caro, porque son valientes como todos los diablos.

Mientras Cuca, muy atareada, llevaba platos a los oficiales, que ya aseados y cepillados cenaban con más calma, la conversación seguía un curso serio y tranquilo, sostenida por los más instruidos, en tanto que los demás escuchaban.

A veces, casi de súbito, había pausas de un silencio sombrío. Pasaban, entonces, dolorosos pensamientos por las frentes de aquellos jóvenes, que no se daban cuenta del confuso drama en que eran precipitados por el destino; por el destino y por la férrea mano del general Díaz, diestra y rápida en la acción, dura y eficaz en el castigo.

Al pronunciar el nombre marcial de quien desde México hacía sentir su pensamiento y su poder, pronto a apagar toda chispa trágica, a extinguir todo indicio de crujimiento, a evaporar toda gota filtrada fuera del cauce a que él había encarrilado el antiguo torrente revolucionario, al pronunciar el nombre de Porfirio Díaz, todos los ánimos, dominados, serenábanse, resignándose a su suerte de víctimas del Deber ...

Comprendían vagamente que aquello era necesario, que aquello era fatal. Era preciso ir adonde se les mandaba, ir y morir, para que los demás, en la gran patria mexicana, viviesen tranquilos ... Era preciso sacrificarse, sin una protesta, sin un rumor hostil, prontos a dar su sangre

y su alma, y la sangre y el alma de los seres queridos y ausentes en los lejanos hogares ... ¡Tristes y oscuras, ignoradas y mudas víctimas del Deber! ...

Y al pensar en estas melancolías amargas, los ojos del meditabundo subteniente se velaban de lágrimas, rebeldes lágrimas que no llegaban a brotar ni a caer, sino que se evaporaban silenciosamente, calcinando sus pupilas y su alma.

Castorena, el oficial chaparro y fornido, de rostro y pelo azafranado, siempre de buen humor, el que bebía botellas de tequila con la misma facilidad que improvisaba malas cuartetitas, que le valían aplausos y copas, echó todo a la broma y prendió al fin la llamarada de un júbilo insensato. ¡Era el payaso!

Era un calavera de veinte años; de una alegría a prueba de arrestos, fatigas y hambres; bufón mordaz en las chuelas y raspas oficialescas, en cuyas chorchas y parrandas se hacía indispensable.

Bebía constantemente, aunque pocas veces se emborrachaba, porque, como él decía, *tenía sesos de bronce*. Cínico, desbarajustado, satírico y pendenciero, un enamorado terrible y un transnochador jovial, guitarrista famoso, cantante atroz y poetastro abominable. Hubiera sido un oficial excelente a no tener empeñado siempre el uniforme de gala, la pistola y la espada.

Y como el bufón que entra en escena a la hora en que el dolor se hace más denso y la catástrofe apunta, exclamó grotesco:

- ¡Cáiganse muertos con sus jolas! ... Ahora verán si nos damos gusto ... ¿Con cuánto se *cuotiza* usted, mi teniente? ¡Magnífico! ... A ver tú, Mercado ... Cuquita, ¿en cuántos nos alquila su guitarra?

Señores, el frío agarra ...
No estará el alma tranquila,
Si no bebemos tequila y tocamos la guitarra ...

Y Castorena, el oficial payaso de sesos *de bronce*, Castorena el bufón, se puso en pie y fue recto a descolgar la vieja guitarra de la fondera, ante la admiración y regocijo de sus compañeros, que reían a carcajada abierta.

Jefes y capitanes habían salido ya, y sólo el grupo juvenil quedó, envuelto en el humo de los cigarros. Destaparon una botella de tequila. chocaron las copas, tomaron los brindis, gimieron melancólicamente exóticos amores y tristezas románticas las cuerdas de la guitarra, y se oyó a Castorena cantar desesperadamente:

Te acuerdas, niña,
De aquella tarde ...

Y en tanto, afuera, en la desolada plazoleta, las ráfagas frías de la sierra pasaban, trayendo de lo alto de sus bosques, rumores de borrascas lejanas y presagios de próxima catástrofe ...

CAPÍTULO VI

LISTO PARA MATAR ... O MORIR

... En plena sombra todavía, en pleno silencio, arrancó de súbito la diana, despertando al campamento de la Alameda de Guerrero, la madrugada del dieciséis de octubre.

No hubo redoblar de tambores. Sólo los cometas de las dos compañías del Noveno vibraron sus fieras algaradas en una bélica sonoridad victoriosa; rápidas, ágiles, rebosando júbilo y bravura.

Apenas estalló la primera nota, imprevista y brusca como una estocada, como un relámpago en las tinieblas, soltóse un torrente de rumores, de toses, de risas ... Tintinearón las ánforas de zinc contra el acero de los fusiles, y gritaron los sargentos de rondín:

- ¡Arriba! ... ¡Arriba! ¡Vámonos arriba!

Las soldaderas -que habían dormido amorosamente con sus compañeros, tiritando y arrullándose en bestial abandono consolador bajo el mismo sarape, en un olvido voluptuoso de su ruda suerte- desperezábanse, indolentes, mientras los soldados, tras un salto estaban de pie, prontos a obedecer.

Los oficiales -que habían dormido con el uniforme puesto, bajo rojos cobertores, en los intervalos de las

filas de pabellones de armas- despertaban, azorados un instante.

Pero, al escuchar la música de la diana, el hálito del deber tonificaba su médula, y sacudiendo el sopor del sueño apenas iniciado, erguíanse, listos para el mando o la obediencia.

Cruzábanse entre las sombras voces imperiosas, gritos potentes, y oíase el arrastrar metálico de las cubiertas de las espadas.

- ¡Esos cabos, a formar!
- ¡Fuera esas viejas!
- Con permiso de Ud., mi teniente ...
- ¡Óigame, compañero!
- Por la derecha ... ¡alineal!

Miguel estuvo, al punto, frente a la Cuarta Compañía, presenciando el acto de pasar lista, cerca del sargento primero, quien rápidamente gritaba los nombres.

En el ambiente glacial y negro, bajo las estrellas que cintilaban entre las retículas de los árboles desnudos, el subteniente, todo encapotado, bajo el capuchón la bufanda enrollada al cuello hasta la nariz, enguantadas las manos, se sentía agonizar ...

Había bebido la noche anterior hasta embriagarse -como casi todas las noches que no estaba de servicio- y una vez más, al despertar de su negra borrachera, desaparecida la violencia tumultuosa

de sus pensamientos ebrios, sentíase disminuido, medroso, avergonzado, infinitamente triste.

Pero en él, como en los demás, el alma de la disciplina militar anulaba toda resistencia y toda rebeldía ...

Y, requiriendo la espada, sacudiendo el cráneo adolorido, calcinado por el tequila de la noche, firme, se encontraba en su sitio de ordenanza, dispuesto como sus camaradas a mandar y a obedecer; listo para matar, listo para morir.

¡Morir! ... No obstante la depresión de su ánimo en el hielo de aquella oscura madrugada, conocía que dentro de su ser, en lo más íntimo de su yo, existía -y existiría siempre como un puñal inmóvil y terrible dentro de su vaina- una intrepidez soberbia, dispuesta a todo, capaz de todo, en el momento preciso ... ¡Matar!

Cuando la lista terminó, corrió a dar parte al capitán de su compañía, Estanislao Tagle; y a su regreso, después de hacer desfilar la tropa frente a los calderos del rancho matinal, ya un alba lívida empañaba las estrellas.

Hacía un frío atroz. Y Miguel contemplaba con qué deleite recibían los soldados aquella hirviente agua turbia endulzada -el café- que como un consuelo engañoso se repartía a aquel mísero rebaño, en la penumbra del triste amanecer.

Ordenóse que la tropa lavara su ropa en el río; se repartió un jabón a cada individuo, y cuando

marcharon *por el flanco derecho doblando*, iban muy contentos, haciendo encargos en voz alta a sus viejas, conversando y cantando, entre la bruma espesa de la mañana, mientras los oficiales charlaban, bromeando, a los flancos de la columna, encapotados aún, enrolladas al cuello las bufandas compradas en Chihuahua, y caladas las capuchas, cuidando del orden de la marcha.

Ante el río, poco ancho y nada profundo, que pasa al oeste de la villa, se mandó romper mas, y los soldados se desbandaron buscando piedras propias para lavar sobre ellas la ropa.

No cedía el frío intensísimo, y Miguel experimentó la imperiosa necesidad de tomar algo que calentase su estómago adolorido, irritado por el alcohol de la víspera.

Débil y en ayunas, sintió desvanecerse al contemplar la corriente enturbiada por la espuma del jabón.

Los soldados, semidesnudos, al viento frío de la sierra las tostadas carnes, cantaban, lavando sus ennegrecidos uniformes, sus camisas ... y las soldaderas alternaban con los hombres, ayudándoles a retorcer los viejos trapos, o lavaban también sus enaguas ...

Una algaraza rumorosa, un griterío confuso y radiante, entre carcajadas, piedras lanzadas de un lavadero a otro, canciones y silbidos, se levantaba de la ribera, antes mustia, salpicada de peñascos y

pobres arbustos, una algaraza tumultuosa como de villorrio del Bajío en plena feria ...

Y no obstante el agua glacial que corría tranquilamente hostil, Castorena, desnudo, más bufonesco que nunca, erizado el cuerpo rechoncho de pelos amarillos, como un orangután rubio, se bañaba impávido, cantando cual si le durase la embriaguez nocturna:

Te acuerdas niña.
De aquella tarde ...

Y Miguel, al verle así, tan contento, en vísperas de un combate sin misericordia con los tigres de la sierra, extinto su odio al payaso del batallón, pensaba:

- ¡Él, lo mismo que yo, lo mismo que todos estos pobres, aun así, desnudo, aterido, inerme, ridículo, está listo ... para morir!

CAPÍTULO VII

LA RACIÓN DEL OGRO

No pudiendo soportar más la sed, Mercado, acercándose a un *paisano* que bajaba a dar agua a su caballo, preguntó:

- Amigo, ¿no sabe dónde podré conseguir café caliente?

- Por allí -le contestó, señalándole, sin volver el rostro, una casucha mísera cerca del río, en lo alto de un montículo cubierto de enmarañados breñales.

Pidió, entonces, permiso a su capitán Tagle para separarse un momento de la margen y, tiritando, envuelto en su amplio capote, calada todavía la capucha hasta cubrir la frente, Miguel llegó al umbral de la choza, cuyo interior apenas vislumbraba.

Desde allí preguntó a una pobre vieja que molía en un metate y *echaba gordas* junto a un gran fuego, en medio del humo, si le podían preparar una buena taza de café que pagaría a cualquier precio. Una voz áspera y ronca de borracho le contestó:

- ¡Cómo no! A ver, Julia, ¡un jarro de café, mucho café, bien caliente! ... pero ¡volando! ¡volando como un ... demonio! -y la breve frase cruda y obscena terminó el mandato.

Entonces, ya acostumbrado un tanto a la obscuridad de la negra estancia, pudo distinguir

Miguel, sobre la ancha cama de madera, entre gruesos sarapes, una melena encrespada y una larguísima barba gris cuyos sucios mechones circundaban un fiero rostro cachetón de nariz ganchuda y ojos enrojecidos y brillantes; en tanto que la figura de una guapa muchacha limpia y airosa se alzaba repentinamente del rincón opuesto.

Atravesó ella el cuarto; pasó junto a él, rítmica, con los ojos bajos, y de cerca de la chimenea tomó un jarro que llenó de agua y puso a las llamas, ante cuyo violento fulgor se iluminó espléndidamente su perfil de niña morena.

Miguel, estupefacto, abrió los ojos.

El hombre se incorporó, indicando con altanero ademán un taburete.

- Siéntese, jefe -dijo al oficial-, y mientras está el café, déle a ésa para el sotol.

Pero como a Mercado no le agradaba este rudo aguardiente de Chihuahua, respondió:

- Mejor tequila, no me gusta el sotol -y dio un billete de veinticinco centavos a Julia, que se acercó, sumisa y trémula.

Y contempló, admirado y sorprendido cada vez más, la peregrina gracia de la mujercita, tan bruscamente maltratada por el viejo. ¿Quién era? ... ¿Dónde había visto aquella gentileza? Adivinó atrocidades en la oscura guarida de oso, que apestaba a tabaco y sotol.

¿La linda criatura sería hija de aquel bandido?

De pronto, recordó con delicia a la joven que viera en la fonda, la víspera, y que tanto le había interesado.

¡Era la misma! Y volvió a murmurar, el loor suyo, la misma frase cándida:

- ¡Qué linda! -y luego agregó su íntimo pensamiento:

- ... y es la misma, la misma!

Sus pupilas, ya del todo habituadas a la penumbra, contemplaron de nuevo al barbudo hombrón.

La vieja, de aspecto estúpido, que molía con regularidad de máquina, preguntó:

- ¿Ya se levanta, don Bernardo? ¿Le llevo las teguas?

Y, tiesa, sin esperar la respuesta, le llevó el burdo calzado, aproximándose al lecho con la cabeza baja. Arrodillóse entonces la anciana ante el ogro recostado, que extendió a ella las piernas, y le calzó respetuosamente las teguas en los pies negros y velludos.

La harpía, humilde como una esclava, se las ajustó lentamente, las palpó, cuidó de que la obra servil fuese perfecta.

Miguel desde su asiento miraba, sin pronunciar una palabra, más y más estupefacto.

Julia llegó con la botella de tequila, y en una taza de peltre sirvió el café, presentándosela a Mercado con el azúcar.

Sobre el agua negruzca que humeaba en el tosco tazón vació Miguel, tembloroso, el infecto aguardiente. Tuvo un instante de asco, pero, sacudiendo la cabeza como para arrojar vacilaciones y pensamientos sombríos, llevó a la boca a dos manos el brebaje, bebiéndolo ávido.

- ¡Delicioso veneno! como dice Castorena -pensó sintiendo después por todo su cuerpo la primera caricia tónica del alcohol.

Fue un milagro. La triste niebla que obscurecía su conciencia y pesaba, como un manto fúnebre y rígido, sobre su ánimo, se disolvió en una claridad límpida y tibia, tras de cuyo cristal sólo veía en la mísera estancia el fino escorzo tentador de la gentil adolescente.

Y ella fulguró entonces ante los ojos deslumbrados del oficial, con otros encantos, con nuevos prestigios.

La vio ir y venir, fresca y vivaz, por entre cosas sucias y viejas, ante la estulta momia que trabajaba mecánicamente y cerca del ogro velludo, arrinconado en su inmóvil cachaza.

La vio atravesar, airosa y pura, entre nauseabundos harapos, y en un momento en que

ella levantaba con gracia de pájaro la cabecita, vio esplender hacia él la magnificencia tímida y dulce de sus ojos negros.

- ¡Qué linda! ¡Qué linda, madre mía! -cantó el último arrobo del poeta.

Y el oficial, en el fervor ingenuo de su pobre alma enamorada ya, adunó el éxtasis contemplativo de la mujer presente y el piadoso recuerdo de la madre ausente.

De pronto, escuchó su voz armoniosa vibrando con el acento encantador de las hijas de Chihuahua:

- Tía, ¿no ha visto usted mi pañuelo? ¡Siempre lo pongo al acostarme, debajo de la almohada! ... Hoy no lo hallo. ¡Ah! ¡Cómo soy tonta yo!

Y ella, rápida y airoso, fue hacia el lecho revuelto de donde se había levantado el viejazo hirsuto, y allí, revolviendo sarapes y cobertores, tomó a decir con argentino lamento:

- ¡Pero si anoche, al acostarme, lo puse aquí! ¡Ah! ¡Cómo soy tonta ...!

Y ... cosa estupenda: levantaba la almohada, la misma almohada que recibía la sucia melena del viejo bribón.

Era indudable ... reconocía él sobre el colchón la huella de las formas armoniosas de la gentil mujercita ... Otra vez la realidad le agarrotaba.

Contempló tristemente a Julia y luego a don Bernardo, que bebía, a su vez, con sorbos

estrepitosos su café fuerte, cargado también de tequila.

Julia tornó a abrir sus ojos grandes y negros, y su mirada, como la de Miguel, parecía expresar melancolía y resignación.

Mercado no resultaba un gallardo mozo -era demasiado triste para ello- pero su juventud altiva y los movimientos nerviosos de su cuerpo, y el ademán con que alzaba su frente noble y blanca, le hacían simpático; enternecieron a aquel ser sufrido y mudo, a aquella resignada y adorable Julia.

No lo pudo ocultar ella. Soñó, tal vez confusamente, con placeres nunca experimentados, a la vista de aquel oficial que venía de tan lejos, que hablaba palabras cariñosas y que la miraba con ternura, como nadie la había mirado nunca. Y no, no pudo ocultar su emoción.

El fiero don Bernardo había salido a calentarse al sol, ante la puerta, y contemplaba con suma curiosidad y con un gesto de alto desdén a la tropa que blanqueaba en la lejana orilla del río.

- ¿No quiere otra taza? Hay más café, todavía hay en el jarro -dijo Julia llevándole al oficial otra taza, que él tomó de sus manos bellas y fuertes.

- ¿Es su mamá la señora que está moliendo? - preguntó.

Ella movió tristemente la cabeza y dijo, bajando los párpados:

- Mi madrastra, señor.

- Ah ... yo creía ... entonces, ¿don Bernardo será su padre?

- Es mi tío -y suspiró, encendiéndosele el rostro intensamente. - Pero -balbuceó muy quedo- es también ... es decir ... no estamos casados ... porque ella es su mujer ... Y no pudo decir más, sofocada al relatar, con dulce ingenuidad, tanta abominación.

¡Cómo! ... ¿Aquella adolescencia vívida y airosa era la *ración* del ogro? ¡Aquella dulce y humilde criatura, aquella rosa en plena gracia, fresca aún, era su concubina! Y Miguel, consternado, palideció.

- ¿Qué enredo repugnante es éste? se preguntó- ¿Esta víctima soportando su desgracia en silencio, la pobrecita entregándose pasiva y triste, sin goce alguno; sin resistencia, pero sin ardor, al amo que la maltrata con despotismo de pirata musulmán? ... ¿Aquello podría ser cierto? ... ¡La vieja momia es la esposa, y la fresca niña, la querida!

Y aspiró el aliento de aquella juventud fuerte y tímida, violada ya, pero sana y firme todavía, y anegó el alma bondadosa del oficial una inmensa piedad ...

Y como Julia, sosteniendo la taza, hallábase inclinada y con el rostro aún muy cerca de Miguel, ambos confundieron sus alientos y cruzaron sus miradas enternecidas y elocuentes ...

- ¡Pobrecita! -y al ver manchas violáceas en sus redondos brazos desnudos y en su fino cuello moreno-: él le pega, ¿verdad ...? ¿Sí ...? ¿Lo quiere

Ud ...? ¿No ...? Entonces, sepárese de él ... déjelo ... acúselo Ud. ... Háblele al jefe político de Guerrero ...

La muchacha, aterrorizada ante la indignación que fulguraron los ojos de Miguel, exclamó:

- No, señor ... no. Mi padre lo manda ... y ¡mi padre es santo ... ! Teresita le hizo santo ... Le fusilaron y resucitó como Nuestro Señor, ¡figúrese! Por eso, no vaya a *Tomochic*, no, porque lo matan ... si va ... ¡Cruz va a acabar con todos! Rece mucho ... ¡No vaya Ud. a *Tomochic*!

CAPÍTULO VIII

CAUSAS OSTENSIBLES

He aquí algunos de los antecedentes que más tarde supo Miguel, de la extraña rebelión de *Tomochic*:

Los pueblecillos de la *Sierra Madre*, al oeste de Chihuahua, vivían en constante alarma por las excursiones bárbaras de los apaches, sosteniendo entre los montes y en el fondo de las selvas una constante guerra.

Todo el mundo allí tenía su carabina o su fusil, que los montañeses descolgaban a cada momento para organizar batidas y arrancar a viva fuerza las reses robadas por los feroces indios, quienes tuvieron que ir cediendo lentamente hasta ganar el norte.

Los serranos de *Tomochic*, caserío situado en el fondo de un valle, con unos trescientos habitantes, señaláronse por su valor y su audacia, y por ello bien pronto se hicieron célebres. Pasado el peligro, volvieron a arar la tierra, a cuidar sus ganados y a tomar patriarcalmente el sol, a la puerta de sus casas, limpiando sus carabinas y engrasando los cartuchos.

Los ricachos del lugar eran enterrados en el atrio de la única iglesia, la que a su lado tenía un convento fundado durante el gobierno colonial por los misioneros jesuitas que se establecieron en esa

parte de la Sierra, cuando se empezaron a explotar sus ricos minerales.

Aquel pueblo perdido en la República, ignorado y oscuro, fue abandonado por su aparente insignificancia, por el Gobierno del Estado de Chihuahua y por el eclesiástico, sin que ni uno ni otro, sin ilustrarlo, dejase -eso sí- de cobrar los impuestos, agravados día a día.

De repente sopla una caliente ráfaga de fanatismo religioso y el nombre de la *Santa de Cabora* es pronunciado con veneración, y sus milagros narrados de mil maneras, con una exageración medieval.

¡*La Santa de Cabora!*

Los viajeros que de Sonora pasaban por *Tomochic* contaron maravillas, y los mismos *tomochitecos*, que con sus recuas se dirigían a aquel Estado, volvían como de una venerada Meca.

En vano la misma tierna criatura cuyo histerismo ocasionaba verdaderas curaciones en mucha gente nerviosa, les aseguraba que no era santa y que sólo bendecía al Señor por aquella gracia que la otorgaba a las veces.

Pero cierto sordo espíritu de ambición política y de explotación mercantil en muchos iban haciendo de la pobre niña una bandera de reclamo y de combate.

Entonces, la efervescencia comprimida de aquel pueblo se resolvió en fervor religioso y ambicioso,

que mal dirigido y sin cauce alguno, se desbordó y estalló en explosión de volcán.

Un incidente aumentó entonces el disgusto contra el gobierno local:

Habiendo el gobernador Lauro Carrillo pasado por *Tomochic*, visitó la iglesia, y enamorado de la magnificencia y real mérito de algunos cuadros, trató de llevárselos para Chihuahua; pero aquella gente altanera y valiente, al saberlo, se indignó a tal punto que el funcionario tuvo que dejar los cuadros en sus sitios.

Desde entonces el gobierno y sus empleados fueron considerados como enemigos, *por impíos e hijos de Lucifer*.

Para colmo de males y para precipitar los acontecimientos, una autoridad de Guerrero al verificar pronto diligencia judicial en el pueblo, aprovechando algunas circunstancias, abusó del candor de una serrana, dejándola encinta.

Más tarde, cierto personaje que tenía que disfrutar cargos pingües en el mineral de Pinos Altos calumnió de revoltosos y bandidos a los de *Tomochic* alarmando a la compañía minera radicada en Londres y al gobernador interino.

La mina estaba llena de pólvora y la mecha preparada; no tardó en llegar la chispa.

Se supo que en los pueblos vecinos se había declarado *santo* a José Carranza, nacido en *Tomochic*, quien pensaba residir en el pueblo natal

para hacerlo feliz. Naturalmente, los ánimos se excitaron, y el entusiasmo fue general, esperándose con impaciencia la llegada del *San José*.

La más notable familia era la de los Chávez, quienes en realidad de antaño dominaban el pueblo, por ese ascendiente irresistible que en todas partes tienen el talento y el carácter unidos a la ambición.

Los tres Chávez salieron a recibir al *San José* un sábado, desarrollando aparatoso ceremonial.

El viejo llegó con Mariana, su mujer, acompañado de su hermano Bernardo, quien, carabina a la espalda, le seguía proclamándose *soldado de Jesucristo*.

Al día siguiente, alegre domingo, hubo misa, y se llevó al *San José* a la iglesia, en devota procesión.

Terminada la ceremonia, el cura, que traía instrucciones de arrojar al *santo* y prohibir a aquellas gentes seguir en tan extrañas ideas y prácticas, les exhortó a abandonar su fanatismo, regañándoles con dureza y echándoles en cara su estupidez.

Y he aquí que el ingénito orgullo de aquel villorrio protestó escandalosamente, y Cruz Chávez, muy popular y muy querido, y que hasta entonces les reprochaba sus exaltaciones místicas, tuvo un arranque que nadie esperaba. Llegando hasta el púlpito, gritó al sacerdote:

- ¡En el nombre del *Gran Poder de Dios*, yo, que soy policía de su Divina Majestada, te echo!

- ¡Que muera! -vociferó una vieja.

- Sí, sí ... ¡fuera! -gritaron todos, contaminados, y exasperados por la rudísima alocución del cura, quien tuvo que huir, declarándolos *endemoniados*.

El presidente municipal Reyes Domínguez impuso una fuerte multa a los Chávez, quienes declararon que no la pagarían por no creerla justa. El empleado de la conducta de caudales a Pinos Altos amenazó a los rebeldes con *meterlos de soldados*.

Respondieron que primero que eso habría que inundar en sangre el valle de *Tomochic*. Y en la capital de Chihuahua estas noticias se recibieron exageradísimas, dando por hecha la rebelión armada del pueblo serrano.

Envía la Zona Militar un fuerte destacamento del Undécimo Batallón y es recibido a tiros y aniquilado; y una treintena de *tomoches* se lanza hacia Sonora, baja la sierra y en el llano derrota a más de ochenta jinetes que había destacado el coronel Torres. Con el botín recogido se pertrechan mejor los Chávez y Mendías *tomochitecos* y regresan dispuestos a emprender en forma una campaña contra el Gobierno, levantando a toda la sierra.

Cruz tenía entonces cerca de cuarenta años de edad, y era alto y fornido. Su rostro, largo y varonil, estaba encuadrado en espesa barba negra; sus ojos grandes, negros también, miraban siempre con fiera tenacidad, denunciando un espíritu audaz y obstinado.

Se imponía por su palabra de mando, serena, enérgica y clara.

Bernardo Carranza a los diez y ocho años había desaparecido del pueblo, robando algunos pesos a los Medrano, ricachos del lugar. Había vuelto varias veces, pero no era aceptado por su odio al trabajo y su amor al sotol.

Su hermano José, un hombre bonachón y estúpido, que tenía algunos terrenitos, le daba siempre hospitalidad, la que pagaba robándole algo. Julia, hija de éste, había sido mandada a Chihuahua con su padrino, de quien él fue peón cerca de *Cusihuiriachic*, en una hacienda de su propiedad.

En la crisis de aquella exaltación religiosa fue contagiado el viejo en *Cusihuiriachic*; abandonó sus tierras y su mujer y se lanzó a *Cabora*, donde Teresa le curó de un tumor y le dijo sonriendo, que se parecía a San José.

Una criada de la casa de Teresa Urrea, que oyó algunas palabras, pregonó que era el mismo San José; y algunos días más tarde el viejo estúpido convencido ingenuamente de que no era otra persona sino el santo, resucitado por Dios mismo, y que debía predicar y hacer feliz al mundo, se puso en oración y en penitencia constantemente, ayunó y ¡cosa increíble! mandó llamar a Bernardo, y le entregó sus terrenos de *Tomochic* y ... su mujer, con quien había casado en segundas nupcias, y la cual pasó a serlo de su hermano ...!

Bernardo Carranza y Cruz Chávez, aquel domingo memorable, convinieron hacer de *Tomochic* la Capital de la Reforma, un lugar sagrado adonde todo el mundo peregrinase; se haría de su sobrina Julia, una virgen milagrosísima, y enarbolaban una gran bandera blanca con este lema rojo:

¡Viva el Poder de Dios y mueran los hijos de Lucifer!

¡Tendrían *santos vivos*, y, carabina en mano, pasearían por todo Chihuahua su doctrina, sin más gobierno que el de Dios, ni más leyes que las de su Divina Majestad!

Corrieron los días, y ni un espíritu sereno llevó la luz, ni un maestro ilustró, ni un misionero de la religión predicó a los ilusos y a los obcecados, mientras que las autoridades políticas también se ausentaban.

La pequeña Julia fue devuelta de Chihuahua a su padre en tanto que los Chávez, que habían fletado mulas, viajaban por Sonora, vendían cargamento y acémilas, y compraban en la frontera norteamericana carabinas *Winchester* de repetición, de a doce y dieciocho tiros.

Y sucedió que el encargado de la conducta del Mineral de Pinos Altos a Chihuahua, cuyo camino pasa por *Tomochic*, temió por su seguridad y comunicó alarmantemente al Gobierno la actitud belicosa del pueblo, y mientras tanto evitó pasar por él, dando un gran rodeo en la sierra. Pero aquellos altivos montañeses no eran bandidos vulgares,

y requirieron al conductor, asegurándole que no temiese nada.

Mas el grito de alarma se propagaba, se multiplicaba.

Se envió, al fin, un destacamento del Undécimo Batallón para que estuviese a la expectativa y contuviese cualquiera intentona, en tanto que se trataba de calmarles.

Pero los abusos de aquella fuerza les irritaron, y en definitiva no hubo más que sorda cólera, que estallaría en cuanto se creyesen fuertes.

Poco después, calmados aparentemente los ánimos, se retiró el destacamento sin que se arreglase pacto alguno.

Y los Chávez regresan, proveen de municiones, carabinas y ropa, al pueblo; se apoderan del maíz y reses de un rico hacendado a quien todos odiaban; excitan y proclaman el augusto lema de *Religión e Independencia* y electrizan de nuevo a los buenos habitantes, resolviendo *oficialmente* que no reconocerían más amo que Dios. Jamás obcecación popular fue más negra y terrible.

Aquel puñado de fieros hijos de las montañas estaba poseído de una frenética demencia mística. Un vértigo confuso de libertad, un anhelo de poderío en aquellas almas ignorantes, sopla bárbaro impulso sobre la tribu aislada extrañamente de la vida nacional.

Surgían salvajes atavismos, y sobre el cúmulo negro de cóleras, miserias y antiguas servidumbres, agravado por la insolencia de los caciques políticos venían a caer aviesos atizamientos que maniobraban desde Chihuahua, desde México mismo.

Una rebelión dentro de la *Sierra Madre* de Chihuahua turbaría la paz laboriosa y restauradora de la República ... pero ¿qué importa eso a las ambiciones sombrías, tan inermes como cobardes?

¿Qué querían, en concreto, aquellos serranos ...? No conocían la Patria, ni sus gobernantes, ni la Religión, ni sus sacerdotes.

Y era lo más extraño que no constituían una tribu bárbara. No eran indígenas, sino criollos.

Sangre española, sangre árabe, de fanatismo cruel y de bravura caballeresca, circulaba en aquella raza maravillosa tarahumara y andaluza ...

¡*Tomochic* daba a la República Mexicana el raro espectáculo de una villa que se había vuelto loca ... con locura peligrosa!

En efecto, el histerismo bélico religioso de los *tomochitecos* podía ser un foco de contagio para los demás pueblos de la sierra que sufrían un malestar sombrío pronto a resolverse en rebelión.

CAPÍTULO IX

POR UN DIVINO MILAGRO

Cruz Chávez envió hasta Guerrero a Bernardo, con el objeto de que allí, viviendo con Mariana y Julia, espíase sin causar recelos las disposiciones militares del gobierno en aquella villa situada en el arranque de la sierra -base necesarísima de toda operación estratégica.

La noche, víspera de la partida, Cruz dispuso una peregrinación de los suyos, escoltando al nuevo *San José* por los pueblecillos cercanos, mientras varios *soldados de Dios* recibían a los filiados a última hora.

Y *San José*, el viejo idiota, sugestionado por su mismo hermano Bernardo, llamó a su mujer y a su hija; les habló de *Dios su hijo* y de la otra vida.

- En el nombre de Dios -clamó- ya no son mi familia; mi mujer es la Virgen María, pero obedecerán a mi hermano; los tres serán esposos, para que yo sea el Padre de la *Santísima Trinidad*; tú, el Padre (y señaló a Bernardo); tú, la hija, y tú, el Espíritu Santo (e indicó a las dos mujeres).

Fue aquella noche, la noche lúgubre del atentado salvaje, del atropello de la virgen tierna; el estrujamiento del ángel, la inmolación de la niña en aras del estúpido fanatismo ... ¡nupcias trágicas del ogro y la doncella! ...

Julia tenía apenas catorce años; pero había adquirido un gran desarrollo, y ya era por su cuerpo una mujercita hecha y derecha, limpia y hacendosa, que desempeñaba todas las faenas domésticas en la casa de su padre, primero, y en la de su tío, después.

Ella molía, lavaba, remendaba los burdos pantalones de los dos hombres, daba agua a las bestias, y hasta en las noches glaciales del duro invierno de la sierra, rajaba la leña y encendía trabajosamente el fuego de la chimenea, donde asaba la carne de la cena y hervía el café para que su padre no se durmiera, cuando Cruz convocaba a los principales vecinos a rezar el rosario, un rosario fantástico, donde aquella gente intercalaba oraciones extrañas, letanías estupendas, gritos de odio y bélicas proclamas, imprecando *al gran poder de Dios*.

En verdad que casi todas las mujeres del pueblo hacían lo mismo, pero aquéllas lo verificaban con la inconsciencia pasiva de las bestias de carga. Ella no porque era soñadora y había conocido algo de la vida civilizada en Chihuahua, en la casa de su padrino donde contrajo estrecha amistad con la hija de éste, una señorita que le había hablado de cosas encantadoras.

- Mira, Julia -le dijo una vez-, tú eres muy bonita; las muchachas como tú, pueden ser reinas. - Y nunca olvidó la frase.

En las noches en que había serenata en el jardín de la Plaza de Armas, en Chihuahua, cuando tocaba allí la música del Quinto Regimiento o del Undécimo

Batallón, ella, niña aún, llevada por lástima, había entrevisto la sociedad aristocrática, lujosa y altiva de Chihuahua; le habían deslumbrado los trajes de las mujeres hermosas y le había fascinado la armonía de los vales, nunca hasta entonces escuchados por ella.

Vagos anhelos se despertaron en su ser, y su curiosidad infantil, no satisfecha, se enardeció ante el espectáculo de la vida confortable y moderna de una ciudad.

Había conocido al novio de su amiga, que era un capitán segundo del Quinto Regimiento, un gentil mozo de bigotes retorcidos a lo mosquetero, de dormán ajustado, luciendo marcialmente el brillo de plata de los botones y del acero del sable y de los relucientes y argentinos acicates ... ¡Oh! ¡Así debían ser los príncipes de los cuentos!

Y ella, la soñadora niña de catorce años, ya se había visto al espejo, preguntándose si podía merecer un hombre así.

Después, en *Tomochic*, lloró y suspiró por las horas tranquilas que había pasado y que nunca volverían. Como prendió vagamente que aquellos hombres estaban locos, pero se resignó y soportó sus dolores con heroísmo de mártir.

Su rostro se dulcificó, serenóse su mirada y tomó a sus finos labios la antigua sonrisa.

Después, el atentado sacudió su cuerpo, lo enfermó ...

Al día siguiente de la noche de aquel domingo tuvo fiebre, y sin saber cómo, desvanecida, delirante, ligada fuertemente al asno que la llevaba, después de dos días de marcha, llegó a Guerrero.

Quedó anonadada bajo el peso su desgracia, y, lentamente, una sombra de melancolía inmensa obscureció su cerebro, donde llegaron a dormir por fin todos sus ensueños y todas sus aspiraciones.

Sobre la concubina del viejo bandido, sobre la carne mancillada noche a noche, sin estremecerla, sin enardecerla, cintilaba, ignoto y solitario, un espíritu virgíneo.

Y allí, en la vieja casucha de adobes, en la margen del río, Julia pasaba tristemente su vida, minada por las brutalidades de su tío y dueño, soportando con irreductible resignación cándida el tormento diario de acostar su cuerpecito adolescente al lado del velludo y nauseabundo cuerpazo de aquella bestia que, en las noches, cuando regresaba borracho, con pasos de hipopótamo, osaba acercar al rostro melancólico de la linda esclava sus mechones hediondos, estrujándola sobre el mismo lecho de la tía Mariana, sobre el mismo lecho incestuoso.

Y no obstante -¡consolador encanto!- la monstruosa violación apenas empañó la diafanidad inefable del alma de la niña.

El atentado dejó casi intacto el espíritu infantil, el crujimiento rojo de la carne no salpicó el alto cristal de su conciencia serena y triste, ni nubló sus pupilas -ni con deleite alguno, ni con ningún horror- ni ensanchó

sus caderas, ni aflojó sus senos redondos, pequeños y firmes.

Pasada la fiebre primera, las vías de hecho, las violencias, no sacudieron ya su pensamiento, ni su sentimiento ...

Su resignación inquebrantable, su fe en la Virgen María, y una perenne actividad, mantuvieron sano su cuerpo y vívida la frescura y la gracia melancólica de aquel lirio de la sierra.

La linda Julia, la barragana del viejo borracho, la querida del bandido, la hija de *San José*, era, en verdad, una niña santa, por un divino milagro ...

CAPÍTULO X

CRUZ DE *TOMOCHIC*, PAPA MÁXIMO

En Ciudad Guerrero, el viejo bribón, lejos del freno de Cruz, vivió en perpetua borrachera. Fue haciendo vender sus vacas, una a una, para pasar la vida, al par que cumplía su misión espionando las fuerzas que el Gobierno Federal, en el mes de agosto, envió decididamente a Guerrero para atacar a *Tomochic*.

Componíanse dichas fuerzas de un piquete de veinticinco hombres de Seguridad Pública del Estado, al mando del capitán Antonio Vergara; otro del Quinto Regimiento, de treinta hombres, al mando del capitán segundo Lino Camacho, y sesenta y cinco hombres del Undécimo Batallón.

Para las fuerzas auxiliares locales se reclutaron, como voluntarios, sesenta hombres de los pueblos de aquel rumbo, conocedores expertos del terreno y valientes a toda prueba, encomendándose su mando a un tal Santa Ana Pérez, aventurero muy conocido por su temerario valor y su popularidad en buena parte del Estado de Chihuahua. El mando en jefe lo tuvo el general José M. Rangel, que llevaba tres oficiales de Estado Mayor, y al mayor del Cuerpo Médico Militar, Francisco Arellano. Total: ciento treinta hombres.

Bernardo avisó de esto inmediatamente a Cruz, quien le envió un emisario, que habló largamente con

él. Los dos se dirigieron a ver a Santa Ana Pérez, jefe de las fuerzas locales. Éste los filió y les dio armas y un grado nominal. ¿Sospechaba que eran espías? ...

El quince de agosto partió una columna de ataque, internándose en la sierra y avistando a *Tomochic* el día dos de septiembre.

Cruz se aprestó a la defensa con cerca de sesenta y ocho hombres, en su mayor parte armados de excelentes carabinas, apostándoles en las cinco casas que limitaban al pueblo al este. Les mandó que aspillerasen de tal manera las duras paredes que pudieran convertir sus fuegos sobre el camino angosto, accidentado y duro que baja al valle, en el Cerro del Cordón de Lino; ordenando que al escuchar un silbido agudo, tomaran los de la derecha por una ladera, remontándose hasta la cima para allí cortar el enemigo su única retirada, descendiendo después sobre él, para aniquilarlo y dispersarlo en el monte.

La bendición de las carabinas fue solemnísimas.

Cuentan que Cruz, irguiendo su alto y recio cuerpo -cruzadas en el pecho dos cananas repletas de cartuchos metálicos que le formaban maciza coraza- entendió los brazos hacia los *tomochitecos* prosternados que le presentaban sus carabinas, y dejó caer, una a una, sacramentales palabras.

- Hijos míos: Yo, *Cruz de Tomochic*, Papa Máximo de Chihuahua y de Sonora, en el nombre del *gran poder de Dios*, os ordeno que matéis sólo a los jefes

de los *pelones* hijos de Satanás. ¡Benditas sean las armas que guerreen contra los soldados del Infierno!

- En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y ¡que *el gran poder de Dios* nos valga!

El general Rangel fraccionó su fuerza en dos columnas: una que debía bajar por el Cerro del Cordón y atacar la iglesia, y otra por el monte que forma con aquél un ángulo agudo, bajo cuyo vértice se halla el cementerio. Esta fuerza lo debía ocupar y tomar después la casa de los Medrano, que se hallaba en la orilla del camino real.

Mientras unos y otros se avistaban, los rebeldes oraron con devoción y serenidad admirables, seguros de la victoria ya que iban a combatir en el nombre del *gran poder de Dios*.

Bajan las columnas, entre los pinos y las fragosidades de los cerros, dispersos los soldados en *tiradores*; son recibidos en la falda con certeros tiros. Trábase el combate a fuego nutrido.

Pero, cosa imprevista: Santa Ana Pérez, con sus auxiliares de Chihuahua, en el Cordón, permaneció sin recibir ni lanzar un tiro, en tanto que el general, en lo alto, se volvía loco de indignación y de rabia al ver que la confusión y el pánico lanzaban el desorden hacia el ala derecha de la segunda columna, que tuvo al fin que refugiarse en el cementerio.

Entonces, Cruz y los suyos, por la retaguardia, llegaron como tigres e hicieron prisioneros a los que

ocupaban aquel punto, entre ellos el teniente coronel José M. Ramírez, que había sido herido en un brazo.

Cayeron muertos el capitán Vergara, el mayor Prieto y el teniente Manzano, y derribado del caballo Vespasiano Guerrero, teniente de Estado Mayor, que bajaba a transmitir una orden.

La derrota fue completa y la catástrofe irremediable. El general se retiraba derrotado, llorando fieramente, refugiándose, audaz, en una de las casas desalojadas por el enemigo.

En la noche, acompañado por algunos dispersos, atravesaba, jadeante, el monte negro y silencioso.

Recogió el vencedor un gran botín, pero sólo los caballos, armas y municiones utilizó; lo demás fue guardado sin tocarlo, hasta un pequeño barril de tequila y algunos de harina.

Ese mismo día, cediendo a un impulso de abnegación, el doctor Francisco Arellano, sin armas, sólo con su botiquín, entró resueltamente en *Tomochic*, con el humanitario espíritu de curar los heridos propios y los extraños.

Santa Ana Pérez había desaparecido, y únicamente Bernardo se presentó en Guerrero al general Rangel, diciendo que aquél, herido en una pierna, huía al norte del Estado.

Más tarde, el Gobierno Federal encomendó el mando de una segunda expedición al general Felipe Cruz, y lo que pasó fue increíble, inverosímil.

Poco antes de llegar a Guerrero, las fuerzas del Quinto Regimiento cargaron, por orden suya, sable en mano, sobre una milpa. El destrozo fue terrible; las débiles cañas, hechas pedazos al filo de los machetes cubrieron el suelo de despojos ...

En Guerrero, a un teniente del Vigésimosegundo Batallón se le ordenó posesionarse del Cerro de la Generala, a diez y ocho leguas de *Tomochic*, lo que hizo sin encontrar resistencia.

El punto estaba desierto, y aquel jefe, resto de la mala cepa *chinaca*, telegrafió a México, dando parte de haber atacado al pueblo, triunfando tras sangriento combate, haciendo veinticinco prisioneros.

El peligroso histerismo de *Tomochic*, supurando y sangrando, como un tumor, iba a ser extirpado.

Mas sucedía que la mano firme y apta del general Díaz, veterana en estas operaciones, encontraba sucio y sin filo el instrumento -¿por la falta de uso?- lo que complicaba el caso ...

Se imponía la regeneración del ejército con nuevos jefes y una oficialidad digna como la educación en el Colegio Militar de Chapultepec.

CAPÍTULO XI

ALBOR DE IDILIO

Las dos juventudes, desventuradas y solitarias, se aproximaron.

Miguel se sentía tiernamente atraído hacia Julia. Su infortunio la idealizaba a tal punto que pensó seriamente en arrancarla de aquel hombre cuya historia no conocía aún pero que adivinaba borrascosa.

La nube de misterio doloroso y extraordinario, casi fantástico, que flotaba en torno de los negros ojos de la airosa *tomochiteca*, prestigiaba tan espléndidamente a la víctima que pensó libertarla.

¿Por qué no realizar un acto soberbio, un heroísmo caballeresco, arrebatada de aquella guarida y llevársela de aventura en aventura, paseando su idilio apasionado, al flanco del Noveno Batallón?

El alma de poeta que dormía en el subteniente parecía despertar.

Había dicho a Julia que regresaría; que dejaba dinero para que le hiciesen de comer, porque en la fonda del pueblo le daban todo muy escaso, y no le atendían, por preferir a los oficiales superiores.

Bernardo acogió esto con muestras de placer, y ordenó imperiosamente que matasen una gallina

para obsequiar *a su jefe*; le dijo que mientras llegaba la hora, suplicábale que le llevara, él que podía, a ver el cañón de que tanto le habían hablado; tenía esa curiosidad, porque *la verdad, ya mero se decidía a acompañarles para acabar con los fanáticos*.

Miguel contestó, ingenuamente, que fuese a las once del día a la Alameda; que lo llevaría para que lo viera, aunque de lejos; sin sospechar que se las había con un espía de *Tomochic*.

Volvió a su puesto en el río, muy silencioso, pensando en aquel golpe del acaso que lo arrojaba tan lejos, enfrente de terribles acontecimientos, la víspera tal vez de su muerte, y en el día del amor y la gracia.

Meditó tristemente. Pensó en su padre, antiguo comandante liberal, primero, y después de Tecoac humilde honrado escribiente que pasara los últimos años de su vida en una notaría, consagrando toda su actividad en hacer ricos sucesivamente a tres hombres que le abandonaron cuando fue inútil ... Pensó en su pobre madre, viuda, bella aún, vuelta a casar, infamemente maltratada ... Luego, el escándalo terrible, la separación en que intervino la policía ... y su salida del Colegio Militar para ser un oscuro subteniente que algunos días más tarde estaría en cualquier punto perdido en los desiertos de Chihuahua, a miles de leguas de México ...

¡Qué vida la suya ... ! ¡Y qué albor magnífico iluminándola de pronto ... !

Meditó en el encuentro, no con una virgen ideal, no con una doncella de leyenda, ni con una Margarita pálida y rubia, sino con aquella pobre muchacha maculada vilmente, manceba de un bandido, ¡ser humilde y candoroso, que le había mirado con sus ingenuos ojos negros, como demandándole auxilio, brindándole un amor sencillo como su alma pura!

Y Miguel en el fondo de la suya, juró protegerla y aun amarla.

¡Lúcidamente, comprendía que amaba a Julia!

Pero, en suma, ¿qué podría lograr por ella ... ?

¡Hacerla más desventurada! ¿Llevar su belleza a la brutal lascivia de sus camaradas? Hacer vivir la frase: ¡carne para los lobos!

Y en tanto así discurría, sentado en una gran piedra, la tropa, desbandada en la orilla del río, lavaba entre un clamoreo alegre de chanzonetas, ternos, risas y gritos, bajo el sol que, libre ya de brumas, resplandecía en el azul del cielo, haciendo secar con sus rayos los lienzos, cuya blancura resplandecía entre las agrias breñas. A trechos los oficiales, formando corrillos, fumaban charlando, empinando tras los árboles o las rocas, a hurtadillas del capitán, las botellas.

Y el agua del río, fría y lenta, iba deslizándose ante los ojos absortos de Miguel, enturbiada por el jabón.

Cuando regresó al campamento tuvo que tomar su carabina e ir, como los demás oficiales, al ejercicio

del tiro al blanco, que el general había ordenado para que conociesen sus nuevas armas.

A la *lista de doce*, cuando él cepillaba el capote empolvado en que había dormido, fueron a avisarle que le buscaban.

Era Bernardo, que venía a recordarle su promesa. Tuvo que acceder, y lo llevó a ver el cañón, desde el viejo zaguán de la casa habilitada de Cuartel General.

Don Bernardo contempló con imbécil actitud despectiva aquella nuevecita máquina de guerra, destinada a barrer a *Tomochic*.

Poco después se separó del bandido, evitando su compañía, pero quedando con él de verse en su casa, donde había mandado preparar una comida *como pa su jefecito*.

Cuando estuvo solo, vaciló en ir, considerando una estupidez tomar un pésimo almuerzo en el covachón de don Bernardo, y respecto a Julia, ¿no era atormentarse a sí mismo a la vista de aquella adolescencia desventurada, que sólo amargura podía inspirarle?

¿Salvarla? -volvía a preguntarse- ¡Necio quijotismo!

Así fue que se encaminó lentamente a la plaza, resuelto a comer en la fonda. Encontró a Castorena que regresaba de allí, contando que la oficialidad había dado fin con todo, y nada quedaba para nadie, pero que en revancha iba a beberse media botella de

tequila y a comer una libra de queso, únicos víveres que pudo encontrar, amén de un montón de gordas de harina.

Miguel consideró que, puesto que en la fonda no había qué comer ya, debía ir con Julia; tomando al fin, rumbo al río, después de haber conversado un rato con el poetastro, y bebido algunos tequilas.

Ella había improvisado cómoda mesa, con dos bancos y una vieja tabla. Extendió sobre ésta una servilleta muy blanca, orlada con toscos dibujos verdes, colocando, por toda vajilla, un plato de peltre.

En la chimenea, con un buen fuego, hervía en negra olla la gallina, mientras dentro de una cazuelita chirriaban en un mar de manteca, dorados trozos de chorizo.

Mariana, de rodillas ante el metate, baja la cabeza, molía el chile con monótona regularidad de trabajo más que bestial, mecánico, de una inconsciencia absoluta; mientras Julia iba y venía, muy activa, poniendo todo en orden, embelleciéndolo, iluminándolo todo con su gracia, con sus ojos ...

Dos flacos y altivos gallos amarrados en el rincón del cuarto cantaban alternativamente, en tanto que un perrazo amarillo, seco y peludo, dormía con las patas estiradas, en el rectángulo de sol que entraba por la puerta.

Julia vibró, encendida, cuando Miguel, saludándola, estrechó suavemente su mano. Y no

pudo pronunciar una palabra, húmedos los ojos, apretada la garganta.

Al fin, dominando su turbación, se excusó porque aún no estaba la comida, y mirándole con repentina audacia añadió que quería que no se enojara con ella.

- ¡Ah! cómo soy tonta ... Pero deje, otra vez no sucederá lo mismo -terminó.

- Don Bernardo no tardará mucho, ¿verdad? - le dijo cariñosamente el oficial, sonriendo ante la ingenua.

- Sí señor, no ha de dilatar; siempre come a estas horas.

Ahora verá usted cómo me regaña porque no está el almuerzo ... ¡Es muy malo, señor ... ! ¡Ah, cómo es malo!

Había un acento tal de amargura en estas palabras que el joven volvió a experimentar un sentimiento de infinita piedad hacia ella.

Una dulzura insólita se apoderaba de su ser ... Sobre todo, lo que más le cautivaba, eran sus miradas, francas, libres: de una magia encantadora, desprendidas como por milagro del misterio triste de sus ojos negros.

- Pero ... ¿cómo lo quiere usted ... ? Oiga, Julia ...

- ¡Cállese! ¡Mire ... ! - Y no pudo seguir la pobrecita. Le indicó con un movimiento de cabeza a la vieja

Mariana, quien, de espaldas a ella, vertía el chile molido en una cazuela.

El subteniente, comprendiendo, permaneció silencioso. Entonces manifestó en voz alta querer obsequiar a don Bernardo con una lata de sardinas y un buen trago.

- ¿No va, doña Mariana, mientras hago la sopa ... ?
¡Ah! también trae el amasijo, porque con eso no alcanza -indicó Julia.

Mariana alzó taciturna la cabeza, y con ojos empañados contempló un momento a los jóvenes; luego, lentamente, sin decir una palabra, tomó un desgarrado chal de sobre el verde baúl, así como el billete que le alargó Mercado con gesto de horror y asco.

Salió la vieja como una sonámbula, sin hacer ruido, sin la menor manifestación de voluntad propia.

Cuando quedaron solos, él se acercó a Julia, quien bajó la frente, y dejó de cortar un pedazo de queso.

- Mire usted, Julia, Dios es bueno y no quiere, no puede tolerar esas cosas; usted tan bonita ... tan niña ... con él ... Eso es malo ... No está bien ... ¡No ... !

Hubo un momento de silencio. Él no se sentía capaz de continuar expresando su pensamiento atrevido, y ella, la pobre ... advirtiendo todo, en el despertar de su instinto femenino, tampoco pudo

responder, y hasta después de unos instantes balbuceó:

- No, no ... yo también digo eso ... pero ¿qué hago ... ? ¿Quién me va a creer a mí ... ? Me mataría ... sí -y se puso a sollozar.

- No llores, no llores -y la voz del oficial cobró de súbito una ternura eficaz, un acento de caricia consoladora, sincera y elocuente ...

- No llores; ¿quieres ser mi mujer? ... Nos iremos de aquí, muy lejos, a Chihuahua, a México ... ¡Serás mi esposa ... ! No, no le hace que hayas vivido con él ... Si ya sé que no lo quieres; si ya sé que te está matando, ¡pobrecita mía ... ! Oye, mira, te quiero mucho porque has sufrido, porque sabes padecer, porque eres inteligente y buena, ¡Y tan simpática, tan simpática con esos ojos tan tristes, tan negros, con esos ojos tan lindos!

Atónita y encantada, medrosa, temblando, Julia no sollozaba ya, dejándose arrullar por la música grata de las palabras de Miguel, sumergiéndose deliciosamente en la onda tibia de su ternura vehemente y juvenil, vivífica, heroica ... Su dolor se disolvía en una voluptuosidad lánguida que abolía en ella todo pensamiento y toda acción ...

Y, muda, vibrando un éxtasis íntimo, sentido por primera vez en su vida, se dejó arrullar, se dejó arrullar ...

Los gallos, sacudiendo pomposamente sus alas, cantaron uno tras otro; las moscas, revoloteando al

sol sobre el perro dormido, zumbaban; sonó de allá muy lejos, en el ambiente cálido, un toque de clarín. Después, cayó un gran silencio, una paz infinita.

- Vamos, Julia, dime, ¿puedes quererme? ¿Quieres vivir conmigo? ¿Quieres que nos vayamos, juntos, solitos ... ? ¿Quieres?

Y ella desvanecida anhelante:

- ¿Solitos? ¿Juntos? ¿Por qué me dice eso ... ? ¿Por qué me lo dice, eh ... ? ¡Ah, cómo es Ud. malo, señor, cómo es Ud. malo!

Y nuevamente sollozó convulsa, pero ya sin encubrir su pena, franca, abiertos, muy abiertos sobre él los ojos angustiados por las lágrimas.

- ¡No llores, por Dios, que no llores ... ! Te lo digo porque te quiero mucho, porque vas a ser mi mujercita ... ¿verdad?

- No, no, ¿Por qué me dice eso ... ? ¿No sabe, no le he dicho que yo soy de *Tomochic*?

Un relámpago hostil, de cólera y de orgullo, un relámpago sólo, cruzó por sus pupilas húmedas al pronunciar el nombre heroico. Pero la doliente actitud de Miguel, sumisa y acariciadora, la rindió más aún. Se serenó; se dulcificó, pasó una sonrisa sobre sus lágrimas, sobre su orgullo ... Tornó a ser humilde.

- ¡No sabe! ... Yo quiero irme ... pero no así ... ¿sabe? -y la divina sonrisa que alboreaba en su rostro moreno y fino hizo más encantadores sus

labios y más espléndido el fulgor de sus ojos ya secos, febriles ahora.

- ¡Si pudiera ir a Chihuahua o escribir a mi padrino! Puede que hasta me haya olvidado hacer las letras ... pero no ... no, déjeme, ¡déjeme ... ! ¿Ve?, también es usted así ... ¡No!

Enternecido, arrebatado, Miguel le ceñía el talle y trataba de besarla en la frente.

Ella, extinta su pena, encarnada de rubor, sorprendida por la audacia del oficial, temblorosa, extendía en el vacío sus manos, retrocediendo hasta la pared del fondo. Allí Miguel rápidamente acercó su rostro al suyo, besándola en la mejilla, sin ningún ardor lúbrico, como hubiera podido besar a una hermana.

Julia suspiró, cubriéndose el rostro con el delantal, mientras él, un tanto arrepentido, la contemplaba en silencio, melancólicamente.

- ¡Cómo te quiero, Julia! -le dijo más quedo, en pie, cerca de ella, aproximando a su encendida faz los labios candentes aún por el beso con que la había asaltado ...

El ósculo juvenil, al realizar el maravilloso prodigio de disolver el dolor de la melancólica serrana, encendía en sus pupilas, en sus senos, en su vientre, una lumbre interna y dulce que por primera vez la quemaba voluptuosamente.

De pronto, el perro amarillo despertó, levantando la cabeza, recogiendo sus patas, olfateando, moviendo la cola.

- ¡Allí viene ... ! Siéntese por el amor de Dios!

Furioso, el joven iba a dejarse arrebatar por la cólera, pero, cual no siempre sucedíale, el pensamiento límpido venció en él al impulso ciego. Se dominó, y sentándose, fingió contemplar atentamente, como un buen perito, a uno de los gallos.

Don Bernardo, borracho ya, se detuvo en la puerta, dio un puntapié al perro que iba a lamerle la mano; miró de reojo al oficial, pero riendo, cachazudo, dijo, tendiéndole una botella:

- ¡Ah ... ! ¡Cómo es usted bueno, mi jefe ... ! ¡Mire no más qué tequila le traigo ... ¡Hepa! Julia, un vaso ... ¡Pronto, condenada de Lucifer!

Julia, humilde y atónita aún, se acercó a Miguel, trémula, presentándole el vaso lleno de tequila.

Miguel lo tomó, apretando la mano de la muchacha. Ella abrió los párpados y sus negras pupilas fulguraron una mirada impregnada de gratitud y de amor, en tanto que el don Bernardo, encorvado, apoyándose en la pared, tosía fatigosamente, jadeando y escupiendo, repugnante.

CAPÍTULO XII

LOS BRINDIS DE LA VÍSPERA

Insólita algarabía, júbilo rumoroso palpitaba en el campamento de la Alameda aquella noche.

El paraje, antes desierto y triste, vibraba completamente transfigurado. Los vendedores hacían su agosto; el oficial de la guardia, que era el teniente Torrea, enérgicamente presenciaba el registro de las viejas, no dándose punto de reposo para vigilar el orden y la policía del vivac.

Más de sesenta mujeres, en torno de las fogatas, guisaban y gritaban, animando el cuadro de alineados pabellones de armas que encerraba la tropa.

Mientras los soldados francos, tendidos en sus sarapes, descansaban de las rudas marchas, ellas habían acarreado leña, robado gallinas, comprado pan, queso y carne. Se elevaron durante el día espesas columnas de humo que envolvían todo en una bruma azulada; relucían en los pabellones las bayonetas, agitábanse los grupos confusos de hombres y mujeres entre las maletas regadas y los montones de leña empezando a arder, rodeados de hambrientos que soplaban con los carrillos hinchados ... y los oficiales atravesaban en todas direcciones, dando órdenes a gritos.

Algunos soldados cantaban, cantaban tristísimas canciones del Interior, monótonas, y tan dolientes que parecían gemidos salvajes, lamentos que sollozaban las quejas de un bandido o la muerte de un torero.

Rosa, rosita,
Rosa, morada,
Ya murió Lino Zamora ...

Parecía que en aquellas canciones vibraba la resignación sombría de una raza vencida y moribunda ...

Las *chimoleras*, vendedoras de comida barata - platillos de a dos o tres centavos- andrajosas y sucias, greñudas y con los brazos desnudos ante las enormes cazuelas y las negras ollas, tosían gravemente, gritando y gesticulando, disputando con gran lujo de obscenidades con las compañeras.

Pero esa noche había aún más motivos para la animación. La tropa estaba descansada y relativamente había comido bien, por lo que mostrábase alegre.

Las mujeres habían hallado carne y manteca barata, y no pedían más.

Soldados y soldaderas, sabiendo que la partida era al día siguiente, habían reforzado con suela nueva sus huaraches, y ya frescos, se sentían dispuestos a atravesar el mundo, si así lo ordenaban.

Aquellos pobres diablos que conducían allá, al fondo de la sierra, a morir como ovejas o a matar

como leones, estaban muy tranquilos, algunos casi patriarcalmente recostados jurito a sus mujeres.

Y allá, a algunos pasos del campamento, en una casa aislada en la obscuridad de la noche, en un cuarto por cuya puerta rojizo cuadro de luz resplandecía, dos hombres paseaban, hablando lentamente, acalorándose a veces, a veces guardando silencio.

Eran el teniente coronel Florencio Villedas y el capitán Eduardo Molina, que trataban de las disposiciones que tomarían, según el plan concebido por el General en Jefe.

Y en tanto que el campamento se animaba más y más, y que los dos comandantes de la fuerza, conversando fríamente, pensaban en sus responsabilidades, en una amplia tienda del viejo portal de la plaza, toda la oficialidad, jovial y expansiva a fuerza de beber, se mofaba del porvenir y entonaba un canto de triunfo anticipado.

Y otra vez, lo mismo que el día anterior, las tandas de copas de tequila se sucedían como descargas cerradas, en medio de aplausos y brindis.

Castorena, completamente roja la cara, revuelto y erizado el cabello, con frases cadenciosas y retumbantes, lanzaba décimas y cuartetas a diestra y siniestra, tronando en aquella apoteosis de su genio.

- ¡Que hable en verso Castorena! ¡Que brinde Castorena!

- ¡Silencio! va a hablar el vate ... ¡Que le den otra copa y brinde! -aullaban algunos.

- ¡Ahora, Sesos de Bronce ... ! ¿Quién quiere sesos en salsa de Castorena con jugo de tequila?

- ¡Que le traigan un tonel para que brinde!

- ¡Ándale, cabeza del plumero colorado!

- ¡Silencio ... ! ¡Déjenle hablar!

Retemblaba la tienda con aquel vocerío de borrachera. Castorena irradiaba, feliz.

Y tomó la copa con mano nerviosa, vertiendo parte del tequila, y vociferó, dominando el tumulto que acrecía:

Aunque ahora es ya de noche,

La palabra humilde pido.

Para brindar sin reproche,

¡Por que pronto sea destruido

El vil pueblo de *Tomoche*!

- ¡Bravo, bravo ... ! ¡Bien por el poeta!

Y una tempestad de aplausos se desencadenó en tanto que afuera, en el portal, algunos paisanos envueltos en gruesos cobertores rojos miraban, taciturnos, al interior de la tienda llena de humo de cigarros.

Rayó en delirio el entusiasmo; fue demencia aquello ...

Un capitán auguró espléndido porvenir al que hacía quintillas semejantes; y, mientras un nuevo

brindis preparaba el bardo, y los demás conversaban en dispersos corrillos, y un hombre de inmensa barba y descomunal caballera roncaba, borracho, Miguel, sugestionado por la frenética alegría de aquella oficialidad ebria, bebía también; y ya excitado su cerebro débil, llevado por la misma avalancha, trataba en vano de demostrar que todo aquello era estúpido y que la poesía debía desterrarse del mundo, donde la realidad reinaba, horrible ...

Monologaba tristemente, solitario, en aquella baraúnda tumultuosa.

Una vez más el alcohol le enloquecía, despertando en él recuerdos amargos, después de una alegría extraña.

En aquel instante estaba en el período de la melancolía, y filosofaba entre el fragor de la bacanal.

- Pero, después de todo -decía-, ¿por qué no beber ... ? para aniquilar la pena ... ¡Eh, Martínez! yo no he bebido toda mi ración, yo también quiero brindar ... ! una copa, ¡denme una!

- El fraile Mercado quiere beber, ¡una copa para el filósofo! -aulló Castorena.

- ¡Qué repitan las copas por mi cuenta! -dijo el teniente Ramírez- y que brinde Mercado.

Cuando el tendero colocó las copas en línea desplegada, como decía Castorena, sobre el mostrador, Ramírez, que era el obsequiante, fue dando a cada uno la suya y todos, habituados a las formaciones tácticas, hicieron un círculo en cuyo

centro se colocó Miguel, quien, cuando se restableció el silencio, comenzó:

- No vengo, como Castorena, a improvisar cuartetos ... yo desprecio el verso, y la poesía también ... porque es mentira y todo lo falso es despreciable. Sólo la verdad es hermosa, aun cuando mate ...

- Yo vengo, lo mismo que mis superiores y compañeros, a demostraros lo noble de nuestra misión; somos las víctimas expiatorias de los extravíos sociales; somos los inmolados por el destino o la casualidad en nuestra misión de soldados ... Cumplamos con ella aunque reventemos ... Brin ... Brin ... ¡brindo por el deber y la milicia mexicana!

Nadie, ni aun él mismo, comprendió lo que había dicho; pero le aplaudieron, creyendo que eran primores.

La francachela seguía, y la luz de las tres lámparas que colgaban del techo de la tienda, alumbraba con reflejos amarillos los sucios uniformes de dril de los oficiales que gesticulaban, excitadísimos, en aquel ambiente impregnado de alcohol y tabaco.

Castorena, que tenía nombrado en el campamento un rondín de nueve a once de la noche, se retiró gritando a Miguel:

- ¡No se te olvide, Mercado, que tú estás de rondín de once a una!

CAPÍTULO XIII

LA TRAMPA DEL SÁTIRO

... Recostado de través sobre una banca, en un rincón de la tienda, Bernardo roncaba, la cabeza reclinada contra la pared, la boca abierta. El sombrero, un arriscado y viejo sombrero de palma, de ala corta, se le había caído sobre una mejilla, y la sucia y alborotada melena y la áspera y luenga barba gris daban al bandido un aspecto feroz.

Miguel bebió otra copa, con verdadero furor demente. Al dejarla sobre el mostrador se fijó en el ogro de la casa del río; y por su cerebro excitado pasó, entonces, una idea que le hizo erguirse y meditar.

Después, ya no vaciló y, escapando de la tienda, atravesó la plaza solitaria y oscura. Tomó por callejas desiertas hasta llegar al río, y después de infinitos rodeos y algunos tropiezos y caídas, llegó hasta la puertecita baja de la casucha de Julia.

Tocó. Ladró el perro, pero fue acallado al instante; luego, sin preguntar, abrieron; abrieron silenciosamente.

No eran aún las diez; resonaban, a lo lejos, en las tinieblas, las aguas del río; cintilaban, extraordinariamente límpidas, las estrellas. Violentas

ráfagas de cierzo glacial doblaban los secos arbustos de la orilla.

El frío intensísimo había calmado un tanto la embriaguez de Miguel, quien, al abrirse la puerta, entró de asalto. La lámpara que ardía en un rincón se apagó al momento; pero dejándole tiempo para distinguir, como a la luz del relámpago, una visión arrobadora.

Vio a Julia en pie, descalza, en camisa, mostrando su seno y brazos desnudos; a Julia en actitud de salir de la cama, tiritando ...

Después, la oscuridad irritante arrebatándosela, la sombra negra eclipsándola, en tanto que la muchacha se retiraba al fondo, asustada ante la aparición de un hombre que no era su amo.

- Soy yo, Julia, ¿dónde está usted ... ? No tenga miedo ... Yo Miguel. ¡Ven, ven, ven ... !

Y ella, comprendiendo, balbuceó con expresión de máximo terror:

- ¿Usted, señor ... ? Pero ... ¡cállese ... ! Mire ... pero ¡dígame, por Dios, dónde está don Bernardo, va a venir ... ¿Qué ... ? ¿Qué quiere usted ... ? ¿qué quiere ... ? ¡Ah! no, no ... ¡le digo que no ... !

Miguel no escuchaba, ni atendía nada. En un arrebató salvaje, dominado por el vértigo de la lujuria exasperada, la buscaba a tientas, tropezando, más y más excitado y frenético cuanto menos la encontraba.

En vano ella trataba de inquirir, de saber ante todo de Bernardo ... murmurando muy quedo:

- No, señor, le digo que no ... ¡Ah! cómo es usted malo ... ¡No! ¡Mire que va a despertar a doña Mariana!

El subteniente la sentía próxima, por su calor, por su olor de mujer, por el jadear anhelante y medroso con que le huía en las tinieblas, viéndolo sin ser vista. Le sentía próxima, poro ágil y lúcida, capaz de esquivarlo, mientras quisiera ... Apeló a la ternura, como un lazo, para cazarla.

- Ven, linda, mira, vengo sólo a decirte que te quiero, a decirte que te quiero y a darte un beso ... un beso ... Ándale, tonta, un besito nada más, como esta mañana, ¡un besito! Dame uno no más ¡y me voy ... ! Mira, ven, ven acá, acércate ... Un abrazo y un beso ... ¡por favor! Anda, no seas mala ... ¿Ves cómo tú eres la mala ... ? Me haces sufrir a mí que te quiero tanto, yo que soy el único que te ha querido para hacerte mi mujer en la Iglesia, ¡anda, ven ... !

- Cállese, cállese, por María Santísima ... ! ¿No ve que va a despertar doña Mariana, que va a venir don Bernardo ... ? ¡Váyase ... ! No me diga esas cosas, no me las diga ... ¡Váyase!

- Te quiero, palabra de honor, te lo juro por *el Gran Poder de Dios* ... ! Tú eres mi mujer ... ¡Dios lo manda!

Al escuchar la invocación a la Divinidad, Julia, sacudida desde la nuca, en todos sus nervios,

suspiró y, abatiendo los brazos, no esquivó ya los de Miguel ...

Y se dejó tomar.

¡Se dejó tomar ... ! Dejó que los brazos del subteniente borracho la estrujaran, y la apretaran, y la palparan, paseando sus manos rapaces y sus labios triunfantes, de la fina garganta y de los pequeños senos erectos, a los muslos desnudos, sacudiéndola con caricias de una sensualidad brusca, precipitada, convulsa, pero que vertían en ella un deleite no gustado hasta entonces.

Se dejó tomar, sumisa, resignada ... Resignada y feliz, abandonándose, sobre el mismo lecho del bandido; desvaneciéndose en un éxtasis de suspiros y de besos, en una deliciosa agonía, en las tinieblas.

CAPÍTULO XIV

¡DE FRENTE ... ! ¡MARCHEN!

A las doce y media del diecisiete de octubre, la banda de cornetas de las compañías del Noveno Batallón *dio el primer toque de marcha*.

Y el subteniente, que había comido poco y de mala gana, después de un trabajo casi mecánico de arreglo de papeles en el *detall* de su compañía, aislándose un poco con el pretexto de recibir una orden del Cuartel General, corrió hacia la casa de Julia.

La encontró cerrada. Quedó consternado. ¿Habían partido ... ? Meditó un instante. Recordó su noche de nupcias; recordó la locura que lo empujara, temerariamente, a la guarida del ogro, a robarle su ración; a violentar, él también, a la pobre Julia.

Con un relieve extraordinario, intensísimo, hizo vivir en plena luz lo que pasó en las tinieblas ...

Tocaba a la puerta; le abría silenciosamente, y veía, en un relámpago, a la núbil *tomochiteca*, semidesnuda tiritando.

Asalto y eclipse ... y se arrojaba frenético en pos de aquel cuerpo femenino cuyo olor y cuyo calor sentía tan próximos.

Tomaba a oír el diálogo en la sombra, en tanto que él la perseguía, cazándola con furia y anhelo de sátiro borracho ...

Después, el lazo, la trampa, la eterna trampa de la ternura, del juramento, de la palabra de honor, de la invocación a Dios, para saciar un apetito, para aplacar la sed de la sangre febril.

¡*El Gran Poder de Dios ... !*; ¡*Dios lo quiere ... !*
¡La frase sacra de todos los fanatismos y de todos los engaños, lo mismo para los pueblos que no se dejan embridar, que para las mujeres que se resisten a darse! Y recordó el desfallecimiento de la presa, los suspiros, las lágrimas, el gemido de amor, el grito del placer en el vértice del éxtasis, en la deliciosa agonía de sus cuerpos y de sus almas, en las tinieblas de la covacha ... ¡Nupcias inolvidables, purificadoras, luminosas! ¡Pobre Julia ... !

Recordó que ella le había contado en unas cuantas palabras, después, su triste historia, su servidumbre en *Tomochic*, su paréntesis de vida culta en la ciudad de Chihuahua donde aprendiera a leer y a pensar, y luego su brusco regreso, su esclavitud, y sus noches en los brazos del menguado Bernardo, sin placer, pasiva y fría.

- ¡Es mi cruz ... ! *Dios lo quiere* -como me lo dijo usted-, había murmurado al terminar su historia.

Y en seguida le advirtió que al día siguiente, a las tres de la madrugada, partiría con don Bernardo

y doña Mariana para *Tomochic*, adelantándose a la tropa, por los más intrincados vericuetos de la sierra.

Entonces ambos ingenuos, fraternizando como buenos camaradas en su confianza en el porvenir, no obstante su común infortunio, se citaron para verse y amarse, allá, en el mismo *Tomochic*.

El subteniente, al recordar aquella aventura que pudo haberle costado la vida -si el viejo truhán lo sorprende en la mazmorra, ocupando su lecho, y teniendo en brazos a su esclava favorita- contemplaba, perplejo, la puerta cerrada y el corral vacío. Sólo una pobre burra flaca, gacha y tristona, vagaba en torno, abandonada por inútil.

Repentinamente, el lejano son de las cornetas del Noveno, batiendo melancólicamente el segundo toque de marcha, le hizo volver a su puesto, frente a las compañías, listas para desfilar.

Los soldados, uniformados de paño azul, habían hecho ya sus maletas. Los oficiales sujetaban a los kepis los paños de sol, o empacaban sus provisiones de boca, sabiendo que en todo el trayecto de la sierra no hallarían ningunos víveres.

Algunos dragones del Quinto Regimiento llevaron a la Alameda los flacos y mustios caballos de los oficiales del Noveno, quienes, poco después, empezaron a colocar sus maletas y carabinas, fajándose las cananas, cada una con cien cartuchos.

Por fin, a las tres de la tarde, con un magnífico sol, desfilaron las compañías. Los soldados atravesaron

el río, arremangados los pantalones, y en la ribera opuesta, *haciendo por el flanco izquierdo, alto*, esperaron el resto de la fuerza, que se les incorporó a poco, fraccionándose el total en tres columnas.

La primera estaba compuesta de la Segunda Compañía del Noveno y una sección de *Seguridad Pública* del Estado de Chihuahua; la segunda, de la Cuarta del mismo Noveno y una sección del Undécimo; y la tercera, de veinte jinetes del Quinto Regimiento y de los *auxiliares* reclutados accidentalmente entre los pueblos de la comarca. Estos aventureros vestían trajes de *rancheros*, llevando como distintivo una ancha cinta roja, a guisa de *toquilla*, en el sombrero.

Entre la primera y segunda columna iba el cañón a lomo de mula. En suma: unos quinientos hombres.

El general José María Rangel, seguido de su Estado Mayor, de algunos amigos de confianza y de nuevos aventureros, pasó a caballo ante la fuerza, que le *presentó armas*.

Después hubo que esperar que viniese el General en Jefe, Rosendo Márquez, quien fue recibido con más solemnes honores, batiéndosele marcha.

El general Márquez, encendido el rostro, fiero el ademán refrenando el caballo que se encabritaba, gritó: ¡Secciones! - ¡Flanco derecho doblando!

La segunda fila de soldados, que en línea desplegada de cara al sur, se dilataban hacia la sierra, dio un *paso atrás*.

- ¡Derecha! -gritó segundos después el general.

La tropa giró instantáneamente a su derecha, los soldados que tenían número par avanzaron a colocarse a la derecha de los impares, de modo que se formó al punto, una larga columna de cuatro hombres de frente.

- ¡De frente ... ! ¡Marchen!

CAPÍTULO XV

A TRAVÉS DE LA SIERRA MADRE

... Y principió la ascensión lenta hacia el oeste, trepando las primeras lomas de los estribos de la sierra, dejando, en el fondo, a la villa de Concepción Guerrero, cuyas casas albeaban a la orilla del río que serpenteaba bajo los últimos rayos del sol, del sol pronto a hundirse frente a la columna en marcha.

Era aquella, en verdad, una tarde espléndida, áurea y escarlata, de pompa otoñal; el río aparecía penumbroso al oriente; al ocaso, el camino subía en espirales entre un terreno rojizo, cubierto, a trechos de espesísimas malezas.

Una alta nube de polvo purpúreo circuía a la columna, a cuyo frente empezaron a alzarse los interminables bosques de la *Sierra Madre*. A los flancos, las grietas, en las faldas rojizas del monte, parecían inmensas llagas sangrientas.

Miguel se enderezó sobre los estribos de su montura. Miró a retaguardia. Aún se veía la casa de Julia.

Luego, el valle desapareció tras las primeras hondonadas de la sierra, que al fin mostró su austera majestad, ataviada con el esplendor de la selva, de la selva cuyos altos pinares, al sentir las ráfagas frías

de la noche que ascendía, entonaban el himno del crepúsculo.

El joven subteniente iba absorto ante la belleza de paisajes nunca vistos. Infinitas veces tuvo que ser reprendido por adelantarse a su puesto, pues solía abandonar la brida del caballo, el cual subía tropezando por el sendero áspero y pedregoso.

El viento fresco de la tarde disipó las nubes de su pensamiento, y ya sereno, se entregó a la voluptuosidad de una marcha lenta, al borde de los tajos por donde trepaba, dislocada, la columna.

Contemplaba, atónito, el ondular oscuro de los barrancos, de cuyo fondo emergían hálitos de nieve; y se extasiaba al ver surgir, entre los peñascos y los ramajes, el cielo violáceo.

El encanto de aquella naturaleza potente, bravía y severa, tonificaba sus nervios enfermos.

- ¡Esto es inmensamente bello! -murmuraba de vez en cuando. Y los camaradas que le oían hablar solo y levantar los brazos, extático y maravilloso, se reían.

Al oscurecer acampó la fuerza, concentrándose en un gran claro en el monte, llamado *La Generala*.

Esa noche aún hubo alguna animación. Se encendieron las fogatas, y sus altas llamaradas iluminaron a trechos las tinieblas, haciendo proyectar a los pinos, sombras inmensas.

El dieciocho de octubre de marcha tuvo que principiar muy entrado el día, a causa de un incidente curioso.

La caballada del Quinto Regimiento, relativamente cercana a sus cuadras en Guerrero, burlando la vigilancia, en tropel y a galope, retrocedió por el camino recorrido en el día, hasta llegar a inmediaciones del pueblo de donde la hicieron volver.

Ése fue un día alegre para el espíritu triste del joven oficial. Y era que encontraba verdadera fruición en aquella gran vida, ruda, austera y vigorosa de la sierra, que parecía hablarle de orgullo, de libertad y de amor.

Se abandonó a sus meditaciones solitarias; miró de frente a su porvenir; tuvo fe en la existencia.

¿Por qué había de morir tan joven cuando aún podía trabajar, ser útil, cumplir una misión, y sentir el júbilo de la victoria?

Saludable reacción se verificaba en él. Tenía el presentimiento de asistir a un drama terrible que templaría a su alma con escenas épicas que no olvidaría jamás, y cuyo recuerdo le fortalecería en las duras crisis de la vida, en los futuros conflictos ...

Y el prodigioso espectáculo de la *Sierra Madre* se desarrollaba gravemente a sus ojos contemplativos.

Ya era el trepar penosísimo por agrias cuestas, dejando a los flancos negros abismos que causaban vértigo; a las veces, el descanso audaz por pendientes cortadas casi a pico, o la marcha en

una línea, soldado tras soldado, por desfiladeros estrechísimos, por largos cañones en el fondo de dos formidables paredes, desde donde como dentro de un pozo, se veía el cielo muy alto, muy alto y radiante.

Miguel, aterrado, se preguntaba ¿por qué no los aniquilaba el enemigo en aquellos sitios, donde diez hombres podían destrozar a un ejército ... ?

¿Por qué el adversario que iban a combatir, conocedor perfecto de aquellas montañas, por qué no los sorprendía cuando, diseminados hasta en un espacio de una lengua se arrastraban en el fondo de los barrancos, en un terreno guijarroso y abrupto ... ?

No se necesitaba, en verdad, mucho arrojo para tan poco. Pero se sabía de fijo que los valientes de *Tomochic* esperaban, en su propia casa, la agresión, repugnándoles salir de su sagrada tierra, donde tenían la conciencia de ser invencibles.

Bien lo sabía el general, y por eso muy pocas precauciones tomaba a pesar de su penosa experiencia.

A veces los *auxiliares* eran destacados a los flancos, por donde trepaban con facilidad, para explorar el terreno. Pero era evidente que, en caso de ataque, sólo hubieran sido los fatídicos nuncios de la catástrofe.

A la una de la tarde, la columna hizo alto en *Peña Agujerada*, donde, matada una res, se repartió carne y harina, por todo alimento del día, a la tropa.

A las cuatro, prosiguió la jornada, la cual no se pudo rendir sino hasta las once de la noche, habiéndose tenido que atravesar varias veces el río.

Aquella caminata nocturna, tan temeraria, en la oscuridad, produjo atroz impresión sobre el ánimo de Miguel.

Había que marchar casi a tientas entre los pinos y las rocas agigantadas por la sombra.

Los soldados, jadeantes de fatiga, destrozados los pies, y sangrando en las aristas de las rocas por donde trepaban, seguían silenciosamente en las tinieblas pavorosas, tropezando y cayendo, levantándose, volviendo a tropezar y caer.

Habían cesado las risas, las bromas, las alegres charlas y las canciones con que la tropa, durante el día, transformaba en paseo la monótona aspereza de la marcha sobre la dura piedra.

Ahora, en las sombras, ascendía de la dispersa y prolongadísima columna, un triste jadear, la angustia de una múltiple respiración difícil entre el rumor de las pisadas y el persistente y monótono chocar de los fusiles contra el zinc de las ánforas ...

- ¡No se *cuelguen*, no se *cuelguen*!

- ¡Entren, entren! -gritaban a los rezagados los oficiales, por costumbre, pero, aunque a caballo, tan fatigados como los pobres infantes.

Unos cuantos *guías*, pagados a precio de oro por el general, precedían la marcha.

Se subía y se bajaba por rampas bruscas, o se saltaba de vez en cuando, ya en el fondo de las barrancas, por entre guijarrales, hundiéndose los pies, ensangrentados y adoloridos, en el agua glacial de los arroyos, en la linfa invisible que corría cantando cristalinamente dentro del abismo. Algunos soldados se tiraban a beber, soportando, inmovibles, los furiosos culatazos con que los sargentos intentaban levantarlos.

Los caballos se resistían, lentos y azorados, a bajar las cuestas; sus cascos arrancaban chispas entre los pedernales; fosforescían en las tinieblas sus grandes ojos. A veces se detenían, extenuados, resoplando ruidosamente, tendiendo las orejas hacia el misterio de la noche rumorosa y terrible, bajo el esplendor frío de las estrellas que palpitaban, arriba, entre la negrura de los árboles y sobre el brusco amontonamiento de los peñascales.

- ¡Entren! ¡No se cuelguen! -volvían a gritar los tenientes, fustigando con innobles insultos a la tropa exhausta, dispersa y pálida, que se arrastraba, crujiendo, entre las revueltas gargantas de la sierra, rumbo a la muerte ...

- ¡Ca ... ramba ... ! Pero ¿por qué no nos hacen pedazos aquí? Esos *tomoches* deben ser muy imbéciles, tan piedras como estas piedras, cuando no se les ocurre venir a barrernos! -decía Castorena a Miguel.

Al poetastro la falta del alcohol le hacía pesimista. Había agotado, hacía mucho, su botella de tequila,

y empezaba a sentirse exasperado y un tanto medroso.

- ¡Unos cuantos balazos que nos tiraran desde lo alto del monte, y ya estábamos hechos polvo ... ¡Te imaginas qué desorden!

- ¡Ya lo creo ... ! Sería el pánico, la derrota! -corroboró Mercado, estremecido por el hálito de pavora que soplaban las frases de Castonera.

- ¡Ni a melón les sabríamos!

Miguel no contestó ya. Comprendía lo espantoso de una sorpresa nocturna en la sierra, al rendir una dura jornada: la tropa hambrienta y exánime, desorientada, sin saber adónde la llevaban, ni por qué, ni por dónde llegaban los enemigos, ni cuántos eran ...

Evocó nuestros más tristes desastres nacionales, y se imaginó, aterrado, lo que pudo ser, lo que fue la catástrofe del *Cerro del Borrego*.

Y la ironía misma de este nombre era cruelmente trágica. ¡Unos cuantos audaces sorprendiendo a la tropa cansada, que duerme, casi muerta; a la tropa mexicana, que bien dirigida es épica legión, y abandonada al acaso, mísero rebaño!

Mejor que nunca comprendió entonces Miguel las altas responsabilidades de un jefe, y la urgencia de que México tuviese una oficialidad instruida, disciplinada, honrada.

Surgió en su pensamiento un panorama bellísimo ... Del fondo del inmenso valle, amurallado por altas montañas azules, entre un vasto ramillete de espesas frondas, alzábase el Castillo de Chapultepec ...

Chapultepec, con su alcázar presidencial y su Colegio Militar; el aula en que se enseña a ser culto y fuerte y a combatir; y el palacio en que se hospeda al que triunfa.

Y pensó que sólo de aquel moderno Chapultepec heroico podrían surgir los gérmenes de un ejército mexicano digno de su bravura y de su patriotismo.

Repentinamente, el caballo del meditabundo oficial se detuvo en firme.

- ¡Río Verde ... ! Ya llegamos, ya llegamos ... ¡Al fin! -dijeron algunos.

Eran las nueve. Se rindió la jornada.

CAPÍTULO XVI

EVOCACIÓN LA CAMPAÑA CONTRA LOS APACHES

En Río Verde se dictaron numerosas órdenes para prevenir una sorpresa. Tendiéronse dos líneas de puestos avanzados, cerrándose con núcleos de fuerza los puntos de acceso al campamento.

Miguel fue nombrado de servicio a retaguardia, con diez hombres de confianza de su compañía, y dos *auxiliares* de Chihuahua.

Uno de éstos era un viejo de setenta años, alto, seco y fuerte, muy entusiasta, de ojos juveniles, extraños en su arrugado rostro.

El subteniente y el viejo *auxiliar*, carabina en mano, pasearon juntos por entre las malezas y peñascales que circundaban el puesto avanzado, charlando con camaradería cordial.

Y el chihuahuense contó, entonces, algunas de sus campañas contra los indios bárbaros, y refirió una entrada triunfal a Chihuahua, cierta mañana de abril.

El vibrante anciano hablaba con tanto relieve y color que Miguel, enternecido, tuvo la visión clara de aquel cuadro.

Veía pasar, en la mañana primaveral, espléndida de sol, tibia aún, bajo el dosel de raso azul oscuro del

hermoso cielo de Chihuahua, por la calle animada repentinamente, el desfile de la cabalgata heroica.

Veía los valientes que regresaban victoriosos de la feroz campaña contra los bárbaros apaches.

En las banquetas la gente del pueblo forma valla; las familias asoman a las ventanas; los tenderos han saltado el mostrador para salir a las puertas de sus casas, y en el ambiente claro vibra el jubiloso repique de la esquila mayor de la parroquia.

Aquella brava cabellería desfila lentamente, de a cuatro en fondo. Sombreros anchos sobre rostros ennegrecidos de barbas hirsutas; blusas grises o chaquetones de cuero; pantalones de gamuza amarilla y teguas altas; monturas improvisadas con pieles de venado y de animales de la sierra ...

Los caballos son pequeños y flacos, pero ágiles y vivísimos, tan tenaces y valientes como sus jinetes ... y recortan la claridad azul del espacio largas lanzas con puntas agudísimas y centellantes ...

¡Sus lanzas ... ! Miguel, con el pensamiento, contemplaba en ellas toda la leyenda de la campaña bárbara y admirable.

A lo largo de las fuertes varas, desde la punta hasta el regatón, van prendidas largas cabelleras negras, salpicadas de sangre, ásperas y siniestras, pendientes del cuero cabelludo arrancado a los cráneos de los feroces Indios.

Todas las lanzas de los vencedores de los apaches están lúgubremente festonadas con las

cabelleras de los que han dado muerte en los combates, en los desiertos ... y cada una es un glorioso trofeo de guerra; significa una hazaña del más abnegado heroísmo ...

El viento agitaba las largas crines de las astas llevadas verticalmente, y mezclábanse los luengos mechones de una y otra lanza. Y el tropel sonoro transformábase en un ambulante y espesísimo bosque horrible de melenas ensangrentadas y negras ... Un estremecimiento de hondo pavor flotaba en torno.

En las grupas de sus cabalgaduras llevaban los jinetes altos maletines formados por las pantaloneras de los camaradas que habían quedado muertos en las inmensas soledades de la sierra o en las áridas llanuras del Norte.

- ¡Ay! en los cráneos vacíos, y ya bárbaramente pulimentados, de las víctimas del deber, de los que habían caído en los combates con los terribles indios, bebían entonces su tegüino y su sotol en las orgías, los jefes apaches que habían escapado y cuyas cabelleras aún no pendían de las lanzas de los bravos chihuahuenses -pensaba Miguel.

Hacía algunos años que el gobierno del Estado de Chihuahua había organizado una campaña contra los apaches que asolaban los pueblos y las rancherías, robando, entrando a sangre y fuego por todas partes, con toda la fuerza lúgubre de un desastre invasor.

El gobierno ofreció trescientos pesos por cada cabellera de apache muerto en la campaña. El coronel Terrazas, astuto conocedor de las regiones del Norte, de las costumbres de los indios, incansable y tenaz veterano, fue el jefe de ella.

Partieron más de quinientos hombres, audaces montañeses de la sierra, sedientos de vengar la muerte de seres queridos, ansiosos por exterminar las hordas salvajes que llevaban el duelo y el espanto a los hogares de la gente laboriosa y pacífica.

¡Larga fue la campaña ... ! Larga, y de una ferocidad atroz.

No, no fueron sólo los épicos combates cuerpo a cuerpo, lanza contra lanza, machete contra machete, audacia contra audacia, sino también las hambres que roían las entrañas, la sed febril, enloquecedora y sombría en las jornadas interminables, a través del desierto, bajo un sol africano.

Y en el invierno duro, el frío nocturno en el puesto de vigilancia, tiritando, sobre la nieve que cubre con su blancura implacable y hostil las anfractuosidades negras y los crestones de los abismos, cuando el viento mugiente de la sierra corta, cruel, los rostros, con sus ráfagas de acero; y la fatiga, el insomnio y el hambre ... Las marchas, trepando, resbalando, deslizándose, el oído alerta, las pupilas fijas en las rocas y en los árboles, tras de los que puede saltar la flecha del apache ...

Pero ¡qué felicidad cuando, al fin, se les envolvía en el fondo de una cañada y se caía sobre ellos,

lanza en ristre, después de haberlos aterrado con una descarga cerrada! ¡Con qué profunda rabia, con qué inaudito esfuerzo se lanzaban sobre ellos ... !

En vano aullaban los bárbaros de la manera más siniestra, más espantosa; en vano sus rostros de bronce, pintarrajeados de negro y rojo, hacían las muecas más feroces y los gestos más amenazadores y saltaban, como tigres, haciendo resonar los colmillos humanos de sus collares ... ¡En vano! Sin salida ni escape en el fondo del barranco, caían atravesados por las lanzas de los valientes serranos chihuahuenses, que al cargar pensaban en el viejecito que cuidaba del rancho patriarcal ...

Hasta que, por fin, la gran batida terminó. El bravo Terrazas hizo retroceder las hordas salvajes más allá del Bravo, y una mañana, aquella mañana primaveral y espléndida, entraron sus jinetes a Chihuahua.

¡Habían partido más de quinientos y regresaban ciento quince!

Cuatrocientos habían quedado en los desiertos de las sierras abruptas y selváticas y en las inmensas y desoladas llanuras.

Y en sus cráneos vacíos libaban, ahora los aguardientes del Norte, los salvajes escapados de las lanzas ...

Pero los supervivientes, esos de las caras negras y las barbas hirsutas bajo los anchos sombreros, traían con las pantaloneras de gamuza de los héroes

mueritos, las cabelleras-trofeos que el gobierno pagaría a las viudas y huérfanos ...

Y al pensar en todo esto la gente de Chihuahua, al ver el bravo desfile, el viento matinal agitaba, mezclándolas, las cabelleras apaches, negras, largas, horribles y salpicadas de sangre -selva ambulante de trágicas melenas.

Y de abajo de aquélla surgía un concierto lúgubre de alaridos quejumbrosos. Eran los niños y mujeres prisioneros, pobres bestiezuelas inocentes de la barbarie de los suyos, que llevarían a las casas de Chihuahua, donde serían recogidos, la nostalgia de la vida montaraz y nómada ...

CAPÍTULO XVII

¡ALLÍ ESTÁ TOMOCHIC!

Al día siguiente, todos los aventureros paisanos, y los militares no uniformados, ataron, por disposición del general, grandes cintas rojas a sus sombreros, para no ser confundidos en el combate.

A los oficiales de mas se les obligó a quitar las espiguillas e insignias de sus uniformes.

Se trataba, de esta manera, de evitar ser los principales blancos del enemigo, quien, como ya sabían, cazaba inexorablemente a los oficiales y jefes, distinguiéndolos perfectamente entre la tropa.

La jornada del día diecinueve fue muy corta, de *Río Verde* a *Las Juntas*, tres horas de marcha, a dos leguas solamente de *Tomochic*, frente al enemigo.

Esa jornada, muy breve en verdad, pero pesadísima por ser toda una gran ascensión en caminata, por no encontrarse agua en todo el trayecto y no haber los alimentos suficientes, fatigó aún más a la tropa, la víspera del ataque.

No obstante el hambre y la sed, no obstante el abrumamiento de haber trasmontado cerros y cerros, se notó satisfacción por aproximarse al desenlace, fuera cual fuese ...

Después de que se repartieron a la tropa y oficialidad las raciones de carne y harina del pobre

rancho, hubo en el campamento de *Las Juntas*; situado en una alta meseta, desde cuyos bordes podrían dominarse fácilmente todos los alrededores, una gran calma sorda que encubría la excitación de los ánimos, a la expectativa del asalto.

Nuevamente tornaba la angustia de la incertidumbre. Se hablaba quedo y se conversaba poco. Los rostros, pálidos por la fatiga y el escaso alimento, miraban con ojos inquietos el horizonte limitado por las rocas y los pinos.

El general Rangel en persona, que era el primer jefe (pues Márquez había regresado a Guerrero antes de llegar a *La Generala*), ordenó y vigiló el servicio de avanzadas.

A las ocho de la noche se apagaron las fogatas y reinó el más profundo silencio.

Tan sólo, allá, a lo lejos, una gran luminaria lanzaba fantásticamente resplandores rojizos. De allí partía una incesante murmullo. Era el vivac del Cuartel General.

- Se conoce que cenan y que aun beben algo - decía Castorena, sentado a lo turco con su carabina a un lado, a otros oficiales tendidos sobre la yerba.

- Pero tú ya cenaste; lo que te preocupa es beber, borrachón -contestó el teniente Torrea, que procuraba colocar cómodamente su cabeza en una almohada de piedra.

- A mí sí; de veras me preocupa beber; algo diera por un trago de agua -dijo Miguel, a quien la carne

asada, único alimento que probaba hacía dos días, le producía una sed insaciable. Además, el agua había escaseado ya.

- Yo diera un poco más por un trago de sotol, hasta un verso -agregó Castorena.

- Hombre ... ¡a ver si ahora puede hacer versos el poeta! -clamó Torrea ya tendido a lo largo.

- Mañana los haremos todos cuando nos chamusquen los *tomoches*.

Un silencio molesto siguió a esta conversación, que en un ángulo del campamento tenían los oficiales francos, después de una frugal cena de carne asada, una triste cena sin agua ni sal ...

Esperaban la hora de rondín, servicio que consiste en vigilar, paseando los puestos de centinela y el orden general en el vivac o en el cuartel, en las horas en que la tropa *franca* descansa.

- Bueno ... ¿y por fin, cómo entraremos? -preguntó Miguel-. ¿Cuál es el plan? ¿Vendrá el coronel Torres o es una *papa* nada más?

- Creo -explicó el capitán Servín- que la primera columna bajará por el Cordón, mientras nosotros entramos por el camino real, y el coronel Torres, con las tropas de Sonora, ataca por la banda opuesta. El *Hotchkiss* va a hacer pedazos la iglesia, primero, y ahora verán cómo salen las mujeres y se vuelven *bola* y ... Sí ... cuestión, cuando menos ... cuando

menos, de un par de horas ... Ya lo veremos ... ¡los veremos!

- ¡Al fin ... ! siquiera que comamos gallina al mediodía. Una hermosa gallina *tomochiteca*, asada en la lumbre de la iglesia ardiendo! ... ¡que sabroso platillo! -y Castorena chasqueó la lengua.

- ¡Oh! quién sabe ... Quién sabe, muchachos ... no sea que ...

- ¡Pero qué! mi capitán; si nos matan ... siquiera que comamos bien antes.

En aquel momento, entre la sombra, avanzó, envuelto en su capote, el capitán primero de la Segunda Compañía del Noveno, quien en voz baja pero firme y serena les saludó, dándoles las buenas noches. Charló, animándoles con su conversación, y les recordó que eran oficiales salidos del Colegio Militar, que tenían que hacer advertir que tan bien sabían estudiar como batirse.

- Hasta mañana, señores ... Mucho cuidado ... Voy a dar una vuelta ... ¡Muy bien hechitos esos rondines! ¡eh ... !

Se alejó con pasos medidos, alta como siempre su pequeña cabeza, mirando en torno con suma escrupulosidad, atento a corregir, pronto a imponer la disciplina y el orden.

Era el capitán Eduardo Molina. Todos en lo íntimo le querían por su buen corazón, siempre dispuesto

a salvar de cualquier apuro a sus oficiales, para quienes tenía los mejores estímulos.

Era, en cambio, muy severo, y por esto solían sus inferiores motejarle; y como cuando daban clases teóricas militares a éstos en la Academia, se complacía en explicar toda clase de combates a fuego o bayoneta, entusiasmándose y extendiéndose, le llamaban *Napoleoncito*. El *capitán Napoleoncito* del Noveno era también de mínima estatura y también, como *El Grande*, amaba la guerra. ¡Era un esclavo del deber y un leal amigo!

- Ya veremos mañana de qué cuero salen mis correas -dijo el poetastro-, y como nadie le contestó, fastidiado y sin sueño, se puso en pie con el propósito de ver si *echaba la sierra* a algún oficial de Estado Mayor.

A las cuatro de la madrugada del día siguiente, veinte de octubre, se hizo levantar la tropa a la sordina. En la sierra, a esa hora y en esa época del año, es aún plena noche, la obscuridad profunda y el frío intensísimo.

Se hablaba en voz muy baja. Era en la sombra un silencioso ir y venir de espectros. Los sargentos primeros de las compañías no pasaron lista, sino contaron simplemente las hileras. Los puestos avanzados se incorporaron a sus respectivas secciones. A la luz de las estrellas, de cerca, hubiéranse visto bajo las caladas capuchas rostros pálidos, barbillas temblorosas y labios resecos.

Llevaban puestos sus capotes los soldados y sobre aquéllos iban cruzadas las cananas y las correas de las bolsas de combate, repletas de cartuchos.

Media hora estuvieron todos en pie, impacientes, tiritando, taciturnos, esperando la hora de marcha, media hora, y sin que el alba asomase tras los vértices de los pinos que limitaban la meseta del campamento, media hora de frío cruel, de angustia, de inquietud sombría.

El general recorrió varias veces las columnas, hasta que, al fin, los nacionales y auxiliares se desprendieron entre las sombras para formar los exploradores de la vanguardia.

Un oficial de Estado Mayor previno a los jefes de las secciones que se iba a principiar la marcha; los oficiales montaron en sus caballos y ocuparon sus puestos; hubo un crescendo de rumores, de voces, choques de cascos contra las piedras, secos ruidos de las culatas de los fusiles.

De repente se empezó a marchar a través de la sombra espesa, bajo un cielo negrísimo constelado de espléndidos luceros que refulgían, maravillosos, entre los altos ramajes, y sobre los crestones de los peñascos.

Al principio fue duro y agrio, casi pavoroso, el descenso ... ¡La tropa, invisiblemente empujada, creía encontrar en lo bajo de la plataforma por la que

descendía bruscamente, al pueblo de *Tomochic*, y creía que iba a batirse allí, en plenas tinieblas ... !

Bajaban los soldados, vacilantes, hacia un valle que no parecía tener fondo ... bajaban tropezando ... y se oía aquel singular ruido metálico de los cañones de los fusiles chocando, campanillando contra las ánforas de zinc ... Los caballos de los oficiales resoplaban, y sus cascos hacían saltar chispas contra la roca dura.

Un hielo de muerto, un lúgubre horror tenebroso congelaba la sangre, apretaba el corazón, adoloría el vientre vacío y poblada de pesadillas rojas el cerebro anémico ...

El rebaño iba en la tiniebla y el frío, despeñado por ignotos derrumbaderos ásperos, escurriéndose, rebotando, por entre erizadas y retorcidas gargantas negras, trotando, galopando a veces entre los pedregales invisibles, sin haber dormido, famélico, sediento, temiendo ser fulminado de súbito por el trueno de una descarga enemiga.

¿Los *tomochitecos*, sagaces conocedores de los intrincamientos de aquellos montes, no podrían darles *un albazo* ... ?

¿No podrían impunemente aquellos fieros cazadores de las montañas, levantar en las tinieblas una hecatombe pánica, en el fondo de algún barranco, para mayor gloria de su *Papa Máximo* o de la *Santa de Cabora*?

... Y la red trágica de hazañas fabulosas que de los *tomoches* se contaban en todo Chihuahua, volvía a tender rojas pesadillas en los cerebros débiles ...

Al fin llegaron a un terreno plano por el cual siguieron, oblicuando ligeramente a la izquierda; atravesaron un arroyo casi seco, y cuando la columna remontaba otro cerro, albeó el cielo y palidieron las estrellas.

Y al encontrarse, después de hora y media de jadear, en la nueva cima ... la aurora esplendía, casi súbita, anaranjada y roja, tras el filo negro de los montes que a su espalda dejaban.

Entonces, los oficiales echaron pie a tierra, entregando sus caballos a soldados del *Cuerpo de Seguridad Pública*.

¿A qué horas llegaban? ¿Dónde estaba *Tomochic*? ¿Después de descender por segunda vez iba a principiar el ascenso a otro cerro ... ?

Repentinamente la columna se detuvo. Luego hubo una evolución que equivalía a *contramarchar*, y la fuerza se dirigió sobre su flanco derecho; mas como por allí las rocas se alzaban cortadas a pico se *hizo* más a la derecha, y se remontó la misma altura por la cual habían descendido.

- ¡Con un caram ... ba! -gritó Castorena- ¿Estamos jugando?

- Vamos a flanquear ...

- No, mi capitán, habrán equivocado el camino.

Y se continuó la marcha. El sol empezó a calentar y el cansancio hizo cojear a algunos soldados, a causa de que el terreno se hacía asperísimo y se marchaba de nuevo en la piedra. Y no había ya ni un solo árbol; era una desolación de paisaje lunar.

- ¡Entren! ¡Entren! vociferaban los oficiales, aun cuando ya ellos iban jadeantes.

Mercado, que marchaba en la primera columna, cerca de una sección del Undécimo, sentía una fatiga atroz.

De pronto vio correr en diferentes direcciones a los *nacionales* ... La vanguardia se replegó al núcleo de la tropa. Expectación. Silencio.

En aquel momento se escuchó lejano, muy lejano, a través de las montañas, el toque de atención, parte y rancho -la contraseña de la columna del coronel Torres que venía por el camino de *Pinos Altos* y que debía estar frente a *Tomochic*, al mismo tiempo que la fuerza del general Rangel.

A *paso veloz* siguió luego la columna hasta llegar a un claro en el monte ... Se escuchó un rumor extraño, algo como un desgranamiento traqueteante.

- ¡El coronel Torres se está batiendo ya ... ! ¡Muchachos, no quedemos sin tajada! -gritó un oficial del Undécimo Batallón.

El tiroteo iba acentuándose más y más ... Algunos soldados se aproximaron al borde de altas rocas entre las que ya empezaban a erizarse pinos y arbustos pequeños. Inclinaos sobre la

cresta de aquel reborde, contemplaron el fondo de los derrumbaderos, y más allá, en las lejanías, un inmenso valle cruzado por la cinta serpentina de un río. Disforme cerro jiboso, cual gigantesco dromedario, alzábase en un extremo, y frente a él, extensísimo, irregular, salpicando de casitas grises y blancas las praderas desiguales, en torno de vieja iglesia, el pueblo de *Tomochic*.

- ¡*Tomochic!* ... ¡*Tomochic!* ¡Ahí está *Tomochic!* - gritaron varias voces.

¡*Tomochic!* ¡*Tomochic!* -y el nombre bárbaro y heroico se propagó del alto reborde rocalloso a las filas compactas, corriendo por la tropa con un estremecimiento glacial.

CAPÍTULO XVIII

DERROTA DE LA PRIMERA COLUMNA

Los artilleros llegaron entonces, a aquel mismo sitio, y mientras descargaban de las mulas el cañón, el teniente Méndez bajó por una pendiente abrupta con el objeto de dominar el valle, y con su carabina hizo fuego sobre su profundidad para calcular la distancia.

Todos siguieron aquella operación con mucho interés. Ajustado el cañón sobre su montaje de cuatro patas, el oficial de artillería apuntó minuciosamente e hizo fuego. Sonó una detonación y el proyectil partió silbando en el espacio, describiendo una gran parábola. Segundos después se oyó la explosión de la granada.

Una gritería de entusiasmo acogió en las mas el primer cañonazo asestado a *Tomochic*.

- ¡Viva México, viva el general Díaz! -gritaron algunos, creyendo que aquel cañón era el triunfo suyo y la derrota del pueblo.

- ¡Viva ... ! ¡Viva ... ! ¡Viva el general Díaz!

- A las filas ... ¡A sus puestos ... ! -clamaron los oficiales al ver que los soldados se separaban para presenciar los disparos del cañón.

La pieza, siempre apuntada por el teniente, continuó sus descargas mientras las columnas,

prolongando el *alto*, esperaban órdenes, y mientras se oía más vivo el tiroteo, que parecía llegar de la otra banda de los montes, más allá de *Tomochic*, donde el coronel Torres se batía, y donde su cometa de órdenes tocaba cada dos minutos atención, parte y rancho, toque *contraseña* repercutido entre el lejano fragor de las detonaciones, por los múltiples ecos de las montañas.

El sol, a través de las altas ramazones de los pinos, bajaba ya caluroso y claro sobre la muchedumbre un tanto dispersa de aquella tropa inquieta, a la expectativa del ataque.

La ansiedad había llegado al paroxismo; el terreno accidentado no permitía un orden correcto en las columnas de compañía, que se habían formado como si se tratase de maniobrar en terreno plano, por lo que era imposible que hubiese entre las fracciones las distancias e intervalos que para esta formación previene el reglamento de maniobras.

Así es que Mercado, en lo alto del cerro, tras la segunda sección de la Segunda Compañía -primera columna-, sofocado, después del súbito alto, tuvo la idea vaga de lo inconveniente de esta disposición, considerando que el enemigo, en guerrillas, los podía batir muy ventajosamente. Por otra parte, ni los capitanes sabían dónde estaban ni que iban a hacer. Todos se sentían a ciegas en el monte.

Los oficiales de Estado Mayor, vestidos como paisanos, flotándoles tras el ancho sombrero la cinta roja, cual tropa chinaca, atravesaban entre las filas, apartando bruscamente a los soldados, llevando

órdenes del General en Jefe, quien cerca del cañón, que cada tres minutos hacía fuego, rodeado de nacionales y soldados del Quinto Regimiento, se instalaba a retaguardia.

- ¡Qué avance la primera columna! -gritó un ayudante al teniente coronel Gallardo, que la mandaba.

La columna se puso en marcha, desplegando su primera sección en tiradores, después de cargar las armas.

El joven se estremeció, sintiendo como que se sumergía en un baño frío.

- ¿Estaré pálido? -se preguntó, mientras descendía a saltos por la falda rocollosa, detrás de su sección.

- ¿Me verán los soldados ... ? ¿Tendré miedo ... ? ¡Mejor que me maten sin que lo sienta ... ! pero de una vez ... ¿Qué sucederá? ¡Mejor que me múera ... ! ¡Me duele el Vientre ... ! ¿Será el miedo ... ? ¡Qué frío ... ! ¡Si me vieran por dentro ... ! ¿Qué importa la vida ... ? ¡Hay que aparentar valor ... ! ¡Adelante!

Y al pensar así, llevaba la cabeza erguida y los ojos muy abiertos, aunque sin ver nada, más ciego que sus compañeros.

Y continuaron bajando lentamente, en un silencio mortal. Allá a lo lejos, proseguían las detonaciones, con desgranamientos, como el continuo crujir tronante de un carro cargado de hierros, de un carro ... que se despeñara rodando, rodando

por entre los guijarrosos pedregales de los derrumbaderos de la sierra.

La segunda sección esperó en lo alto, para tener la distancia reglamentaria, porque seguían ajustándose estrictamente a los principios de la táctica.

En cuanto a la segunda columna, desplegó sobre su izquierda, mandada por el teniente coronel Florecio Villedas.

La tercera quedó como reserva y escolta de la pieza, la cual empezaba, por fin, a regularizar sus fuegos.

Al frente de esta fuerza se destacaron los voluntarios y auxiliares de la cinta roja, quienes, cautelosamente y con la carabina preparada, se adelantaron para explorar el terreno abrupto y boscoso, que mientras más descendía, más dificultades presentaba. ¡Y era aquélla la parte más practicable!

El cordón -vereda- que desciende a *Tomochic* no fue ocupado, pues allí harían al enemigo un buen blanco las tropas.

El cerro por donde bajaban era el famoso del *Cordón del lino*, donde se verificó la derrota del dos de septiembre.

Los soldados, diseminados, avanzaban con desconfianza, mudos, el oído atento y las pupilas dilatadas, explorando a través de los árboles y las rocas. Los oficiales se habían intercalado en la

línea de tiradores y marchaban resueltos, pero muy pálidos. Ya no hablaban, ya no gritaban.

Había cesado de oírse el tiroteo que se escuchaba del otro lado del valle. Sólo el cañón tronaba a intervalos.

De repente, próximas, claras, con admirable precisión y con estruendo que a todos hizo estremecer, se oyeron precipitadamente algunas detonaciones.

Entonces los *voluntarios* regresaron, corriendo, al puesto de la primera sección, la que se detuvo al instante.

- ¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen! -llegaban gritando los *auxiliares*.

Las detonaciones se multiplicaron al frente de la primera sección. Corrió una orden en voz baja. Los soldados, esparcidos en un gran espacio sinuoso tras de los pinos y de los peñascales, llevaron al hombro las culatas de los fusiles.

- ¡Muy buena puntería y mucha calma! ¡Cuidado con desperdiciar el parque! -gritó entonces el capitán Alcérreca.

Empezóse a escuchar, distinto, un gran murmullo en el que dominaban ásperos gritos, un rugir hirviente, confuso, y en amenazador crescendo.

Sin embargo, aún no se veía nada, y nadie disparaba, permaneciendo la sección a la expectativa. Es decir, tomaban *la defensiva pasiva*

en un terreno desconocido para ellos y conocidísimo del enemigo, que debía avanzar velozmente sobre los federales. Luego los gritos pudieron, claros, distinguirse.

- ¡Viva el *Gran Poder de Dios* ... ! ¡Viva María Santísima!

Por fin, la sección rompió el fuego a su frente, aun sin ver a nadie, sin apuntar, sino hacia allá, de donde venía la tumultuosa algarada.

- ¡Conque aquí va a ser el combate, como quien dice en medio del bosque y en la falda de un cerro! - pensó Miguel, aterrado comprendiendo lo inminente del peligro y lo difícil de la situación ...

... Y las primeras balas enemigas comenzaron a silbar, de abajo a arriba, por entre los árboles. El combate principiaba.

El oficial preparó su carabina, trémulo, esperando ver a los *tomoches* que se sentían ocultos y que redoblaban el fuego. Sus gritos acrecían, gritos salvajes que aterrorizaban a la tropa, desesperada de no ver adversarios, sin poder avanzar ni retroceder, obligada a aceptar el combate en tan desfavorables circunstancias.

La espesura iba envolviéndose en humo blanco, de un olor acre y fuerte.

Tras la espesa neblina de la pólvora latían, en breves relámpagos rojizos, los fogonazos de las descargas ... A cada momento los gritos se multiplicaban, acentuándose más, y las balas

enemigas, con mayor puntería, tenían silbidos más agudos, empezando a pasar a la altura de los kepis.

- ¡Viva el *Gran Poder de Dios*! ¡Viva la Santísima Trinidad! -eran las voces y alaridos que las ráfagas llevaban a los soldados, a veces muy distintamente.

Uno, herido de muerte en el pecho, abrió los brazos, dejó caer el *Remington*, y murmurando dolorosamente un *¡ay Jesús!* cayó cadáver, boca abajo, vomitando sangre. Era la primera víctima.

Y entonces un cabo joven, que se inclinó para levantarle, lanzó un grito, rodando a su lado, herido en una rodilla.

Los vecinos a este grupo quedaron consternados; pero el rugido del teniente Torrea les reanimó, y ya furiosos y exasperados siguieron haciendo fuego, hacia abajo, sin apuntar.

Miguel vio entre la espesura un hombre alto, de gran barba, con blusa blanca y pantalones oscuros; en su sombrero de palma flotaba gran pañuelo blanco. El montañés levantó su carabina y gritó con voz estentórea y lenta, al tiempo que, casi sin apuntar, hacía fuego:

- ¡Viva el Poder de Dios! ¡Mueran los hijos de Lucifer!

- ¡A ése ... ! ¡Allí, allí ... cácenlo! -clamó un sargento.

A la derecha del subteniente, otro cabo, herido en una mano, empezó a quejarse.

La sección se arremolinaba; no se veían ya unos a otros los soldados. Muchos apuntaron hacia el claro en que el *tomoche*, de rodillas, estúpida y heroicamente, disparaba y acababa de atravesar con una bala la boca de un cometa, cuyo instrumento rebotó entre las piedras. Un momento después se desplomó aquel valiente serrano, cayendo de costado, la cabeza sobre el brazo y el brazo sobre su carabina, como si durmiera.

Ya la pólvora de los disparos había enturbiado la atmósfera, como una nube blanca y espesa, y su olor áspero y excitante cual un rudo aguardiente llenaba el espacio, donde resonaban desordenadamente las detonaciones, entre los alaridos del enemigo que subía el cerro y las frases de mando de los oficiales.

- ¡Viva la *Santa de Cabora*! ¡Muera Lucifer! -y nutridas descargas acompañaban a estas extrañas palabras ...

Veíase al capitán Molino ir y venir, corriendo, saltando, de un punto a otro, animando, animando a todos. Gritaba enronquecido, para contestar dignamente a los *vivas* de los fanáticos:

- ¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva la República Mexicana!

- ¡Adelante, muchachos! ¡Adelante! ¡Viva el Noveno Batallón! -clamaban los capitanes.

Un nuevo soplo de ánimo hizo avanzar atrevidamente las secciones; todos se entusiasmaron.

- ¡Sí, sí, adelante para que vean que el Noveno nunca pierde ... ! ¡Viva el general Díaz!

Hubo un momento de calma. La tropa, recobrando su bravura, ingénita, después del primer estupor, bajaba agazapada, sudorosa y jadeante, deteniéndose instintivamente ante los grupos de árboles y las altas rocas.

Un soldado, que iba a hacer fuego tras recio peñasco, soltó repentinamente su arma, rodando completamente ensangrentado. Fue que el proyectil enemigo diera con el borde granítico de la piedra, hiriéndole el cráneo las astillas que hizo saltar. La sección continuaba descendiendo.

El fuego de las carabinas serranas menguó un poco, y al fin encontraron el primer cadáver *tomochiteco* con dos anchas heridas, en el vientre y en la cabeza, la boca entreabierta, mostrando fuerte y blanca dentadura.

- ¡Viva el Noveno Batallón ... ! ¡Viva el Gobierno!
-gritó un sargento alborozado al contemplar el cadáver. Pero en el mismo instante cayeron heridos otros soldados.

El enemigo no se dejaba ver, sus balas hacían horribles destrozos; el relativo alineamiento que al principio llevaban las secciones se perdió por completo en las asperezas del terreno; los tiradores, ya sin ninguna cohesión, extensamente separados, se hallaron abandonados a sí mismos. En vano varios oficiales exasperados, intentaban ordenar otro

avance; pero como no sabían adónde iban, ni qué veredas seguir, multiplicábase el desorden.

Lo peor fue que, súbitamente, a sus espaldas, sonaron descargas. Aquello heló de pavor a todos. ¿Qué sucedía ...?

¡Les tomaban por la retaguardia! Pero ¿cómo se había verificado aquello? Estaban envueltos. Se encontraron entre dos fuegos, y un soldado herido en el hombro cayó muerto.

Y en la densa humareda que oscurecía la espesura hubo un terrible instante de máxima indecisión, y muchos intentaron retroceder. ¡Tenían al enemigo a su espalda ... ! ¿A dónde disparar?

Los tenientes se esforzaban, conteniendo el principio de la desbandada; pero también a ellos se comunicó el pánico. Algunos soldados aventaron las maletas.

- ¡No corran, no corran ... ! ¿Cobardes, a dónde van? -gritaban a los primeros que retrocedían, remontando el cerro. A su retaguardia el tiroteo aumentaba. Los más bravos, volviendo caras, contestaron; pero Castorena, que venía de la cima a todo correr, bajando a saltos, les gritó:

- ¡No tiren atrás, no tiren para allá; son los nuestros, es la Segunda Compañía que no sabe dónde estamos! ¡Que no tiren!

Pero como muy pocos oían sus palabras, perdidas en el estruendo loco de las detonaciones y los clamores, nadie atendió y se empezó

a disparar en todas direcciones, como si súbita demencia hubiérase apoderado de aquellos hombres, combatiendo contra enemigos invisibles en la Selva-fantasma.

¡Ah! lo que más angustiaba en aquella terrible situación -más que la atroz incertidumbre del enemigo respecto a su posición, fuerza y número- era la falta de dirección, de orientación y de órdenes superiores.

La vacilación en los oficiales subalternos, atónitos y abandonados en aquella encrucijada horrenda, llegó a su colmo ...

Y, por fin, el pánico absoluto reinó, cuando se oyeron a retaguardia aquellas malditas descargas que acabaron con el resto de moral que quedaba.

El humo de la pólvora, el estruendo de los disparos, el silbido de las balas y los alaridos feroces del enemigo, que por todas partes los rodeaba, hicieron de aquel rincón de la montaña el país del vértigo en pleno desastre.

Y el subteniente Mercado en un relámpago de su razón tuvo este pensamiento:

- ¡He aquí la derrota de la primera columna ... !

CAPÍTULO XIX

PEOR QUE DERROTA

Con razón Miguel sentíase estupefacto ... Creyó volverse loco ante aquel caso inaudito.

Cada soldado, oyendo silbar las balas en torno suyo y viendo caer compañeros a su lado, disparaba su arma sin saber adonde, creyendo tener al enemigo a su alrededor, en todas partes; y lo peor era que no había ni por dónde huir, perdidos como estaban en el fondo del intrincamiento del monte.

En tanto, a su frente, reaparecía el adversario y tornaban a alzarse siniestros y terribles aquellos extraños gritos de guerra:

- ¡Viva el *Gran Poder de Dios!* ¡*El Poder de Dios* nos valga!

Un joven recluta, apenas de dieciocho años, agazapado tras de las breñas, se batía y gritaba, también furioso y heroico:

- ¡Viva el Noveno Batallón! ¡A nosotros que nos valga nuestra Señora de Guadalupe!

Los *tomoches*, ocultos perfectamente tras de los pinares, prosiguieron avanzando de árbol en árbol y de roca en roca, saltando con una agilidad prodigiosa, precipitándose como tigres en medio de

la garruzada que tronchaba las ramas y hacía estallar en astillas las piedras.

Ya se empezaba a ver aquellos hombres altos y melenudos, de pantalones remangados, blusas blancas, cruzadas por cananas, y sombreros de paja con lienzos blancos signados de cruces rojas.

Se les descubría, volando de un sitio a otro; a veces sólo se veían asomar entre el remaje los cañones de acero de las carabinas que envolvían el árbol en una nube de pólvora.

Aquel heroico soldadito, invocador de la Virgen Republicana, apuntó a un hombre que, a distancia de ocho pasos, hacía fuego; pero el *tomochiteco*, de un gran salto, quedó a su frente y allí, a boca de jarro, le disparó en el pecho la carabina.

Cayó el bravo rapaz de espaldas, y en ese instante una bala rompiendo la rodilla de su enemigo le hizo yacer a su lado. Incorporóse éste preparando su arma, pero al ver que el moribundo, haciendo su último esfuerzo, le apuntaba aún, vagamente, sin poder tirar del llamador, le apuntó a su vez, descargando de nuevo sobre él, en el momento mismo en que el otro lograba disparar también.

Las dos descargas no hicieron sino un solo estampido y una sola nube.

Y los dos héroes quedaron tendidos instantáneamente, uno al flanco del otro.

Y escenas semejantes se reproducían bajo de cada roca, dentro de cada hondonada, en tomo de cada árbol ...

Si hubiesen entonces seguido el movimiento de avance, los combates cuerpo a cuerpo hubieran seguido con ventaja de los federales -por su número y por sus bayonetas-, pero ya la desorganización era completa.

Las tres secciones de la primera columna estaban mezcladas, sin frente, sin flancos, y ocupaban un gran espacio, por lo que no escuchaban las órdenes sino unos cuantos de los mas serenos.

Era imposible seguir adelante en aquel caos, aunque se conocía que el enemigo, escasísimo en número, podía ser arrollado si se intentase un empuje; pero el desaliento y la fatiga eran inmensos, y sobre todo, brotaba un inconcebible fuego sobre las secciones a retaguardia, y las balas en todas direcciones silbaban.

En el momento en que el capitán Molina, jadeante, el rostro enrojecido, con voz apenas inteligible por la cólera, gritaba dando órdenes, un sargento le comunicó muy conmovido que el teniente Pablo Yepes, que mandaba la primera sección, estaba herido de muerte.

Casi al mismo tiempo se retiraba del combate el subteniente Delgadillo con la pierna derecha atravesada por una bala. Este valiente oficial

heroicamente animaba a su sección cuando fue herido al lado del cadáver de un sargento segundo.

Castorena, enfurecido, corría de un punto a otro, haciendo volver a su puesto a los que lo abandonaban multiplicándose en medio del desorden, sublime verdaderamente en la ira noble que manifestaba.

- ¡Pero, con una caramba, que no nos sigan tirando aquellos brutos!

- ¡Oh! nos estamos fusilando nosotros mismos! ¡Qué sucede, pues! -le contestó Miguel, al pasar, admirado de aquel valor que no le suponía.

Aquello se convertía, de crescendo en crescendo, en una catástrofe espantosa. El fuego a retaguardia aumentó, y como caían heridos y cadáveres, y como no se obedecía ya nada, ni a nadie, se hizo sentir más recio el terror pánico.

Los soldados en dispersión plena, incontenible ya, continuaron retrocediendo, arrojando las maletas. La retirada se convertía en fuga.

¡Era el sálvese el que pueda! ...

La consternación, contagiando a los más animosos, hizo retroceder a todo escape y sin rumbo fijo a los más valientes, y muchos se reunían temblando y azorados en los sitios más lejanos del cruce de las balas.

CAPÍTULO XX

DERROTA DE LA SEGUNDA COLUMNA

Miguel ante aquel caos vibró en lo íntimo un arranque de suprema indignación y cólera.

- ¡Ah! ¡Conque así se perdían las batallas y era la explicación de las hecatombes! ¡No era ésa la guerra con que había soñado al leer la historia de las grandes campañas históricas! ...

Y, sin embargo, tuvo al fin que retroceder él también, contaminado otra vez por el miedo, en tanto que allá en lo alto, la sección que les hacía fuego se retiraba en desorden, suspendiéndolo.

Castorena, de pie sobre una roca, sin kepis, agotados sus cien cartuchos disparados pródigamente, blandiendo feroz su carabina, loco, amenazaba romperles el alma a todos los que corrían, quienes no le hacían caso, perdida toda moral y disciplina en el vértigo de la derrota.

- ¡No corran, no corran! ¡Media vuelta y a ellos! ¡Viva el Noveno!

Enternecido y avergonzado, Miguel pasó junto al bravo camarada, abrigándose tras de la peña que le servía de pedestal, tratando de convencerle de su inútil temeridad.

No le escuchó, y llorando de rabia:

- Vengan, vengan acá, en campo raso, ¡cobardes!
-repetía, completamente ronco.

¡Había que ver a aquel indómito muchacho, desgarrado y polvoroso, de pie sobre su roca, descubierta la cabeza, en jirones el capote, erizados los rojos cabellos, con lágrimas en los ojos, haciendo molinete con su carabina agarrada por el cañón, entre espesísima nube de pólvora ... ! ¡Había que verle ... !

El capitán Molina pudo lograr reunir, entre los que retrocedían, algunos valientes que formaron, tras compacto grupo de arbustos, un núcleo de defensa, una fortaleza heroica que acogía a los que quisiesen resistir.

- ¡Eh, Castorena, Mercado, por aquí, agáchense, agáchense! -les gritó.

Y al fin los dos, uno tras otro, con la carabina en la diestra, corriendo de abrigo en abrigo, remontaron el cerro, oyendo los gritos salvajes de ¡Viva Nuestro Señor Jesucristo! ¡Viva María Santísima!

En el improvisado reducto en que se defendía aquel pelotón de soldados se hacía con ventaja muy dura resistencia. Cerca de él había tres cadáveres de *tomoche*s.

Por entre las piedras y las rocas, amontonados en torno de los troncos de los pinos, se veían los kepis y los cañones de los fusiles que centellaban a los rayos del sol que penetraba a través del alto ramaje cuyas

hojas descendían despedazadas por el granizo de hierro.

Los oficiales pudieron llegar, y Miguel, extenuado, se echó en el suelo, decidido a que le mataran allí, pero descansando un poco.

Sentía calor de infierno y sudaba a chorros. Hubiera dado su porvenir en ese instante por un trago de agua.

Eran las once del día.

Allí, arrodillados o pecho a tierra, una veintena de soldados, cuatro oficiales y el capitán, hacían fuego, cazando a los enemigos que podían ver. Pero éstos, o habían retrocedido, o cargaban sobre la segunda columna que debía estar a un costado, pues hacia ese rumbo el traqueteo de las detonaciones redoblaba.

Un grupo de hombres de aquélla pasó a lo lejos, huyendo entre los árboles, cuando un oficial a la cabeza gritaba *vivas* en el estruendo de las descargas.

- ¿A dónde va usted, compañero? -le increpó el capitán, corriendo a él para ir a cortarle el paso.

- Señor, a tomar mejor posición a retaguardia, porque ...

- ¡Vaya usted a su puesto inmediatamente!

El oficial, avergonzado, regresó lentamente, agazapándose entre los árboles, incorporándose, mohíno, al improvisado reducto.

¡Era el que en la mañana se lamentaba de quedarse sin tajada!

La segunda columna, que permaneció a retaguardia de la primera, avanzó tomando la izquierda, dejando entre ambas un intervalo considerable. Recibió orden de desplegar en tiradores únicamente su primera sección; sus otras dos secciones permanecieron en lo alto, mientras aquélla adelantaba las alas para proteger un ataque de flanco.

Y en efecto, mientras la primera columna era asaltada de frente, la segunda lo fue por la izquierda. Los *tomochitecos* parecían conocer la táctica.

Los mismos accidentes del terreno, la misma naturaleza del suelo, salvaje y abrupto, dio a este combate idéntico aspecto del que se librara a la derecha.

Aquellos valientes montañeses lanzaban sus gritos terribles, y con certeza prodigiosa repartían la muerte.

- ¡Mueran los pelones! ¡Viva María Santísima! - también aullaban por aquel flanco.

Las dos columnas, paralelamente, debían descender por el cerro y desde la base de éste dirigirse a tomar las primeras casas del

pueblo, llevando como reserva la tercera columna, protegidas todas por los fuegos del cañón.

Los tenientes coroneles que mandaban cada una de aquéllas daban órdenes a retaguardia, recibíéndolas a su vez del General en Jefe, por conducto de los *nacionales*.

Pero el intervalo entre las dos primeras columnas fue demasiado grande, por lo cual sucedió que un pelotón de audaces *tomoches* logró intercalarse en él como una invisible cuña, disparando sobre sus flancos y tomando en parte la retaguardia de la sección desplegada, la que al verse batida por tres fuegos, desesperada, contestó en la angustia de su situación en el bosque, descargando sus armas a todos rumbos.

Entonces, las secciones de retaguardia, sintiendo llegar a través de la espesura un huracán silbante de balas, desplegaron en desorden, y en desorden rompieron fuego hacia abajo, aniquilando a las secciones del frente.

¡Aquello fue el caos de la muerte, el momento de una desesperación inmensa. Ni una voz de alto mando que se escuchara, nadie que se comprendiese ... ! Todos hacían fuego de una manera loca. ¡Minuto de infierno!

Los fatídicos silbidos de las balas *tomochitecas* cruzándose con los de los mismos fusiles federales, tendían en la espesura entre la niebla de la pólvora redes fúnebres.

Había heridos en la espalda, muertos con las sienes atravesados, cadáveres con las frentes hechas pedazos ...

La confusión era espantosa, la pólvora cegaba por completo; y los hombres rodaban entre las piedras; y en tanto, los invisibles serranos de *Tomochic*, sin llevar las carabinas al hombro, sino colocándolas bajo el brazo, rápidamente, descargaban.

Mandaba la primera sección de la segunda columna el capitán Emilio Servín, joven delgado, de rostro huesudo, bigotito castaño y ojos pequeños y brillantes, sumamente bilioso y colérico ... Estaba literalmente loco de rabia. Al ver aquel disgregamiento y a su gente corriendo en todas direcciones, sin saber a punto fijo por dónde estaba el verdadero enemigo, aullaba, renegando y golpeando con su carabina a los que huían.

- ¡Entren, cobardes ... ! ¡Viva el Gobierno ... ! ¡No corran, ca ... nallas! -vociferaba, rojo de ira y con los ojos saliéndose de las órbitas.

- ¡Sígueme, no sean cobardes!

Y sin reflexionar, impulsado por una desesperación inaudita, avanzó temerariamente por entre los matorrales; llegó a un gran claro que se hacía en el monte sin que nadie se atreviera a seguirlo, y allí, solo y a descubierto, soberbio, hizo fuego sobre uno de los enemigos que saltaba hacia lo alto del monte.

No tuvo éxito en el disparo. Su adversario, apuntándole apenas, le hizo caer, atravesado el pecho por una bala. Cuentan que al pasar junto al joven capitán moribundo, los *tomoches*, oyéndole blasfemar, le dispararon otro tiro a quemarropa.

Algunos soldados, tras de los árboles y rocas, vieron cómo, por último, el joven capitán levantó la carabina, tratando de incorporarse para hacer fuego; pero se desplomó boca abajo, muerto, con la boca abierta y espumeante, mordiendo los guijarros de la sierra, a la que con los brazos abiertos parecía abrazar en la última convulsión trágica ...

Fatal coincidencia: Domingo Alcérreca, capitán segundo de la primera columna, lanzado por el huracán de dispersión que en ese momento también soplaba sobre ella, había llegado al mismo punto en que yacía Servín, y allí, junto a su infortunado camarada, cayó, con el cráneo reventado por tres proyectiles.

También los tenientes coroneles de las columnas, Gallardo y Villedas, eran casi al mismo tiempo y en diferentes puntos, el uno atacado ferozmente de cerca y salvado por su asistente, y el otro, herido en la cabeza.

La dispersión total fue inevitable entonces, también en la segunda columna. Cada quien escapaba por donde podía, sin rumbo fijo, sin dirección alguna, saltando por entre los cadáveres y abandonando los heridos, que retorcían los

brazos, incorporándose, desesperados, en las más lamentables posturas.

El campo erizado de rocas enormes, poblado de altos pinos, quedó regado de armas, cadáveres, heridos y maletas. Un *guión* yaciente cerca del cabo que lo portaba semejava con su lienzo rojo un gran charco de sangre escarlata, que hacía aún más pálido el rostro del cadáver tendido a su lado, con la boca abierta y los ojos mirando inmóviles el cielo matinal resplandeciente y hermoso, ya limpio de horribles humaredas.

Cesó el estruendo de las descargas; solamente se escuchaba una que otra detonación que repercutían los ecos de la sierra o el estampido intermitente del cañón que aún escupía sus proyectiles sobre el pueblo.

Había terminado el combate.

CAPÍTULO XXI

TOMOCHIC SE PREPARA

Cuando aquella noche del dieciséis de octubre salió Miguel dando el último beso a Julia, prometiendo verse allá en *Tomochic*, ella, temblando, se echó en la amplia cama y allí, bien arropada, esperó medrosa la llegada de Bernardo.

Sentía la candente impresión de las caricias de Miguel y le parecía un sueño aquella hora de delicias supremas, aquel despertamiento de su ser a las primeras impresiones del amor.

El recuerdo de todo el paraíso vivido prolongaba el éxtasis apenas amargado por el temor de su partida para aquel *Tomochic* en donde tanto había sufrido.

Inquieta y febril, dio vueltas en el lecho, sobresaltada a cada momento por los ladridos lejanos de los perros, ladridos que llegaban hasta ella como fatídicos presagios.

Después, la pobre muchacha, en su cerebro inculto, pero amplio y sólido, intentaba resolver el problema de su vida y meditaba sobre el porvenir, ya formando cuadros risueños de amor y de ventura, o ya pintándose con negros colores panoramas sangrientos, escenas trágicas, cuadros de muerte.

Amaba ya con todo su corazón juvenil y virginal a Miguel, a aquel mozo que se le presentaba

hablándole de amor y de ternura, realizando el mejor de los sueños de su vida y arrojando en la noche de su infortunio un rayo esplendoroso de esperanza.

Pero ... y precisamente por eso, también pensaba con terror en que ella iría a *Tomochic* con su padre, con Bernardo, con Cruz, quienes combatirían contra él; pensaba ella que le matarían indudablemente y que, acaso, a la puerta misma de su casa, vería su cadáver ensangrentado, con los ojos abiertos ligeramente como para mirar por última vez a su Julia adorada, a la que había prometido hacer su esposa en la iglesia, en nombre del *Gran Poder de Dios*.

Y en vano en aquella hora de fiebre y de impaciente espera, trataba de dormir ... ¡imposible! Con tenaz obstinación tomaban a su mente las imágenes halagüeñas o lúgubres, místicas o infernales, arcángeles de gloria, o la Virgen misma protegiendo sus amores, o espectros monstruosos señalándole cadáveres; al mismo Satanás mostrándole en sus garras a su amante condenado a las llamas del Infierno.

Por fin, a las dos de la madrugada empujó Bernardo brutalmente la puerta. Había desaparecido en él la embriaguez que le había postrado en la noche y venía a preparar la partida hacia el pueblo, para avisar la llegada de las fuerzas con un día de anticipación, pues sabía que hasta en la tarde emprenderían éstas su marcha.

- ¡Eh! ¡Levántese, amiga, a qué hora piensa que nos vamos!

- Ahorita. Mande, señor.

Julia se incorporó prontamente. Y tiritando un poco por el frío duro de la madrugada, se puso las enaguas y el saco, y empezó a ayudar a empacar la ropa, mientras el viejo iba al corral a sacar las bestias y a amarrar las gallinas y gallos, que empezaron a alborotarse.

Mariana, como siempre taciturna, mecánicamente hacía los trabajos más recios, yendo y viniendo con una vela en la mano, o acarreando con costales y cajones.

Después, cuando estuvo ya todo listo, los dos asnos cargados de ropa, ollas, algunos envoltorios de café torreficado, unas botellas de sotol, las gallinas sujetas de las patas y algunos cachivaches más, Bernardo mandó hacer fuego, quemando una tabla vieja, y los tres tomaron café hirviendo, con unos tragos de aquel aguardiente.

A las cuatro de la mañana emprendieron la marcha, él en una mula y las dos mujeres en fuertes asnos. Durante el camino, Julia, sumamente excitada, no pronunció ni una sola palabra, sometida como siempre a su destino de víctima, resignada y absorta.

Bernardo, que conocía perfectamente todo los caminos de la Sierra, atravesó con audacia los montes, burlando la vigilancia militar, tomando por atajos apenas transitables, bordeando los precipicios, silencioso en su mula, empujando cada cuarto de hora la botella de sotol, sin volver el rostro

hacia las dos mujeres que le seguían sentadas en los jumentos que, los cascos herrados, hollaban con firmeza las gigantes asperezas de aquellos cerros que se suceden unos a otros con la misma fiera majestad.

La infeliz muchacha, envuelta en un grueso poncho americano a causa del viento glacial de la sierra, sentada hábilmente en su cabalgadura, abiertos y sin fijeza sus grandes ojos negros, suspiraba de vez en cuando, brotando de sus ojos gruesas lágrimas que no enjugaba.

¡Ah! aquella criatura de precoz inteligencia, natural vivacidad y sensibilidad exquisita, no debía haber nacido en aquel ambiente de locura hostil en que se agitaba un pueblo semisalvaje del que no tenía sino el supremo heroísmo y el raro valor de saber soportar dignamente la adversidad, el triste heroísmo de saber morir ...

El día diecinueve, a las tres de la tarde, llegaron a *Tomochic*, adelantados una jornada a las fuerzas que al día siguiente intentarían el ataque.

Encontraron el pueblo en la mejor actitud de defensa: claraboyadas las casas de los extremos, lo mismo que las paredes de la torre, vetusta y de un solo cuerpo, que se erguía al pie del *Cerro de la Cueva*, el que a su vez la dominaba, situada a pico sobre el valle.

Tomochic, en realidad pequeño en población, era sumamente extenso, por hallarse sus casas diseminadas, ligadas sólo por veredas que

serpenteaban a través de las milpas y de terrenos donde pastaban los ganados.

Quince o veinte familias desde hacía algunos días habían huido rumbo a otros pueblos de la sierra, lo mismo que los raros hombres que no quisieron tomar las armas.

La casa de Cruz Chávez, sobre todo, era una verdadera fortaleza, perfectamente atrincherada; un *blockhouse* con tres líneas de aspilleras.

En ella vivían también sus hermanos José y Manuel, acompañados de sus mujeres y cuatro niños.

Un gran cerco de empalizadas sólidamente revestidas de alambres con púas, encerraba dos grandes jacalones de adobe durísimo; en el intermedio de éstos había un horno, y a su lado, sobre un pedestal blanqueado, una alta cruz de madera de cuyos brazos pendían listones blancos.

Uno de los jacalones contenía cincuenta y uno de los prisioneros hechos en el combate del día dos de septiembre. El otro, más grande y más sólido, era la casa habitación, propiamente dicha, compuesta de tres cuartos unidos entre sí. Una sola puerta daba entrada al del centro, por el que se pasaba a los dos de los extremos.

En aquél vivían las familias de los tres hermanos: y de los otros, uno servía de bodega y depósito de municiones, y el otro de oratorio particular de aquel nuevo pontífice del desierto, *Sancta Sanctorum* a la

cual raros penetraban y que era también tienda del caudillo y alcoba del jefe de la familia.

Bernardo contó a Cruz todo lo que sabía de las fuerzas que en la mañana del día siguiente atacarían el pueblo, bajando por el camposanto o tomando el *Cerro de la Cueva* que dominaba a todo el valle.

Cruz, sentado cerca de la chimenea donde hervía una grande olla de café, meditó, bajando sobre el pecho su cabeza melenuda; después la levantó con fiera digna y, los labios plegados por leve sonrisa contestó:

- ¡No importa ... ! Los *soldados de Jesucristo* no pierden. Los derrotamos de nuevo. Mira, hoy nos llegaron de Yopómare seis más, de suerte que tenemos, contando a los muchachos, ciento trece. He formado cinco guerrillas; le he mandado matar su última res a Reyes Domínguez, y las mujeres ya están cocinando gallinas y maíz. Dios nos proteja. ¡Vamos a la bendición!

Y saliendo de la casa, se dirigieron por una vereda a la iglesia, cuyo atrio cercado de paredes estaba completamente lleno de hombres que lo esperaban, todos con sus carabinas y con sus cananas provistas de cartuchos.

Los que estaban sentados en las gradas que servían de pedestal a una gran cruz que se alzaba en el centro, se pusieron de pie, respetuosamente, a la llegada del caudillo. En el atrio, cubierto de lápidas fúnebres y algunas cruces pequeñas, había más de noventa montañeses, vestidos con blusas blancas o

azules, pantalones de piel o de pana y teguas altas hasta las rodillas; una canana cubierta de cartuchos engrasados les atravesaba diagonalmente el fornido busto, y otra les ceñía la cintura.

A los sombreros de palma, de alas recogidas, estaban atados pañuelos que caían sobre las cabelleras incultas, sombreando rostros barbudos, de ojos negros y centellantes.

La alta talla de Cruz, sus anchas espaldas y su barba espesa, negra y encrespada, encuadrando su faz varonil de frente espaciosa, no obstante los mechones de pelo que caían sobre ella, le daban un aire de majestad imponente y salvaje.

Los grupos se abrieron, pasando a través de ellos. Entró en la vieja iglesia sin quitarse el sombrero; subió al altar donde había un gran crucifijo; le volvió la espalda, y allí, en pie, esperó que entrase su gente. Cuando todos estuvieron dentro, apoyando en las losas las culatas de sus carabinas en actitud de escucharle, Chávez, con voz sonora, clara y limpia, dijo:

- ¡Hermanos, hijos de Jesucristo y de Nuestra Santa Madre María, prepárense mañana, confiados siempre en el *Gran Poder de Dios*, a destruir y mandar a los infiernos a los impíos hijos de Lucifer que quieren gobernarnos con sus leyes y quitarnos nuestra libertad!

Nos tratan como a bestias; nos quitan nuestros santos; nos quitan el dinero, y su Gobierno nos manda soldados que nos maten ... ¡Pero nosotros

peleamos por el Reino de Dios! ... María Santísima nos ayudará.

Nosotros no moriremos, porque los que llevan la cruz no pueden morir; si caemos heridos y al parecer muertos, resucitaremos como Nuestro Señor al tercer día, para poder acabar con los enemigos de Jesucristo. ¡Venceremos gritando *Viva el Gran Poder de Dios!*

Después Cruz sacó de la bolsa de su blusa amarillentos papeles; los desdobló y continuó en un tono familiar:

- He dispuesto cinco guerrillas. La primera la mando yo y se quedará aquí, en la iglesia; la segunda la manda Manuel, aquí está la lista -se la alargó a su hermano, que estaba a la izquierda-, y se va con la tercera y cuarta, que mandan ustedes -señalando a Carlos y Víctor Medrano, tendiéndoles las listas que éstos tomaron-, al camposanto; la quinta la manda Pedro Chaparro y tú -y señaló a Bernardo-, y va al *Cerro de la Cueva*. Ahora ¡a hincarse!

Todos se arrodillaron bajando las cabezas; él se irguió, puso el brazo izquierdo en jarra, echando hacia atrás con un movimiento de hombros, el poncho a cuadros negros y rojos que llevaba como un manto y que cayó a sus pies; y contempló a todos con esa mirada irresistible, amada y dura, que caracteriza las grandes figuras militares de la historia.

Estaba imponente con su aire de conquistador y pontífice, excitando a los suyos al combate en

el nombre de Dios y sus santos; resplandeciendo deslumbrante frente al fanatismo de aquella gente heroica, armada con aquellas carabinas *Winchester*, tan terribles en sus manos.

Sólo Bernardo permaneció en pie, sonriéndole maliciosamente; pero el pliegue que se formó en el entrecejo de Cruz afiló de tal manera el acero de su mirada que, palideciendo un poco, se arrodilló y bajó también la cabeza. Y entonces el caudillo extendió majestuoso la diestra y los bendijo en el nombre de Dios y de la Santísima Trinidad.

Todos salieron a hacer sus últimos preparativos, quedándose él solamente con los jefes designados, para explicarles su plan y darles instrucciones. Éste habíase hábilmente basado en la táctica, en la propia táctica que conocía por intuición, por ladina astucia montañesa de cazador.

El fraccionamiento en guerrillas lo imponía la naturaleza del terreno: Cruz comprendía que el enemigo bajaría al pueblo por el *Cerro del Cordón de Lino* e intentaría apoderarse del *Camposanto*, o tomaría el *Cerro de la Cueva*, llave de la posición, para dominar la iglesia y el núcleo de las casas en cuyo centro se hallaba la de Cruz -que estaba convertida en arsenal y en depósito de víveres, dos únicos reductos que en caso apurado podrían tener.

Así es que el caudillo *tomoche* guarneció el camposanto con tres guerrillas que destacarían algunos hombres inteligentes hacia el cerro, para anunciar la aproximación del enemigo, al cual en extensa línea de tiradores batirían en la espesura del

monte, en tanto que la quinta guerrilla, establecida en el *Cerro de la Cueva*, a la izquierda del *Cerro de Lino*, mandada por Pedro Chaparro, atacaría a los asaltantes de flanco, mientras éstos se batían al frente.

La primera guerrilla, compuesta de veinticuatro hombres, se fraccionaría en dos: una ocupando la casa de Cruz y otra la torre, desde donde él observaría las fases del combate, transmitiendo sus órdenes por medio de un estado mayor de quince o veinte muchachos, vivos, audaces y agilísimos en correr y trepar por los montes.

Previno que en cuanto el enemigo se encontrase en la difícil bajada del *Cerro de Lino*, se tomara la ofensiva, demostrando en esto una adivinación maravillosa del moderno arte de la guerra. Comprendía perfectamente que allí podría aniquilarlo en el instante de su perplejidad, entre la espesura y las rocas de la cuesta.

Encareció la importancia trascendentalísima de suprimir los oficiales y jefes, enseñando cómo debían reconocerse por sus rostros blancos y sus actitudes de iniciativa y mando.

A las mujeres impuso la dura faena de practicar aspilleras, clavar estacas, ahondar fosos, tender alambres puados, moler el maíz, hacer tasajos de carne y preparar hilas para los heridos, amén de rezar a la hora en que los hombres se batieran.

A las seis de la tarde se reunieron los *tomoches* en el patio de la casa de Cruz Chávez, dentro

de la empalizada. Pasó revista, grave y sombrío. Se cercioró de que todos estaban listos, bien municionados y provistos de pinole (maíz molido), gordas y tasajo. Reconoció con igual minuciosidad los escapularios e imágenes de la *Santa de Cabora* y las municiones y carabinas. Después, cada jefe seguido de su guerrilla marchó a su puesto.

Entonces, las mujeres, algunos niños y siete ancianos enfermos y achacosos se trasladaron a la iglesia, donde debían pasar toda la noche orando. Solamente la familia, con la mitad de una guerrilla, quedó en su casa, convertida en cuartel general.

Visitó luego a los soldados federales prisioneros, escogiendo entre ellos a cinco de los que manifestaron querer tomar las armas para defender *la causa del Gran Poder de Dios*; a los demás hizo que se les llevase carne, harina y tinajas con agua.

Y al fin entró a su casa, yéndose a sentar, muy pensativo, cerca de la chimenea donde ardía un fuego que su mujer atizaba en silencio, sin atreverse a mirar el rostro sombrío y huraño de su esposo, el *Papa Máximo de Tomochic*.

Sus cuñadas la contemplaban tristemente, sentadas al borde de sus camas.

- ¡Faltan tres minutos para las ocho! -dijo Cruz de pronto, viendo la carátula de su viejo reloj de plata, que llevaba en la bolsa de la blusa-. Rezaremos el Rosario.

Arrodilláronse delante de una sucia imagen de papel, clavada en la pared, y allí murmuraron el extraño rezo, compuesto por el mismo Cruz.

Cuando terminó, taciturno, pasó a su cuarto, cerrando tras sí la puerta, dejando a las mujeres inmóviles y absortas, contemplando vagamente el fuego chisporroteante de la chimenea, en tanto que afuera, en el valle negro de *Tomochic*, caía de las estrellas un silencio y un frío de tumba ...

CAPÍTULO XXII

LA TRISTÍSIMA RETRETA

Sentada en un cajón forrado de cuero, meditaba Julia, abrumada por la fatiga de una larga y dura jornada por el recio camino de la sierra.

Más demacrada y pálida que nunca se alargaba su faz morena, sus hermosos ojos negros reflejaban los rojizos esplandores de la chimenea; tenía las manos caídas en pleno abandono y la boca contraída por un gesto de abatimiento total. Mariana dormitaba acurrucada en un rincón sobre una piel de venado, en tanto que las otras cuatro mujeres, las tres de los Chávez y la hija de Cruz, sentadas dos en cada cama, intentaban contener los sollozos que les arrancaba secreta angustia.

Había un silencio profundo, ese silencio enorme que precede a las grandes catástrofes y que prepara el desenlace de tantas tragedias. Ni siquiera los perros ladraban, habiendo cesado ya todo movimiento nocturno. Paz de tumba.

- Tú estás cansada, hija, acuéstate -dijo a Julia la mujer de Cruz, compadecida del dolor que la pobre manifestaba; pero contestó vivamente:

- No, señora, tenemos que velar, así lo quiere el Señor -y después de largo suspiro, añadió:

- Tengo mucho que rezar a la Virgen -y sus ojos preñados de lágrimas se dirigieron al cielo, como demandando misericordia. Y de nuevo el silencio volvió a pesar fatídicamente sobre tanta amargura, cual una losa de hielo negro.

De pronto, llegó de afuera un áspero murmullo, ladridos feroces y vagos rumores mezclados con detonaciones que prolongó el eco de las montañas. Luego, todo cesó y, pasados algunos minutos, llamaron a la puerta.

Julia abrió, por hábito de servidumbre, entrando un hombre envuelto en un gran cobertor rojo.

- ¡El *Poder de Dios* nos valga! ¿Está Cruz? -preguntó descubriéndose y descubriendo su carabina cuyo pulido cañón centelló a los reflejos de la chimenea.

Entonces Cruz, sereno, asomó a su puerta, y con voz firme dijo al recién llegado:

- Entra, Pablo -y éste pasó tras él al oratorio.

Era Pablo Calderón, que venía de *Pinos Altos*, donde se hallaba en observación de un destacamento del Undécimo que guarnecía ese punto, cerca de la frontera de Sonora. Traía terribles noticias.

De aquel Estado venía una fuerte columna de más de quinientos hombres al mando del coronel Torres; llevaba más de doscientos hombres de Guaymas y Navojoa y muchos terribles indios de la *Sierra Tarahumara*, y de las tribus *ópatas*, muy temibles

por su arrojo y astucia; una sección del Duodécimo Batallón; otra del Vigésimocuarto y el destacamento del Undécimo que guarnecía el Mineral de *Pinos Altos*, y que se le incorporó.

Debían atacar el pueblo de *Tomochic* a las siete de la mañana del día veinte de octubre, bajando por el camino de *Pinos Altos*.

Pero lo más alarmante era que San José había sido hecho prisionero, y fusilado, acaso, en aquellos mismos instantes. Después que Pablo hubo enterado de todo a Cruz, éste le ordenó que de tales noticias guardase un absoluto silencio.

Y sin inmutarse, pues ya sabía la primera parte de las nuevas, aunque no que el coronel Torres atacase el mismo día, comprendiendo ya que el asalto sería simultáneo, cambió sus disposiciones, y él mismo, fajándose una canana y tomando su carabina, seguido de Calderón, a pasos de lobo, se encaminó por las veredas sinuosas del valle, rumbo al camposanto en el extremo del pueblo, despertando los perros de las casas, cuyos ladridos se multiplicaron a lo lejos sobre el silencio de la noche, repercutiendo tristísimamente en la concavidad lejana de los peñascales.

Ordenó a su hermano Manuel y a Jesús Medrano que con sus dos guerrillas ocupasen los núcleos de las casas próximas al río -poco ancho y nada profundo en aquella época- que pasa al oeste de *Tomochic*. Así se hizo, quedando al pie del *Cerro del Cordón de Lino* sólo una guerrilla.

Las otras dos permanecieron tras el río, cuyo paso debían defender de las fuerzas que venían por el lado del oeste, al mando de Torres.

Al rayar el alba extendiéronse las dos guerrillas a lo largo de la margen, ocultas entre las milpas secas, hasta cubrir todo el frente de los cerros del norte y noroeste.

A retaguardia, Cruz, con la primera guerrilla, permaneció de reserva, dependiendo su actitud de las circunstancias en que se presentara el combate.

En tanto, los hombres acampados en el cementerio se desplegaron al pie del *Cerro del Cordón de Lino* mientras Pedro Chaparro disponía, también en tiradores los suyos tendidos al pie del *Cerro de la Cueva*, a derecha e izquierda, dispuesto a dar frente por su derecha al general Rangel o por su izquierda al coronel Torres, a quienes batiría de flanco.

A las seis de la mañana empezáronse a distinguir algunos hombres de las columnas que venían de *Pinos Altos* y ocupaban los cordones de los cerros occidentales. Después se detuvieron y esperaron, sin duda, la señal de las columnas que venían de Guerrero, por el oriente.

Pero éstas no llegaban aún y en vano se repetía por el corneta de órdenes del coronel Torres la contraseña atención, parte y rancho sin obtener al otro extremo del valle más respuesta que el mismo

toque contestado y multiplicado inmediatamente por los ecos, como una inmensa mofa.

Cruz comprendió al instante todas las ventajas que podía sacar de aquella situación si se provocaba de cualquier manera el combate en el propio momento. Así es que recorrió la dilatada línea de sus tiradores extendidos tras el río, en las milpas y tras una gran loma. Les hizo avanzar, ordenándoles que con el alza a 600 metros, apuntasen a los cordones ocupados por el enemigo, haciendo fuego con mucha calma para obligarles a bajar, aniquilándoles en aquellos terrenos accidentados y cubiertos de sembrados y rastrojos, o al pasar el río.

Principió un lento tiroteo, y media hora después, las columnas del Estado de Sonora, ya casi en la falda, contestaban a los fuegos de los *tomoches*. Al frente, en la falda del *Cerro de la Cruz*, los bravos *pimas* de Sonora, armados de *Remingtons*, apenas se podían contener, escuchando los gritos con que los *tomochitecos* los desafiaban enviándoles de paso algunas descargas.

Aquellos indios de Sonora, acostumbrados a la vida de la sierra, a la caza y a las interminables correrías entre sus pedregales, son terribles. Altos, fornidos y audaces, vestidos con blusas y pantalones azules y zapatones amarillos, se enardecían, dando también feroces gritos, haciendo fuego tras las rocas y los árboles. Los de *Tomochic*, comprendiendo que eran los más temibles de sus enemigos, dignos adversarios suyos, los excitaban a bajar y a trabar el combate en el llano, gritándoles:

- ¡Bajen esos *pimas*! ¡Bajen esos valientes de Sonora! ¡Aquí estamos, aquí los esperamos! ¡Viva el *Poder de Dios*! ¡Muera el Gobierno ... ! ¡Muera Lucifer!

Sin embargo, Cruz había impuesto órdenes severísimas, bien justificadas por cierto, de no llevar aún un ataque a fondo sobre el pueblo hasta que contestasen las fuerzas de Chihuahua, que, con gran desesperación del coronel Torres, que había sido puntual, no llegaban.

Pero el destacamento del Undécimo que mandaba el capitán Castro y donde iba precisamente el mismo sargento Zavala -quien con aquel capitán había derrotado hacía un año a los montañeses irresolutos y aun débiles, hubo de iniciar sobre la izquierda el combate, atacando muy de cerca y ferozmente a los serranos. Los federales contestaron los gritos de reto haciendo fuego, animados un tanto con los clamores de:

- ¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el Undécimo Batallón!

Por fin, se escuchó ya en la tregua de las primeras descargas la ansiada contraseña que del otro lado de los cerros débilmente repetía el toque de atención, parte y diana. A *paso veloz y por tramos* fueron avanzando las columnas de las secciones del Vigésimocuarto, *pimas* y Undécimo, en tanto que las secciones del Duodécimo subían el *Cerro de la Medrano* que con su alta cima domina perfectamente el valle, tanto como el *de la Cueva*.

Los *tomochitecos*, dispersos y agazapados, se retiraron con lentitud táctica haciendo un fuego vivo y certero que contenía a los asaltantes a buena distancia. Sólo aquellos famosos indios de Sonora adelantaban audazmente, ansiosos por combatir contra tan terrible enemigo. Pero era desventajosísima la posición de aquéllos, quienes, a descubierto en lo alto de lomas peladas eran cazados desde la torre de la iglesia, por los tiradores ocultos en las milpas, o por los *tomoches* que en el valle retrocedían por táctica, para anonadar al adversario ante las primeras casas.

Una vez en ellas, disparando por las claraboyas practicadas en las paredes, los de *Tomochic* contuvieron a los asaltantes, quienes después de pasar el río, viendo mayor peligro en volver la espalda que en arrojar a vanguardia con ímpetu, jadeantes, arrodillándose a trechos para hacer fuego y continuando después la carrera, tronchando las cañas y saltando por entre piedras, se estrellaron contra los fuegos certerísimos de las casas convertidas en *blockhouses*.

Un sargento primero del Undécimo, en el momento en que arrodillado apuntaba a una cabeza que a lo lejos sobresalía de alta roca, cayó, herido de muerte en la frente; y lo extraño fue que en la misma posición quedó en el suelo, con el arma entre las dos manos, en actitud de apuntar, con las cuencas de los ojos vacías, el cañón del fusil salpicado de sesos ...

El combate, generalizado ya en toda la línea, tomó en aquel momento un aspecto de batalla. El humo

de la pólvora excitaba; todos gritaban enronquecidos con gritos que dominaban el estruendo de las descargas. Y allá, del Cuartel General del coronel Torres, partió el toque siniestro de media vuelta, y hubo que retroceder tras el heroico ataque.

El capitán segundo Francisco Corona, del Duodécimo Batallón, de bigotes grises de verdadero veterano, tronaba, animando a su tropa, al aproximarse a las casas.

- ¡Adentro, muchachos! ¡Adentro, muchachitos! ¡El que se muere, se muere! ¡No hemos de morir de parto! ¡Viva el coronel Torres ... ! ¡Viva el Duodécimo Batallón!

- ¡Viva el *Gran Poder de Dios*! ¡Viva la Santísima Trinidad! -contestaban los serranos dentro de sus casuchas, cuyos adobes de un lodo duro como piedra saltaban en pedazos al choque de las balas de los fusiles.

Cruz, seguido de la turba de muchachos que transmitía sus disposiciones, iba y venía, corriendo, agazapándose, gritando, dando órdenes, reanimando a todos y multiplicándose por todas partes.

Al amanecer, sus exploradores le habían advertido que las fuerzas que venían de Chihuahua estaban en marcha, por lo que la guerrilla que estaba al pie del *Cerro del Cordón de Lino* seguía a la expectativa para atacarlas en cuanto intentasen bajar. Pedro Chaparro en el *cerro de la Cueva*

cerraba el valle, por el Sur. Esperaba también al enemigo para flanquearlo entre el monte.

Entonces fue cuando se replegaron los *tomochitecos* que combatían contra las fuerzas de Sonora, y fue cuando, tras las paredes de sus casas, continuaron disparando y haciendo estragos en las filas enemigas. Los apostados en lo alto de la torre no erraban tiro alguno; era una cacería tranquila y espantosa al grado de escoger las víctimas, serenamente, tras de los gruesos muros.

La sección del Duodécimo Batallón que intentó llegar hasta el templo convertido en fortaleza fue dispersada, diezmada. Los *pimas*, más cautos, avanzaban a saltos de venado, trabando luchas terribles, cuerpo a cuerpo, al caer sobre algún *tomochiteco*, rugiendo salvajes alaridos de apache entre el estruendo fragoroso de las descargas crepitantes que se multiplicaban más y más por todo el occidente del valle.

El coronel Torres, en la falda del *Cerro de la Cruz*, observaba con su anteojo de campaña el desastroso combate, trémulo de cólera, exasperado ante el hábil y épico prodigio de la resistencia de *Tomochic*. Todo había concluido. Mandó repetir el toque de media vuelta y empezó una lamentable retirada, más peligrosa y más cara que el mismo ataque.

Se dejó una huella de heridos y de cadáveres ... Los veteranos de Sonora volvían la espalda, estupefactos. El capitán primero Luis Téllez cayó muerto; pocos momentos después el capitán Corona era herido en un brazo, y al poco tiempo lo fue

en un pie. Un subteniente era hecho prisionero, al mismo tiempo que un cabo que corrió en su auxilio fue atravesado en el pecho por tres balas. El teniente Cota había desaparecido con toda una sección de vanguardia ... Un sargento segundo, llorando de rabia, loco de furor, con el fusil tomado con ambas manos por el cañón, gritaba, sin que nadie le atendiera, temblando su piocha india de escasos pelos plateados:

- ¡Viva el Duodécimo Batallón, viva el coronel Torres, viva el general Rocha, los que estuvimos en la *Bufa* no corremos, viva el Gobierno!

Una bala le rompió la pierna y cayó de rodillas junto al cadáver de un corneta que tenía cuatro balazos en el pecho y vientre. Dos soldados que volvían corriendo a incorporarse con el resto que repasaba el río bajo una lluvia de plomo, trataron de llevárselo, y entonces él, frenético, dio un culatazo con su fusil en la cabeza de uno de ellos, gritándole enronquecido y ebrio de furor:

- ¡Cobardes! los que estuvimos en la *Bufa* no corremos ... ¡Viva mi general Ro ... !

En aquel momento y antes de que acabara la palabra, cayó de espaldas, atravesado el cráneo de arriba a abajo por una bala que debió de haber venido de lo alto de la torre.

Entre tanto, el corneta de órdenes del coronel Torres, después de transmitir la retirada, continuaba tocando sin cesar la contraseña convenida: atención, parte y rancho. Al fin se oyó en los cerros del oriente

la contestación -atención, parte y diana. El general Rangel llegaba cuando las fuerzas de Sonora se retiraban diezmadas por completo.

A la sazón, de allá venida, de los montes del *Cordón de Lino* se oía la furiosa detonación del cañón *Hotchkiss* asestado sobre el pueblo ... Después, en los montes orientales se oyó un vivísimo tiroteo que fue aumentando progresivamente.

Principiaban a batirse allá, en el otro lado del valle, en tanto que acá terminaban, clausurándose el combate con la triste *retreta*, el toque de la retirada y de la noche, la sonata de la derrota, el *requiescat* del entusiasmo bélico, toque lúgubre que resuena en las almas de los valientes como un sollozo ... *¡Media vuelta, la tristísima retreta!*

CAPÍTULO XXIII

INAUDITA SORPRESA

Miguel siguió al grupo de valientes que encabezaba el capitán Eduardo Molina, recogiendo los dispersos que, anonadados por la fatiga, descansaban al pie de los árboles, respirando ruidosamente, con los rostros congestionados.

Iban en dos mas, atónitos y mudos, mirándose tristemente como compañeros de infortunio encontrados por casualidad después de ser barridos por la misma ola de catástrofe, míseros náufragos que habiendo perdido todo se consuelan con la esperanza de vivir todavía más.

¡Tantos esfuerzos, tanta perseverancia en formar y educar un buen batallón ¿para qué ... ? Una orden mal dada o mal entendida, y media hora de valor inútil, desparramando mucha sangre y quemando mucha pólvora, y no quedaba sino un jirón informe y sangriento del bien organizado batallón!

¡Ah! ¿Conque ésa era la guerra? Necia, ciega, formidable, vergonzosa, erizada de mezquindades, de detalles atroces, inconcebiblemente trágica ... y ¿quién tenía la culpa de aquella catástrofe? ¿Para quién las responsabilidades tremendas de la derrota? ... ¡Un puñado de bárbaros y estúpidos hijos de las rocas de Chihuahua, desbaratando una hermosa brigada del ejército nacional ... !

Así pensaba Miguel mientras marchaba maquinalmente, siguiendo las pedregosas veredas que faldean los cerros del oriente de *Tomochic*. Regresaban al Cuartel General, que se había situado en lo alto del camino real de Guerrero, en un gran claro, en una especie de alta meseta donde se podía acampar cómodamente. Allí estaba la pieza de artillería, ya silenciosa, y se había establecido la ambulancia.

El general Rangel, rodeado de nacionales, con su antejo en la diestra, miraba consternado, sin decir una palabra; los grupos de soldados que iban llegando poco a poco y que se echaban en el suelo al lado de sus compañeros, mudos, tristísimos.

Un bravo oficial del Duodécimo un héroe, con veinte hombres había llegado también, no habiendo podido retroceder con los suyos por haber sido cortado por el enemigo. Casi había tenido que atravesar el pueblo y se encontraba vivo como por milagro. ¡De veinticinco soldados de su sección sólo le quedaban siete! Los demás habían quedado tendidos. Era el teniente Cota (Militar que años más tarde terminaría siendo fusilado en la ciudad de México por un delito de militar).

Habían llegado ya los oficiales heridos. Algunos auxiliares empezaban a llevar soldados que, chorreando sangre y quejándose lastimosamente, habían logrado acercarse. El mayor, médico cirujano, que llevaba el cuerpo expedicionario iba y venía; daba órdenes gritaba en medio de los ayes de los

heridos y de la sombría tristeza de aquel exiguo puerto, tras el naufragio.

Miguel, sin esperar orden alguna, aniquilado, se echo en el suelo apoyando su cabeza sudorosa contra el tronco de un árbol, y hubiera dormido al instante si no experimentase la sensación horrenda de una sed infernal.

Ya no pensó en otra cosa sino en beber un trago, aunque fuese del agua más inmundada que se le presentara. Sufría en plena embriaguez de llamas, con la lengua reseca y el rostro purpúreo. Sentía fiebre intensísima, y una cólera sorda le invadía y hacía crisar sus puños. Así permaneció durante una hora de angustia infinita; sin ver, sin pensar, hasta que se durmió. Le despertaron bruscamente cuando apenas acababa de cerrar los párpados.

- ¡Eh, Mercado, levántese; vamos a pasar lista a la compañía ... ! ¡Arriba ... !

Despertó sobresaltado, volviendo rudamente a la triste realidad de su situación. Miró en torno de sí y vio, casi frente de él, lo que restaba de su compañía. ¡Menos de la mitad! Vio soldados en dos filas, sin alineamiento, desgarrados los uniformes azules, con rostros macilentos, ojos hundidos y miradas vagas que tendían al suelo ... Vergüenza, fatiga y hambre.

Y entonces, a pesar de su debilidad, tuvo plena conciencia de lo enorme del desastre ... y sin embargo, todos habían cumplido con su deber ...

Apoyado en su carabina, que no había abandonado ni un instante, presencié la lista que pasaba el sargento primero, anotando a los que faltaban, y que aparecían los más numerosos. Pero todavía no podía saberse si eran muertos, heridos, dispersos o desertores. Aún no se levantaba, ni se podía levantar, el campo, ocupado por el enemigo.

Después supo Miguel que se habían mandado varias camillas escoltadas convenientemente para recoger heridos, pero sólo habían traído los más cercanos al Cuartel General, pues al intentar aproximarse al campo del combate, fueron recibidos con nutridos tiroteos a los cuales contestaron los federales, por dignidad, pero retirándose prudentemente.

Entre aquellos heridos sólo recogieron dos del enemigo. Tenía uno el vientre atravesado y, sea que su gravedad no lo permitiese o que no quisiera, se negó, obstinado, a pronunciar una sola palabra. El otro expiró en el camino.

Al fin se permitió penetrar en el campo a las mujeres de la tropa, que estaban angustiadísimas, cargadas con ánforas de agua, gordas de harina, y carne asada.

Levantóse un gran murmullo de gritos de alegría y de dolor, sollozos, y palabrotas y disputas; ¡todo por un trago de agua!

¡Agua, agua ... ! Miguel vio el agua y se precipitó sobre una vieja desarrapada que se defendía de

un grupo de soldados que le pedían una poca, suplicantes unos, amenazadores otros.

¡Oh, felicidad! Llevaba una ánfora llena y apartándolos con todo brío. aulló desafortadamente:

- ¡Ábranse! ¡Ábranse! ¡Qué canastos sucede! ¡Un peso por el ánfora! Mira, aquí está -y le enseñó a la vieja cuatro billetes de a peseta.

- ¡Ay, nú subteniente ... es para mi viejo que viene muy malo! ... Déjemela, mi jefe, yo le traeré después ...

No hizo caso y se la arrebató, feroz, arrojándole los papeles.

Soltó entonces la carabina, apoyando la culata en la roca, con el cañón contra sus piernas, y trémulo, y agarrando el ánfora con las dos manos, echó la cabeza hacia atrás y bebió ansiosamente. Y la habría vaciado, si una mano vigorosa no la hubiese asido por el asiento, impidiéndole acabar de beber.

- ¡Hombre, Mercado, déjame una poca, te va a hacer daño!

Era Castorena. Miguel, satisfecha su sed, extático, feliz, le dio el resto del agua, que su camarada sorbió de un enorme trago. Y como la vieja había desaparecido y llamaban a formar, arrojó a lo lejos el ánfora, que rebotó ruidosamente entre las piedras.

La fuerza que quedaba del Noveno debía dar un puesto avanzado de observación sobre el camino real que bajaba a *Tomochic*, además de una gran

guardia y un número de parejas suficientes para rodear el campamento, protegiéndolo en la noche contra toda sorpresa. A los oficiales francos se les nombraron rondines de una hora, en la noche, a partir de las seis de la tarde. Se dio también una escolta para la pieza y otra para el parque.

Mientras tanto los nacionales destrozaban una res y repartían harina. Ya era necesario, pues hacía veinticuatro horas que no se daban provisiones.

Miguel, que debía cubrir al mando de un teniente la avanzada sobre el camino, mandó asar un gran trozo de carne que se pudo conseguir. Y fue mientras a visitar a los oficiales heridos, instalados bajo una gran tienda improvisada en el centro del campamento. Allí, recostados sobre unos sarapes, vio muchos soldados que se quejaban tristemente.

Saludó con respeto y muy conmovido al teniente coronel Villedas, cuya herida en el cráneo habría de costarle la vida; tenía, además, las manos ensangrentadas por la terrible caída que aquel golpe le ocasionó, haciéndole rodar sobre las piedras.

Charló un rato con el teniente Pablo Yépez y con el subteniente Pedro Delgadillo, surgiendo la conversación sobre los capitanes muertos, uno al lado del otro, en circunstancias excepcionales.

Luego, fatigados, cesaron de hablar los heridos, entrando en vaga somnolencia, en un silencio cargado de fatiga y de terror.

Les contempló un momento, y ya se marchaba cuando se fijó en que el general, a algunos pasos de allí, interrogaba colérico a unos soldados de *Seguridad Pública del Estado de Chihuahua* que acababan de llegar al campo en esos instantes. Al punto se enteró de lo que pasaba. Un oficial de aquel cuerpo, agregado a la segunda columna, había mandado dar media vuelta a su fuerza, separándose no sólo del teatro del combate, sino abandonando decididamente el monte, consumando desertión al frente del enemigo y durante el combate. ¡Falta de disciplina, de educación militar en una tropa alistada de prisa! -pensó el joven subteniente.

Miguel se separó de la tienda del general para ir a recoger su carne, la cual devoró con ansia, casi cruda y sin sal. La sangre le escurría por entre los labios ávidos, sosteniendo el trozo rojizo a dos manos, masticando con chasquidos violentos, como un salvaje. Hubiera sido capaz de morder si se la intentaran quitar.

Y volvió después a atormentarle vivamente la sed, pero tuvo que soportarla, y fue a ver la fuerza que debía cubrir el punto. En seguida, con el teniente José Soberanes a la cabeza del pelotón de avanzada, desfilaron por el camino real hasta llegar a un sitio donde éste descendía bruscamente.

A un lado, sobre un gran montón de piedras, había una cruz de madera. Fueron allí apostados tres centinelas al frente, cubriendo la anchura del camino.

Obscurecía tras una tarde tristísima sin crepúsculo, y profundamente glacial.

Allá, en lo alto del monte, en la meseta del campamento, se veían brillar las fogatas del Cuartel General, como rojizas estrellas, mientras al frente alzaban gigantescas sus masas, como nubes inmóviles, los cerros erizados de rocas y de pinos.

Subieron a la escarpadura sobre la que se amontonaban las piedras que servían de pedestal a la cruz, y desde allí, en la penumbra de la tarde agonizante, contemplaron la vasta hondonada del valle de *Tomochic* ...

¡Ni una luz, ni un rumor, ni un ladrido en el poblacho que se adivinaba en el fondo; nada que pudiera indicar la vida en aquel hueco, en aquel nido de águila colosal, en plena *Sierra Madre*!

El teniente, melancólico y taciturno, cansado de la terrible jornada, se sentó al pie de un árbol y al poco rato principió a dormir, no obstante los esfuerzos que hacía por abrir los párpados que se obstinaban en cerrarse.

Miguel a su lado, apoyó la cabeza contra el tronco del enorme pino, abandonó la carabina entre sus piernas adoloridas; aflojó un poco la canana que le ceñía sobre el capote la cintura, y con los brazos cruzados y los ojos muy abiertos en la sombra, meditó.

¡Ah! conque ya se encontraba frente al enemigo después de sangriento combate y tras no imaginada

derrota. ¡Conque allí, perdido en el fondo de la sierra, a muchos centenares de leguas de un hogar querido, había encontrado como siempre, tras todos sus ensueños y ambiciones, el desengaño de la amarga realidad! ¡Desvanecidos todos los altos ideales de su vida, ni siquiera quedaba en pie la poesía solemne de la guerra! ¡La guerra como la comprendía, como la había leído: grande, noble, heroica, épica!

¡No ... no! Aquello que había pasado no era ni una sombra, ni una parodia, no ya de los combates clásicos de la antigüedad, ni de las batallas legendarias de Europa, pero ni siquiera de las luchas recientes en las revoluciones que ensangrentaran la patria. ¡Oh, y sin embargo, reconocía toda la barbarie trágica de la catástrofe! ¡El horror de la matanza había sido tan atroz como la derrota ... !

¡Atroz, como la derrota! ...

¡La derrota ... ! El alma horrible, de vergüenza y fango, de esta palabra no asomó, empero, en el infierno de su meditación a la margen del mar de tinieblas de aquel *Tomochic* de pesadilla.

¡La derrota ... ! No, no sentía vergüenza, ni por él, ni por los suyos, ni por su amado Noveno Batallón, ni por el Ejército Nacional, con aquella derrota, que era un desastre del que otros fueron culpables.

La joven oficialidad -flor del Colegio Militar- se había portado bizarramente, tan gallardamente que había dejado prendidos rojos pétalos de sangre

suya entre los pedregales de la cuesta que baja a *Tomochic* ...

Los oficiales, bisoños y heroicos, habían cumplido firmes en la espesura, en la nube roja y blanca del combate, de un combate al que no estaban preparados y al que se les empujaba sin marcarles rumbo, sin señalar objetivo, sin desplegar bandera alguna.

Y en cuanto ala tropa, era todavía menos culpable, era aún más triste víctima ...

El número de sus muertos y heridos aparecía relativamente enorme. Y pensó en ellos, los pobres, abandonados inicuaamente en el monte silencioso, retorciéndose, gritando, blasfemando en las tinieblas, contemplando, locos de sed, con sus ojos de moribundo, cintilar las estrellas en la fría desnudez del cielo. Se estremeció de miedo y trató de apartar de su mente la fatídica visión de aquellos infelices, pero no pudo; su cerebro calenturiento y excitado por la debilidad y la fatiga le delineó en plena vigilia escenas sangrientas, con todo el pavor horrendo de la pesadilla.

Encendido el cráneo, anudada la garganta, adolorido el vientre, tuvo miedo, un miedo morbosos de histérico sediento ... ¡Miedo de la sombra, de la noche, de los vagos rumores que llegaban del campamento, de sus pensamientos, de su conciencia, de su mismo ser ... ! ¡Miedo de todo! Era un principio de demencia en su organismo débil, un pavor invencible, algo como el *delirium tremens*.

Fue una hora de angustia moral y de horrible congoja. Al fin la fatiga le anonadó; durmió unos minutos, no obstante el peligro. Le despertó un tenue rumor de voces a su lado. Era el teniente y el cabo de cuarto que hablaban vivamente.

- Pero ... ¿estás seguro? porque, creo que el miedo que tienes es más que otra cosa.

- No, mi teniente, ponga usted cuidado ... ¿No oye usted?

El teniente calló, tendiendo el oído para distinguir los lejanos rumores, y sin duda oyó algo porque, con voz alterada, dijo a Miguel:

- Mire Mercado, váyase con el cabo, allí junto a aquel centinela, a ver si distingue bultos ... ya sabe; mucho cuidado, nada de *quién vive*, sino que hacerle fuego al momento.

El oficial siguió al cabo, tropezando con las piedras, sin ver delante de si más que las vagas sombras de los árboles y de las rocas. Cerca del centinela, trató de explorar con la vista el monte, y contuvo el aliento para escuchar mejor. Con íntimo espanto creyó oír rumores confusos como de pasos y voces.

Cerca de diez minutos permaneció allí, inmóvil, con los ojos fijos en las tinieblas, temblando a medida que aquel vago ruido aumentaba y se precisaba.

Y no le cupo duda, se acercaba gente, es decir, el enemigo ...

Fue a dar parte, y su jefe inmediatamente despertó a los soldados que dormían, les mandó cargar las armas formándoles en una fila a través del camino; él se colocó en el flanco derecho y Miguel en el izquierdo, dando orden a los tres centinelas avanzados de que en el momento en que viesen al enemigo, se reuniesen a ellos.

Todos de pie, trémulos, esperando con angustia en medio de la obscuridad el ataque nocturno de aquel adversario audaz, que revestía en esos instantes, a sus ojos, formas titánicas, permanecieron mirando hacia atrás como para reconocer el camino de la retirada.

De pronto se precisó de tal manera el ruido de los que se acercaban, que se reconocieron perfectamente toses, risas y palabras sueltas. ¡Aquello era inaudito! ¡Ni siquiera el honor les hacían de guardar silencio al aproximárseles! ¡Tan seguros estaban de su triunfo que se acercaban riendo y charlando como si fueran a un paseo!

- ¡Apunten, apunten con cuidado! ¡Allí vienen, allí vienen! -exclamó a la sordina el teniente.

Todos apuntaron sin ver nada, nerviosísimos e inquietos ... Algunas sombras aparecieron en la parte baja del camino ... El teniente gritó:

- ¡Fuego! -y el pelotón hizo fuego, oyéndose terriblemente en el inmenso silencio de la noche el dilatado y repercutido trueno de una descarga cerrada.

Inmediatamente levantóse un vocerío espantoso en los que venían, cuya masa retrocedió.

- ¡No tiren ... no tiren! ¡Somos de Guaymas! ¡Del coronel Torres! -gritaron ...

- ¡Avance el coronel Torres o volvemos a hacer fuego! -clamó el teniente.

- Señor, viene a retaguardia de la columna -dijo una voz.

En aquel momento se oyó el toque consolador de *atención, parte y rancho*, la contraseña de aquella columna. Y ya se dejó avanzar a los recién llegados.

CAPÍTULO XXIV

LIRISMO: LA VIRGEN Y EL HÉROE

El coronel Torres, después del fracaso de su ataque sobre el pueblo, diezmadas sus fuerzas, había comprendido que ya no tenía objeto su posición del otro lado del valle, y determinó incorporarse con las tropas del general Rangel, poniéndose a sus órdenes.

Sin pérdida de tiempo, esa noche acometió la temeraria empresa, rodeado por los cerros, a riesgo de ser sentido y atacado en su peligrosa marcha por el enemigo, que lo hubiera aniquilado en los cordones de la sierra.

Pero, o los correos que en la tarde mandó al general no llegaron, o éste descuidó mandar advertir la llegada de aquella fuerza, el caso fue que se recibió a tiros por la avanzada que cubría el camino, a la maltrecha columna de Sonora.

Allá en el núcleo del campamento el pánico fue horrible; todos se echaron sobre sus armas, levantándose precipitadamente, en el mayor desorden y gritando por todas partes, en medio de la confusión.

- ¡Orden ... ! ¡Orden! ¡A formarse! ¡Apaguen las fogatas!

Fueron apagadas instantáneamente. Los heridos se incorporaron, con los rostros lívidos. Un oficial del Undécimo, aquel de los bigotazos imponentes que decía que el ataque sería cuestión de dos horas, se levantó temblando ligeramente, pero dispuesto a todo, amartillando su pistola.

- ¡Nos dieron el albazo, compañero, prepare su arma! ¡Ca ... nallas de *tomoches*! -decía.

Castorena, que era el que estaba cerca de él, tomó vivamente una botella de bacanora a medio vaciar y se echó un trago. Iba luego a preparar su arma, pero un capitán llegó diciendo:

- A sus puestos, a sus puestos: es la columna del coronel Torres.

Afortunadamente, no había producido ningún efecto de sangre la descarga, y avanzó hasta el campamento la tropa de Sonora. Eran poco más de doscientos hombres, pues los piquetes del Vigésimocuarto y del Undécimo habían sido también completamente destruidos en el combate contra *Tomochic*.

Volvióse a restablecer la calma. Miguel, ya tranquilo, tomó a su meditación, sentado al pie del árbol, y como el teniente habiendo agotado todos los medios posibles para no dormirse, determinó que vigilase media noche y la otra media lo haría aquél; y mientras dormía su jefe, se puso a pasear, continuando en su conciencia el sombrío monólogo.

Tomaba a pensar en el combate.

- ¿Por qué no me habrán matado? -se decía, recordando la muerte heroica del joven capitán Servín-. He ahí, quién sabe dónde, el cadáver de un hombre que pudo haber sido útil, un noble hijo del Colegio Militar, que habría llegado a ser un digno jefe de la nueva generación militar mexicana. En cambio, vivo yo que para nada sirvo, pobre ser vacilante, cerebro con más incertidumbres que pensamientos, corazón extraordinariamente sensible, inútil, capaz de sufrir y de resistir, pero inútilmente, envejecido ya por el dolor y por el vicio, alma sin voluntad, alma honrada y altiva, generosa y triste, pero sola y fluctuante ... ¿A qué vivir así ... ? ¡Solo, solo ... !

Y una racha de lágrimas iba a ascender a sus ojos enardecidos y secos cuando de súbito la imagen de Julia sonrió tristemente en su desolación meditativa ... ¡Julia! Y hasta entonces pensó en la gentil *tomochiteca* melancólica, en la desventurada serrana, tan inteligente y dulce.

Y resonó en el misterio de la noche inmensa, en la noche de *Tomochic* y en la noche de su pensamiento, el timbre de cristal de la voz de Julia defendiéndose débilmente.

- ¡Ah, cómo es Ud. malo, cómo es Ud. malo ... !

¿Malo él ... ? ¡Pobre criatura! Aquella noche fue hacia el cuerpo, fresco aún, casi virginal, de la *tomochiteca*, cediendo a un instinto; pero Miguel no se sentía *malo* ... Después de las nupcias amaba aún más a su linda y triste desposada, a la vencida con

aquella frase que repetía candorosamente, ¡*Dios lo quiere!*

Y borbotó en la mente de Miguel un repentino raudal lírico ... ¡Qué fecundidad la de su existencia embellecida por el amor extraño, fiero y altivo, dulce y piadoso, raro y místico, de aquella azucena de los montes de *Tomochic* -la hija de *San José de la Sierra*, víctima de un viejo ogro-, de aquella agreste azucena, cortada, entre una nube de pólvora, cabe un charco de sangre, al fulgor del incendio ... ! ¡Oh, qué ennoblecimiento altísimo el de su oscura vida de vulgar subteniente con aquella pasión exótica, tan lírica, tan profunda, de Julia, que se entregaba en el umbral de la sierra sagrada, la víspera de la catástrofe, murmurando con la voz quejumbrosa de la mártir:

- Toma y goza. ¡*Dios lo quiere* ... !

Pasó una sonrisa de delirio íntimo por el demacrado rostro del oficial ... Su fantasía amontonaba los sucesos pretéritos y los futuros, eslabonando un poema de amor, incienso y sangre, en el que resplandecían, victoriosas, las nupcias de la *Virgen de Tomochic* con el héroe Miguel.

CAPÍTULO XXV

EN ACECHO

El día veintiuno en la mañana debían ser transportados los heridos a Guerrero con una pequeña escolta del Quinto Regimiento y con víveres para dos días.

Miguel se despidió de sus amigos, muy conmovido.

Vio que el capitán Molina estrechaba silenciosamente la mano del teniente coronel Villedas, a quien había entregado su reloj de oro y un paquete de billetes de banco que debía remitir a su esposa en caso de que lo mataran.

Después, hablaron algunos momentos, lamentando la suerte del batallón, lanzando al combate con tan poco tino, diezmado luego por la dispersión y la muerte, en el desquiciamiento de imprevista derrota.

El capitán Molina había hecho en ese cuerpo su humilde carrera, después de salir del Colegio Militar, y como era soldado por vocación, le dolía en el alma el inaudito desastre.

- Señor, a mí lo que más me preocupa es la desesperación del coronel, cuando sepa ... porque tiene que saberlo al fin y al cabo ...

- No -le contestó Villedas-, yo le pondré nada más en el telegrama: *encuentro el veinte con el enemigo, tantos muertos, tantos heridos, y nada más.*

Una onda de ternura ascendió hasta lo íntimo del subteniente al pensar en el amor de la oficialidad del Noveno Batallón a su viejo coronel. Era éste un jefe inflexiblemente recortado en recio molde de antigua austeridad, de hidalga honradez, un coronel a la fiera usanza caballeresca de la milicia española, de espada elegante y limpia.

Mas, bajo su erecto entrecejo, bajo su adusto rostro, bajo su agria voz de mando, ¡qué dulce y cálido afecto para los jóvenes oficiales, con quienes soñara formar marcial y gentil florón! ¡Qué cariño para los *muchachos* de su tropa!

Militar de la cepa *conservadora*, *mocho* de los de buena fe, de los de alma ingenuamente abierta a la tradición caballeresco-mística de *Religión y Fueros*, el coronel Miguel Vela, jefe del Noveno Batallón era todo un bélico patriarca, no por implacable y duro, menos amoroso ...

Escogió la oficialidad de su cuerpo entre la juventud del Colegio Militar, que anhelara salir desde luego a las mas del ejército, y sobre el alma juvenil supo verter algo de la antigua hidalguía marcial y galante de la suya.

Y así era como en la guarnición de la Plaza de México, los militares del Noveno mostraron a la

sociedad el tipo raro entonces del oficial de infantería tan limpio de conducta como de uniforme.

¿Qué sentiría el veterano al saber la suerte que había corrido su batallón?

Y al pensar en ello, frente al mísero amontonamiento de heridos, frente al capitán Molina, frente al triste *Napoleoncito del Noveno*, henchía el vibrante espíritu de Miguel una onda de ternura que anudó su garganta y humedeció sus ojos melancólicos ...

El general, modificando su plan de ataque, había decidido vivaquear con sus fuerzas sobre el *Cerro de la Medrano*, que se alzaba casi a pico a la derecha del pueblo. Desde su cima podría hostilizarse con un buen tiroteo al enemigo, impunemente. Además, para la pequeña pieza de artillería presentaba ese punto las mejores condiciones.

Lo grave era que aquel cerro, no formando parte de los que completaban la circunferencia del valle, se alzaba aislado. Era, pues, preciso bajar y atravesar la llanura para subir a él, y si los *tomoches* se apercebían de aquello, podían muy fácilmente impedir su ejecución.

Se mandó formar a las diferentes fracciones con sus respectivos oficiales, refundiendo las dos compañías del Noveno en una sola, por lo mermadas que estaban.

Los *pimas* y *navojoas* constituyeron la vanguardia; después seguían el Noveno y el Undécimo, los restos

insignificantes del Duodécimo y el Vigésimocuarto. El Cuerpo de *Seguridad Pública* de Chihuahua, que sólo era estorbo para todo, formaba la retaguardia con algunos jinetes del Quinto Regimiento y los Auxiliares de Chihuahua.

El flamante cañón, como siempre, iba en el centro de una escolta del Noveno. Las municiones de boca y guerra con otra escolta del mismo cuerpo, cerraban la columna, la cual se puso en marcha tomando por los cerros de la derecha, hasta que el mismo *de la Medrano* ocultó a la vista el pueblo. Entonces se descendió a la planicie, destacando al frente y flancos, tiradores que protegiesen la marcha.

Afortunadamente el enemigo, encerrado en las casas, no pudo, o no quiso, oponerse, y se subió por la espalda al cerro, en cuya cima se acampó muy fácilmente, quedando la fuerza a cubierto de todo ataque, y completamente invisible para los *tomoches*.

Era aquello como una fortaleza inexpugnable desde donde se observaba a *Tomochic* a menos de seiscientos metros de distancia. Pecho a tierra, tras los árboles y las rocas se tendieron soldados que se revelaban durante el día para que, apuntando con la mayor calma, hicieran fuego sobre los *tomochitecos* que se atreviesen a salir de las casas o sobre los que se vieran en la torre de la iglesia.

Aquel sistema debía, en efecto, dar mejores resultados que un ataque decisivo. Así fue que todo el día se escuchó, sin interrupción, un tiroteo lento pero molestísimo para los serranos sitiados

en sus propias casas, resueltos a convertirlas en tumbas. Allá, de la torre, se dignaba contestar de vez en cuando la guerrilla establecida por Cruz, comprendiéndose que trataba de economizar todo lo posible las municiones.

Del *Cerro de la Cueva*, que se alzaba al frente y sobre la izquierda de la posición al otro lado del valle, a poco más de novecientos metros, partían también algunos proyectiles que, describiendo enorme parábola, descendían silbando sobre el campamento.

El cañón, establecido en lo más alto, tras un parapeto natural que protegía muy bien a los sirvientes, saludó cortesmente al enemigo, enviándole algunas granadas que estallaron en el fondo de las casas, levantando apenas leves nubecillas.

Vagaban por el llano y la falda del cerro algunas reses azoradas, pertenecientes a los *tomoches*. Los *auxiliares* dieron caza a algunas para la distribución de grandes raciones de carne a la tropa. Harina y carne cruda, sin sal, eran los víveres que se repartían. Los oficiales mandaban hacer tortillas a las mujeres de los soldados, que nunca como entonces fueron tan útiles, pues ellas les llevaban leña y agua.

El agua continuaba siendo preciosa y rara. Con toda audacia, con plena abnegación, las pobres soldaderas bajaban por entre las escarpaduras del flanco derecho del cerro, girando en torno de los más altos picachos, sangrando sus pies a través de la gastada suela de sus recios huaraches, agarrándose

a los matorrales para no caer, siempre parlanchinas, mezclando entre sus crudas obscenidades de *léperas* irreductibles, devotas invocaciones a los santos ...

Y a riesgo de ser cazadas por los *tomoches* de las últimas casas del pueblo o por la guerrilla de la torre, avanzaban hacia el llano hasta la margen del río, donde llenaban por docenas las ánforas de la tropa.

Mientras unas hacían provisión de agua, otras se arrodillaban, de cara a *Tomochic*, levantando los brazos en cruz como en actitud de orar ... Creían que, viéndolas en tan sacra actitud, los *tomochitecos* no se atreverían a hacerles fuego.

Y en efecto, jamás sus maravillosos tiradores dispararon sobre aquellas hembras que proveían de agua fresca y limpia a *los hijos de Lucifer*. ¡Los caballerescos hijos de la sierra no mataban mujeres!

Los ojos de águila de los *tomoches* debían contemplarlas bien, destacándose en la margen del río, pero las respetaban noblemente ...

En seguida ascendían, jadeando, deteniéndose a trechos para tomar aliento, trepando por la fragosidad de aquel monstruo ciclópeo en cuyo lomo ondulado palpitaba el amenazador enjambre del vivac acechando al león de *Tomochic* ...

¡Qué algazara a la llegada del agua, qué frescura, qué delicia ... ! Y llovían las *jolas* y los sucios billetes sobre las manos sudorosas y chorreantes

de las *viejas*. - ¡L'agua, l'agua! -clamaban los soldados por entre los cuadros de pabellones de fusiles, animándose el campamento con un regocijo cristalino y fresco, cual si una ráfaga húmeda cruzase por la tristeza de su fatiga y de su sed ...

Los soldados bebían, bebían largamente, escurríales el agua por entre el polvo de sus desgarrados chaquetines azules; y, satisfecha la sed, iban a echarse, felices, en espera de las blancas tortillas de harina y de los sanguinolentos trozos de carne sancochada y humeante.

Y luego de haber comido, con la nutrición y el descanso, unidos en núcleo en torno de las tiendas del Cuartel General, a cielo abierto, dominantes sobre el silencio y la inmovilidad de *Tomochic*, renacía la fe en la derrotada muchedumbre: tomaba la confianza, volvían a sentirse fuertes, capaces de combatir, listos para la muerte, siempre que se les condujera con talento y entereza ...

Al caer la tarde, los oficiales del Noveno se reunieron para comer juntos, presidiendo los capitanes que quedaban, Tagle y Molina; éste, como siempre, tratando de animar la conversación y dándole a los demás esperanzas de éxito y de feliz desquite.

Le escuchaban los subalternos atentamente, devorando su carne asada y las blancas tortillas hasta que, ahítos, la conversación recaía sobre los sucesos del día anterior.

Decían que el general estaba indignado por el comportamiento del Noveno, del que no esperaba que retrocediese de la manera que lo había hecho. Castorena aseguró que en la noche había oído, por casualidad, algo de una conversación de aquél con el coronel Torres, a quien refiriéndole el suceso, decíale:

- Pero, coronel, ¡figúrese usted que no corrían como borregos, sino como borregas! ¡Los oficiales del Colegio Militar, muchachitos inexpertos ... ! ¡La tropa bisoña ... ! ¡Mé ... !

El capitán Molina, al oír este relato, frunció el entrecejo y temblando ligeramente por la cólera:

- Es preciso demostrar que valemos algo, muchachos -dijo-, ya veremos ... ¡Ah! pero si algunos tuvieron la culpa de la derrota no fuimos nosotros ... Aquí las responsabilidades son ... -mas, comprendiendo que obraba mal con aquello que la Ordenanza llama *murmuración*, guardó silencio.

- Pero aquí lo que nos amuela es el número tan grande de desertores que hemos tenido. Eso es muy grave -afirmó un teniente, poniéndose muy serio.

Miguel, entonces, intervino en la conversación, exaltándose generosamente:

- Aquí pasa una cosa -dijo-; no son desertores los que así juzga el general, sino dispersos. Hay mucha diferencia. Además, desertores o dispersos, no hay tantos en realidad. Son más los muertos, porque ¿qué sabemos de todos los que han muerto?

En la lista de ellos nada más se han apuntado los que hemos visto o los que han visto algunos que han dado parte ... Pero ¿no habiéndose levantado el campo, puede saberse a punto fijo cuántos fueron los muertos, cuántos los heridos, cuántos los dispersos y cuántos los desertores? ¡Ah! y estoy seguro que en el parte se asentaron con aplomo cosas como ésas, muy falsas, sí, muy falsas ...

En aquel momento el corneta de órdenes del general tocó *llamada de honor* para que se reuniesen los oficiales. Era con objeto de nombrar los rondines que debían en la noche recorrer el campamento para vigilar los centinelas y las parejas avanzadas.

En la *orden del día*, que se leyó después de la *lista de retreta*, a las seis de la tarde, se previno fuese hecho el servicio nocturno con la mayor exactitud, según los detalles explicados.

De nueve a diez de la noche hizo Miguel el rondín que le correspondía, visitando *pareja* por *pareja* las líneas de centinelas y *vigilantes* que rodeaban el campamento, teniendo a cada paso que tropezar con las piedras y las escabrosidades del cerro.

En el campamento de los *pimas* supo, oyendo por casualidad algunas palabras de una conversación, que en la mañana había sido fusilado un viejo *tomoche* que traían prisionero de *Pinos Altos*.

- ¡Ajajay! mi jefe, que si fuera verdá lo que dicen esos *tomoches*, estábamos condenados o nos caía

un rayo ... ¡El que fusilamos era el mentado *San José*!
Eso sí, murió como hombre ...

El oficial no oyó más. Un pensamiento de asombro y piedad le atravesó el alma ... ¡Habían fusilado al padre de Julia, al pobre anciano enloquecido por la gran locura de *Tomochic* ... ! ¡Pobre Julia!

Y en la inmensa paz de la noche negra y fría, tiritando bajo su capote, cerca del grupo de fieros sonorenses que comentaban la muerte heroica de un viejo obcecado, de un triste iluso que se creía providencial; de pie entre las rocas, Miguel palpitó de amor y de dolor, pensando en Julia.

CAPÍTULO XXVI

DESPUÉS DEL SAQUEO, EL INCENDIO

El día veintidós pasó sin que aconteciera ningún incidente notable. Los tiradores emprendieron su fuego lento desde la madrugada, impidiendo que en el pueblo alguien saliese.

El cañón de vez en cuando y como por vía de distracción del general y del médico de la brigada, que era muy afecto al tiro al blanco, lanzaba granadas que iban a incrustarse en los duros adobes de las casas, abriendo enormes boquetes entre grandes nubes de polvo. Después tomaba a caer el mismo silencio en el valle solitario.

Cuando hacían algunos buenos tiros no podían menos que echarse una copa de cognac, con gran desesperación de Castorena que no encontraba con todas sus *jolas* y billetes, ni un solo trago de sotol.

Se comprendía que los orgullosos *tomoches* estaban muy quebrantados y que también habían sufrido grandes pérdidas, pues se mantenían a una defensiva absoluta, esperando únicamente ser atacados en sus mismas casas para venderse muy caro. Horas y horas pasaban en un mutismo que iba agravándose, más y más denso y hosco.

A veces manifestaban crisis de cólera, pues repentinamente descargaban una lluvia de balas contra lo alto del *Cerro de la Medrano*, sobre todo,

después de cada tiro de cañón, con la esperanza, sin duda, de poder suprimir algunos de los sirvientes.

Aquella cumbré ofrecía a las fuerzas federales considerables ventajas, pues era una gran meseta, muy amplia y defendida por naturales rebordes que formaban utilísimos parapetos. Tras la meseta se curvaba el dorso del cerro abrigando al campamento.

Desde el más alto crestón dominábase todo el valle y se veía extenderse frente a su base el disperso caserío de *Tomochic*, en cuyo extremo sur levantaba la iglesia su recia y vieja torre que a veces se coronaba de súbitos relámpagos, enviando su granizo de plomo al campamento federal.

En éste, en primer término, en lo más alto, dominando al villorrio, se hallaba abocado el cañoncito, custodiado por una guardia de veinte hombres. En seguida se extendían los campamentos del Duodécimo, Vigésimocuarto y Undécimo Batallones.

El del Noveno apiñábase en el centro de la meseta, cerca de la única parte accesible del cerro, es decir, en el único punto peligroso, pues desde la salida de Guerrero se daba a las compañías de aquel batallón el más pesado y peligroso servicio, el cual era cumplido, a despecho de la tropa y oficiales de otros cuerpos, con rara exactitud y disciplina.

Tras el campamento del Noveno, veíase el pintoresco -y más confortable- de los *pimas* y *tarahumaras*, donde alegraba el ánimo su altiva libertad, y luego el de los nacionales de Chihuahua.

Terminaba la serie de campamentos el de *Seguridad Pública del Estado*, informe pelotón de hombres mal armados.

El piquete del Quinto Regimiento había emprendido la marcha hacia Guerrero, conduciendo a los oficiales y soldados heridos, quienes darían tácito pero elocuente *parte* al general Márquez respecto a los combates del veinte de octubre.

El día veintitrés, comprendiendo el general Rangel que los *tomoches* se habían reconcentrado en la iglesia y núcleo de casas que rodeaban al *Cuartelito* -así llamaban los soldados a la casa de Cruz Chávez- y habían abandonado las situadas en los extremos, ordenó que cautelosamente bajaran algunas partidas del Duodécimo, Undécimo y Vigésimocuarto Batallones, para prenderles fuego e ir acorralando al enemigo poco a poco hasta vencerlo por hambre y lumbre.

Así lo efectuaron, sin encontrar resistencia alguna, ni gente que la hiciera. Entraron, a las abundanadas casuchas, robando cuanto había, arrojando, luego, petróleo -del cual fueron provistos en anchos botes- poniéndoles fuego en seguida. Después del saqueo, el incendio.

Y entonces, allá, en el extremo del valle, aquellas chozas aisladas principiaron a arder, alzando negras columnas de humo, manchando con sucios borrones salpicados de chispas la limpidez del cielo azul. Los soldados regresaban al vivac, cargados con cerdos, gallinas, ropa, instrumentos de música, monturas de las arrebatadas al Quinto Regimiento el día dos

de septiembre, armas viejas, cuadros de santos, pieles, cananas y hasta ollas de zinc y platos de peltre. Todo el día duró aquella rapiña; y fue en la noche un espectáculo tristísimo, ver sobre el mar de sombras del valle las hogueras rojizas de las casas incendiadas, lanzando en las tinieblas sus penachos sangrientos.

En la tarde, los tiradores apostados en la cima habían visto con gran sorpresa desprenderse de la casa de Cruz un hombre que a todo correr se dirigía al cerro. Al principio hicieron fuego sobre él, sin lograr herirle; pero habiéndose ocultado tras unos arbustos, reapareció llevando en la mano larga vara en cuyo extremo ondeaba un pañuelo blanco. Suspendióse el fuego, creyendo que era un enviado del enemigo que, evidentemente, se rendía; pero al llegar a la falda, fue de la torre de donde tuvo que ser blanco de los tiros después, desapareciendo entre las rocas, dejó perplejos a todos los que le contemplaban. Al fin llegó al campamento, sudando, muy fatigado. Iba descalzo y sin sombrero, vestido con una camisa sucia y desgarrada y unos viejos pantalones que llevaba arremangados. Era un indio anciano y flaco, pero parecía muy animoso y decidido.

Había acompañado al general Rangel el dos de septiembre y había sido hecho prisionero. El día diecinueve de octubre, Cruz le propuso tomar las armas, y aceptó con la esperanza de fugarse, lo que había verificado jugando su vida.

El general le interrogó largamente. Y las noticias tranquilizadoras que traía cundieron por entre

oficiales y soldados, creciendo en detalles nimios y fabulosos de los que sólo se extraía el que Cruz Chávez estaba desmoralizado y sus víveres escaseaban.

Una brisa fresca enderezó los ánimos, y la hermosa esperanza del triunfo sonrió a los soldados que creyeron que al día siguiente *comerían pollo* en el pueblo de *Tomochic*, cuyas casas extremas miraban arder silenciosamente.

Los oficiales paseaban por el campamento, en corrillos de tres o cuatro, fumando muy contentos y comentando y repitiendo lo que el fugitivo contaba.

Castorena, que había obtenido del doctor Arellano un trago de tequila a cambio de una improvisación poética, explicaba a Miguel, en la noche, la situación en que el enemigo se encontraba. Refería que los Medrano habían muerto, los Calderón también, Manuel Chávez estaba herido de gravedad, así como cuatro o cinco de los Mendías que se curaban en casa de Chávez. ¡No había, abajo, un *tomoche* sano ... !

Sólo en el *Cerro de la Cueva* estaba intacta la fuerza: de Pedro Chaparro, más amenazadora que nunca.

Aquel punto cobraba gran importancia, pues por su flanco izquierdo tenía inmediatamente el pueblo, dominando sobre todo la iglesia que se hallaba próxima. Además, era la puerta de la única línea de retirada que quedaba a los *tomochitecos*; así

es que Cruz, comprendiéndolo, tenía ocupado muy sólidamente el *Cerro de la Cueva*.

Había cerca de veinte hombres ocupando la iglesia, donde estaban refugiadas todas las familias, y otros en el *Cuartelito* o casa de Cruz, donde estaban las familias de sus hermanos, la de los Medrano y la de Bernardo.

Los víveres agotábanse. Y los sitiados no podían salir a recoger maíz, frijol, papa, ni grano alguno de sus abundantes siembras, por no arriesgarse a ser cazados miserablemente.

Vagaban dispersos los ganados, recorriendo el valle, entre cerdos y gallinas.

Los perros, inquietos y azorados, aullaban durante el día y ladraban ferozmente en la noche ...

Los disparos del cañón poco o nada importaban a los *tomochitecos*, pues su pequeño calibre hacía que sólo abriesen hondos huecos en las paredes de las casas vacías, matando, al estallar la granada, una que otra gallina, en tanto que las demás, asustadísimas, cacareaban corriendo en pleno pánico, entre negras nubes de polvo y pólvora.

Cruz Chávez ordenaba en las noches que saliesen algunas mujeres a recoger sus muertos, enterrándolos con innumerables y minuciosas ceremonias dentro de las mismas casas. *Tomochic* iba convirtiéndose en un inmenso cementerio. Y no obstante, mantenía viva la esperanza de la victoria, haciendo creer a los suyos que estaba cerca el día de

la venganza, pues los muertos -decía-, como Nuestro Señor Jesucristo, resucitarán al tercer día y vendrán de nuevo a recoger sus carabinas ...

Visitaba todas las noches a los prisioneros, llevándoles agua y maíz tostado, y después de hacerles rezar, con las cabezas bajas, dejábales en la paz del Señor.

Era tan implacable como clemente, y les perdonaba la vida. Porque -aseguraba- es un gran crimen y pecado herir a inermes, aunque sean hijos del Demonio, así como es acción meritoria matarlos como perros a la hora del combate. Animaba también con viril palabra a las mujeres, que lloraban consternadas, sin comprender nada de aquel cataclismo, odiando al extraño enemigo que sitiaba su santa tierra.

A los niños les hablaba él de valor, de hombradía y de santo horror a los hijos de Lucifer, los impíos *pelones* ...

Y mientras estas cosas refería Castorena, sentados ambos oficiales ante una fogata en la que un cabo les asaba sus raciones de carne, Mercado, absorto, contemplaba las lejanas humaredas rojizas que sangraban en las tinieblas, pensaba en Julia ...

El sucinto relato del prófugo de aquel infierno encendía en la fecunda imaginación de Miguel escenas de un relieve de vida atroz y dolorosa, circundando con trágico nimbo el lindo perfil de aquella triste adolescente.

La veía orar de rodillas, en el templo, bajo una bóveda destartalada y negra, ante un crucifijo horrible, entre nubes de pólvora y lúgubres chispas -el humo de las descargas de sus hermanos los *tomoches*, el humo de los incendios, empujado por las ráfagas de la sierra que llevaban también los ecos de las algaradas del saqueo ... O la contemplaba, apuntando con su carabina tras una tronera de la torre, apuntando hacia donde él pensaba en ella, relampagueantes y hostiles sus ojos negros, sus lindos ojos, vibrante la locura de su orgullo, fiera, como cuando aquel día le había dicho: - ¡Yo soy de *Tomochic*! -como cuando pronunciara el nombre bárbaro y heroico ...

CAPÍTULO XXVII

LA TOMA DEL *CERRO DE LA CUEVA*

Al romper la alborada del día veinticuatro, el cañón, apuntando a la iglesia, hizo su *saludo de ordenanza* a *Tomochic*, en el momento en que formaban extraña sinfonía las cornetas de las diferentes fracciones, tocando la *diana*

¡Ay! aquella *diana* -el sonoro toque de la victoria vibrando frente al mísero poblacho de *Tomochic*, frente a aquel inmenso y humeante cementerio; aquella *diana*, multiplicada rabiosamente por todas las cornetas y clarines de las derrotadas secciones, sonaba con una ironía horrorosa, con una desolación de sarcasmo tristísimo que se propagaba de lo alto del cerro hacia las lontananzas lívidas del valle, en aquel amanecer de agonía ...

- ¡Lástima de toque de diana ... ! ¡Lástima de diana! -dijo un oficial tras del general Rangel, resumiendo en ese lamento elocuente la vergüenza del caso.

Volvió el rostro el general; mas no encontró sino negros capuchones, siluetas espectrales ... Dominó su cólera. Calló.

Poco después volviéronse partidas de todos los cuerpos, excepto del Noveno, bajando a las cercanías del pueblo, ocupando las casas,

saqueándolas antes de prenderles fuego, volviendo luego con el botín, orgullosas y algarabientas.

Miguel, que ese día daba en lo más alto del cerro la guardia de la pieza, contempló tras del parapeto el espectáculo del incendio. Aquello era horrible. El enemigo debía contemplar también la obra de destrucción; pero continuaba mudo, esperando que fuesen a acometerle a sus puestos.

Solamente del *Cerro de la Cueva*, en cuya cima flotaba una bandera roja, partían algunas balas, que por lo alto de su cabeza Miguel oía silbar fatídicamente. En la noche supo que el general había decidido que se tomara el *Cerro de la Cueva*, y se había nombrado al ayudante del Vigésimocuarto, Fuentevilla, para acometer la empresa; pero al fin no fue a él, sino al capitán Francisco Manzano, del Undécimo, a quien se encargó en tan arriesgada operación. Partió con setenta hombres, desprendiéndose sigilosamente del campamento para ir a sorprender el punto designado.

Pero, sea que no comprendiese la orden o que no pudiese obedecerla, no marchó por el camino prescrito, sino que intentó dar un gran rodeo para llegar por la espalda del enemigo, por lo que, colérico el general, mandó volver al capitán y a los suyos, tocándoles con su corneta de órdenes *atención, media vuelta y diana*, toque que rompió lúgubrementemente el silencio de la noche, despertando a la tropa.

Los oficiales del rondín tuvieron que advertir a las parejas que bordeaban el campamento que no hicieran fuego a la fuerza del Undécimo, que volvía sin haber logrado sorprender al enemigo.

El capitán Molina, nombrado de vigilancia, observó la llegada de ésta, y cuando se instaló en el campamento se dirigió a un subteniente del Undécimo, diciéndole:

- Pero, hombre, compañero, ¿qué les pasó que les hicieron volver?

- No, mi capitán, el general pide imposibles, ni con mil hombres se toma ese cerro; figúrese usted ... si nos han sentido nos despedazan ... ¡imposible!

- ¿Dónde está el general, compañero? -pregunto el capitán.

- Le acabamos de dejar allá arriba con el doctor, todavía no se acuesta. Ya son más de las doce.

Era, en efecto, ya muy entrada la noche, pero el general dormía poco, y además se hallaba excitadísimo y mal humorado. Estaba conversando en su tienda con el teniente Márquez, de su estado mayor, y el doctor, que disertaba sobre lo conveniente de un ataque decisivo sobre el pueblo.

El capitán entró en la tienda y pocos momentos después, salió precipitadamente.

- No hay novedad, mi capitán -le dijo con acento respetuoso un oficial que rondaba por el campamento, en plenas tinieblas.

- Gracias, compañero, téngame mucho cuidado con esas parejas -le contestó, perdiéndose entre los soldados que dormían.

Al día siguiente, después de la diana, formó con sus armas la compañía del Noveno, compuesta solamente de setenta y ocho hombres, pues treinta formaban la escolta del parque.

El capitán pasó una *revista* minuciosa de armas y municiones, completando las que faltaban y asegurándose si estaban listas aquéllas. Después de dividir en tres pelotones, mandó por el flanco derecho doblando, hileras a la derecha, y bajó sin decir una palabra más, por la pendiente pedregosa y dura del cerro.

Era una mañana espléndida: El sol aún no aparecía en el horizonte brumoso, pero ya las crestas de los cerros más altos se coronaban de fuego, en tanto que una brisa fresca y ligera barría lentamente en el fondo del valle los jirones de neblina que flotaban sobre el río ...

Los soldados, sin capote, desgarrados y sucios, bajaban en silencio, tiritando de frío, las armas suspendidas del hombro con las correas del portafusil.

Al descender, saltando por el pedregal, Miguel, gozoso de estirar las piernas después de cuatro días de inacción, confiado, ignoraba dónde iba; sólo se imaginaba que debía ser a mejor parte a donde les conducían.

Cuando llegaron al llano y avanzaron algún trecho, después de hacer alto, el capitán mandó:

- ¡Compañía, columna de compañía!

- ¡Marchen!

Y cuando estuvieron las tres secciones una tras de otra, a las distancias prevenidas por el Reglamento de Maniobras, ordenó con voz firme:

- ¡Al orden de combate! ¡Marchen!

La primera sección avanzó a su frente, dispersándose los hombres en un abanico de tiradores; las otras permanecieron a retaguardia, siguiendo el movimiento de la primera. Después, el capitán mandó:

- ¡Pecho a tierra! -y todos se tendieron en el suelo.

Frente a ellos, a lo lejos, de lo alto del *Cerro de la Cueva*, sonó un disparo, y una bala pasó silbando sobre las cabezas.

Hasta entonces comprendieron de lo que se trataba.

El capitán, en pie, con la cabeza alta, apoyada la mano izquierda sobre el cañón de su carabina, señaló con el dedo índice de la derecha la silueta gigantesca del *Cerro de la Cueva*, y dijo:

- Vamos a tomar ese cerro, todos nos van a ver y verán cómo combate el Noveno ... Subiremos como podamos; nadie dé media vuelta, porque al que lo haga lo mato. Ya lo oyen, señores, autorizo a

cualquiera a matar al que dé media vuelta ... ¡aunque sea yo! ¡Armen, armas!

Se oyó el ruido seco del acero de las bayonetas al ajustarse a los cañones de los fusiles, y hubo después un profundo silencio. Otras balas silbaron. El capitán se caló la carrillera del kepis, y gritó:

- ¡Primera sección! ¡Firmes! ¡De frente, al paso veloz! ¡Marchen!

Los dispersos pero alineados tiradores se precipitaron a todo correr, con las armas embrazadas, fija la vista en la cima del cerro, que se coronó al momento con el humo de una terrible descarga cerrada. Las otras secciones, en el mismo orden, *al paso veloz* siguieron a la primera, y fue un admirable espectáculo el verles a la carga, alineados como en una parada, recibiendo un horrible granizo de plomo, batidos a dos fuegos, pues bien pronto estuvieron a la vista de la torre de *Tomochic* que quedaba al frente, sobre la derecha, y entonces no economizó sus municiones. Los asaltantes, sin cejar en la carrera, en pleno llano, avanzaban, jadeando, por un terreno barbechado que les fatigaba atrozmente. Mas, ninguno se rezagaba; un impulso acorde y simultáneo, una sola alma de bravura súbita les arrebatava, por el milagro de la actitud y de las palabras del capitán. Un soldado del ala izquierda cayó de espaldas, con el pecho atravesado, mientras otro, herido en una pierna, seguía, no obstante, a grandes saltos, aullando.

Miguel ya no veía nada delante de sí; extraña nube blanca le cegaba y en los oídos sentía

horribles truenos de los que claramente distinguía el agudo silbar de las balas que en mortíferas ráfagas pasaban a su lado. Pero ya no le producían aquel frío singular y aquel dolor de vientre; ahora le fustigaban, le embriagaban de cólera y odio, de orgullo, de ferocidad, escuchando los vigorosos gritos del capitán:

- ¡Adelante, muchachos! ¡Viva el Noveno Batallón!

Mas, el furioso correr se prolongaba -un correr a saltos, por entre surcos ásperos, entre resecos terrones y erectos troncos de cañas amarillas- y ante sí el *Cerro de la Cueva* se agigantaba, tachonándose su cima oscura de nubecillas blancas. Las piernas le flaqueaban y sentía en el pecho espantosa opresión ... Sintió asfixiarse y morirse ... ¡Un momento de descanso! pero no ... Oyó la voz del capitán que gritaba:

- ¡Adelante, adelante ... ! ¡El que se atrasa se muere! -y continuó sin darse cuenta, como llevado por sobrenatural poder. Oyó un grito de agonía a su lado y un soldado en el suelo le obstruyó el paso; saltó sobre él, sin verle, y continuó la vertiginosa carrera.

Bien pronto la torre desapareció tras las primeras lomas de que arranca el cerro, y al fin, entrando bajo el ángulo muerto de la línea de tiro, oyó que gritaron:

- ¡Pecho a tierra!

¡Oh! ¡Ya era hora ... ! ¡Qué oasis ... ! ¡Qué fruición aquel descanso ... ! Iba ya a sumergirse en una

agonía negra; iba ya a sentirse reventar. Se echó al suelo. Hubo un momento en que no oyó, ni vio, ni sintió, ni pensó nada ...

Después, arrojó a un lado su carabina y respiró con toda la fuerza de sus pulmones. Pero el capitán, pasados algunos instantes, mandó:

- ¡Levantarse ... ! ¡Carguen ... ¡Armas!

Y luego agregó: ¡Arriba! ¡Viva el Noveno Batallón! ¡Arriba! -Los soldados metieron mano a las *bolsas de combate*, y sacando un cartucho, *cargaron* convulsivamente sus fusiles, prontos a disparar, ansiosos otra vez por ascender, por precipitarse.

El combate entonces asumió una nueva faz, pues a través de los arbustos y las rocas que erizaban la pendiente que subía al monte, nutrida granizada diezmó a los primeros que avanzaron, paralizando un momento la línea de tiradores.

Evidentemente que había que subir con mucha precaución, pues el enemigo, que había descendido de la cima para batirles en la falda, tenía inmensas ventajas sobre ellos, así es que el avance, a partir de aquel instante, fue más lento, teniendo los tiradores que ir ocupando árbol tras árbol y roca tras roca. Para ello fue preciso que los oficiales y el valiente capitán desarrollasen toda su energía para con la tropa, cuyo primer impulso estaba muy debilitado. Los soldados empezaban a vacilar, atemorizados ante el enemigo invisible que los aniquilaba.

- ¡Entren ... entren! ¡Suban! ¡Arriba ... a ellos! - gritaban los oficiales enronquecidos en tanto que el capitán Molina apelaba a todos los medios imaginables para infundir ánimo y proseguir el ataque.

- ¡Viva el Noveno Batallón ... ! ¡Nos está mirando el Once! ¡Arriba, muchachos!

Mandó tocar *ataque*. Y mientras entre el estrépito sordo de las detonaciones, vibraban claras y sonoras las notas de la corneta, él, ebrio de entusiasmo, al ver que se animaba la gente, proseguía gritando:

- ¡Otro empuje y llegamos hasta ellos, a la bayoneta! ¡Arriba, muchachos!

Y se lanzó, adelantándose magníficamente, con la carabina en alto, arrastrando tras él a todos los que le veían, electrizados con aquella intrepidez de supremo heroísmo. Ya no hubo vacilantes, ni fatigados. Resurgía la bravura del primer arranque.

Al fin, principiaron a ver en lo alto los perfiles de los terribles *tomoches* haciendo fuego tras los árboles, batiéndose en retirada rumbo a la cima del monte. ¡Al fin veían retroceder a los invencibles hijos de *Tomochic*!

Mas, volvieron a oír entonces sus gritos de guerra, extraños y feroces.

- ¡Viva el *Gran Poder de Dios*! ¡Viva María Santísima! ¡Muera Lucifer! -aullaban entre los árboles, distinguiéndose apenas sus blusas y cananas, tras el humo de la pólvora que envolvía

en nubes blancas las altas copas de los pinos y los ásperos peñascos del cerro.

- ¡Entren ... ! ¡Entren ... ! ¡Arriba! -repetían los oficiales, la garganta seca, el rostro encendido, los ojos fulgurantes.

Algunos soldados caían rodando, ensangrentando las piedras, el kepis por un lado y el fusil por otro, sin que los compañeros cuidaran de ellos, sin que lo notase siquiera. El orden de alineamiento habíase perdido; las secciones de retaguardia se habían fundido con la primera, y se caminaba hacia arriba en una sola línea ondulante, según los accidentes del terreno.

Miguel, que marchaba en el ala izquierda, había recobrado el aliento y hacía fuego con su carabina, tratando de cazar a lo lejos un hombre cuyo gran sarape rojo le presentaba un buen blanco. Le llamaba, sobre todo, la atención, una vocecilla chillona, como de un niño, que gritaba en la espesura:

- ¡Viva María Santísima! ¡Mueran los hijos de Lucifer!

Y los del Noveno continuaron trepando, más y más animosos: pues aminoraba el fuego del enemigo cuyos primeros cadáveres fueron encontrándose.

Los bravos defensores morían acribillados a balazos, apenas eran descubiertos tras el terreno escabroso y abrupto. Sus descargas menguaban.

El fuego llegó a cesar casi por completo, y sólo allá, en el ala izquierda, oía Miguel algunos disparos a su frente, y más cercana la tierna vocecilla aquella que gritaba ya más débil:

- ¡El *Gran Poder de Dios* nos valga! ¡Viva María Santísima!

Un soldado, entonces, exclamó, señalando un grupo de peñascos:

- ¡Allí ... allí está ... -y dirigiéndose a sus camaradas- apúntenle todos! -y apuntó; pero antes de disparar, cayó el fusil de sus manos despedazadas por una bala que le desgarró también el chaquetín. Lanzó un aullido. Algunos, cerca de él, descargaron, pero otro hombre cayó muerto, y se elevó tras el grupo de rocas la voz chillona y victoriosa del indomable adversario, cuya carabina asomaba su cañón entre las grietas de lejanas rocas.

- ¡Viva el *Poder de Dios*! ¡Mueran los *pelones*!

- ¡Fuego sobre él! ¡A la bayoneta! ¡Suban por allí!
-gritó Castorena.

Miguel llegó jadeante, con su arma preparada, a donde cuatro o cinco soldados habíanse detenido contemplando un cadáver. Boca arriba, con el cráneo y pecho ensangrentados, los ojos abiertos, los puños crispados, y un sombrero con cruz roja, y el sarape al lado, yacía un cuerpo enclenque, el cuerpo de un niño de trece años.

Había un gesto plácido, de éxtasis, en su moreno rostro imberbe; parecía reír, y enseñaba sus dos mas

de blanquísimos dientes, por los que asomaba rojiza espuma. Empuñaba en la diestra un rosario y en la izquierda la carabina negra, cuya culata escurría sangre ...

El combate había terminado, se hallaba ya en la cima del cerro.

CAPÍTULO XXVIII

LA MUERTE DE UN HÉROE

La torre del pueblo quedaba a la derecha y desde allí partían algunas balas; los soldados se habían echado en el suelo aniquilados por la fatiga; otros registraban los cadáveres, quitándoles las armas.

Escuchóse, entonces, débil por la distancia, del campamento de *la Medrano*, el toque del corneta de órdenes del general: *alto el fuego*.

El capitán Molina mandó a su vez tocar diana a un soldado -el mismo que recogió la corneta al *corneta de órdenes*, quien había sido herido y quedó abandonado en la falda del cerro.

Las bélicas notas de la diana, resonando alegremente entre el fragor seco de las últimas detonaciones, hicieron lanzar gritos de entusiasmo a los soldados, extenuados y anhelantes, que respiraban con dificultad un aire azufrado y espeso.

- ¡Esta *diana* sí vale! -clamó un oficial.

Sobre lo alto de un gigantesco pino ondeaba una bandera roja. La misma que se veía desde el campamento de *la Medrano*, al que parecía desafiar. Era preciso quitarla.

Varios soldados, agazapándose, corrieron hacia aquel punto; pero se oyó seco estampido al nivel del

suelo, y el cañón de una carabina asomó de la tierra, entre el humo.

- ¡Otro! ¡A él! ¡Mátenlo! -gritó un cabo.

Un sargento hizo fuego violentamente sobre la cabeza que asomaba tras el arma, oyéndose un alarido de dolor. Algunos se precipitaron, calando la bayoneta; pero como partían del hoyanco nuevos gritos desgarradores, el capitán Molina se adelantó diciendo:

- ¡Eh! ¡Cuidado ... está herido ... déjenle ya!

Y en aquel momento tornó a surgir de la tierra la enorme cabeza melenuda, asomó la carabina, sonó otro estampido; y, alzando los brazos, de espaldas, cayó el capitán ... muerto.

Entonces los que comprendieron, quedaron inmóviles, atónitos ... Y, de súbito, todos a una, se arrojaron sobre el hoyo, y allí, como quien cava la tierra, a bayonetazos, despedazaron un cadáver ...

Miguel había presenciado aquello en el momento en que trataba de acercarse al capitán para comunicarle que un soldado del Undécimo Batallón llegaba con una orden del general Rangel. Estupefacto, le vio levantar los brazos y desplomarse de espaldas sin proferir un solo grito. Tieso por el horror y el asombro, contempló la venganza de la tropa, despedazando el cuerpo del matador del capitán ...

Y en tanto, la noticia se propagaba entre los grupos dispersos.

- ¡El capitán Molina ha muerto! ¡Ya mataron al capitán! -se decían los soldados con dolorosa sorpresa.

Al fin el joven oficial se acercó al cadáver, inclinóse, arrodillándose en tierra, y él, que hacía mucho tiempo que no rezaba, que no creía, oró mentalmente, con fe de mujer y llanto de niño.

El pequeño cuerpo del capitán, envuelto en un capote azul, ceñida a la cintura una canana, yacía a lo largo, el rostro moreno contraído por un gesto horrible, sus ojos negros y pequeños terriblemente abiertos, lanzando una última mirada al cielo; los brazos extendidos en cruz. Del cuello le salía un chorro de sangre que formaba sobre la piedra impermeable un gran charco rojo. Su mano izquierda empuñaba la carabina.

Aún no se desvanecía del todo el humo de la pólvora y aún se oían algunas detonaciones a lo lejos. Escuchábase indistinto y remoto el toque del corneta de órdenes del general. Castorena había llegado al grupo que los soldados formaron alrededor del cadáver, y con el sarape de un sargento le cubrió piadosamente el rostro.

El capitán Tagle, el único de los cuatro capitanes del Noveno que sobrevivía, ordenó que se reuniera la fuerza restante. Su corneta de órdenes tocó reunión y los oficiales y sargentos principiaron a

reunir la gente. De los *tomoche*s no quedaban sino los cadáveres.

Había un gran desorden; los soldados en completa dispersión en el cerro, entre los pinos, descansaban en actitudes de mortal fatiga. Algunos heridos se lamentaban, abandonados.

- ¡A formarse, a formarse! -gritaban los sargentos levantando a la tropa casi a culatazos. Los infelices vencedores se levantaban penosamente, con pausada lentitud unos; otros, cojeando y apoyándose en sus fusiles.

Mercado y Castorena quedaron como guardia de honor del capitán Molina, mas fue preciso dejarlo al fin, custodiado por un cabo herido; y uno al lado de otro, ambos oficiales empezaron a subir hacia el lugar en que la fuerza se estaba reuniendo. De pronto Castorena sacudió fuertemente el brazo de Miguel, gritándole:

- ¡Míralo, míralo! -y señaló, a unos dos pasos, un hediondo montón negruzco de miembros, harapos y cabellos, entre sangre, estiércol humano y entrañas despedazadas.

Erizáronsele los cabellos a Miguel. Sintió frío y tuvo náuseas ... Iba a volver el rostro, pero su amigo con el puño crispado tornó a sacudirle, diciendo:

- ¡Pero, míralo, hombre, míralo; él le mató ... le mató cuando lo iban a salvar ... ! ¡canalla ... ! ¡míralo!

Al fijarse de nuevo, Miguel, abriendo la boca, idiota, con el pensamiento repentinamente

cristalizado, soltó la carabina, que rebotó contra las piedras.

Había reconocido entre aquellos miembros sanguinolentos, entre aquellos harapos de carne y de tela, la barba fiera y la nariz horrible de don Bernardo, del viejo bribón ...

- Mi subteniente, que le habla a usted el capitán - dijo un soldado al oficial, aislado, pues ya Castorena, creyéndolo loco, lo había dejado a solas con su estupor ante aquel montón de fango.

El sonámbulo tornó a la realidad; su cerebro volvió a funcionar, y sin embargo recogió su arma, anduvo maquinalmente con rumbo al punto de reunión, consternado y repitiendo como único pensamiento:

- ¡Bernardo! ¡El ogro de la casa del río! ... ¡El bandido, el violador de Julia, allí muerto, hecho pedazos ... ! ¡Y había sido el matador del capitán Molina ... !

Ante la tropa formada en dos mas, en la cima del cerro, los oficiales y un sargento primero pasaban lista. Otro sargento, a un flanco contaba fusiles, carabinas, cartucheras y cananas halladas en el campamento enemigo. Otros acarreaban heridos.

Más allá, sobre una roca, extendida como un manchón sangriento, yacía la bandera roja que ondeaba sobre el pino, aquella bandera roja defendida por Bernardo desde su foso, que había costado la vida del capitán ...

De pronto resonó una lejana algarada, feroces gritos de:

- ¡Viva el general Rangel! ¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Mueran los *tomoches*! ¡Mueran los bandidos!

... Era un estruendoso pelotón de *auxiliares*, de aquellos alharaquientos rancheros de los llanos que se reclutaran en Guerrero, exploradores de vanguardia, de aquellos que sabían retroceder a tiempo para descubrir el frente de la tropa de línea que había entrada a ciegas en el *Cerro de lino* el día veinte; eran los famosos *nacionales* que avanzaban de *refresco* sobre el cerro tomado duramente por la compañía del Noveno Batallón, sobre el punto barrido ya de enemigos.

Y los valientes *soldados de línea* vieron cómo aquella horda desenfrenada, enriquecida ya por el saqueo de las casas extremas de *Tomochic*, subió en son de triunfo, creyéndose -acaso de buena fe- la única vencedora de la alta posición, llave del pueblo.

- ¡Viva el gobierno de Chihuahua ... ! ¡Mueran los *tomoches*! -gritó el más veloz, recogiendo, frenético de júbilo, aquella bandera roja que era el guión del Noveno caído en la cuesta del *Cordón de lino*.

- ¡Mueran los *tomoches*! -repitió, tremolándolo.

- ¡Ya, ya, amigo, no grite tanto, ya murieron esos pobres *tomoches*, y nos tocó matarlos a nosotros! - le gritó Castorena, furioso de que aquella *chinaca* se adjudicara tan bonitamente la gloria de la jornada.

Poco después un ayudante del general comunicó al capitán superviviente algunas órdenes. Mercado recibió la de situarse tras un reborde de la cima del cerro, desde donde éste hallábase cortado casi a tajo.

A la cabeza de diez hombres subió el oficial hasta el empinado crestón, tras de cuyas grietas situó a su gente en tiradores, como tras las almenas del máximo torreón de una ciudadela.

Desde aquella cumbre se dominaba el valle, teniéndose debajo el núcleo mísero del disperso y desierto poblacho -atravesado por la curva del río, del río a trechas negro, a veces reverberando al sol-, perdido entre las superpuestas planicies de sus sementeras, de sus campos primitivamente barbechados, escalando en gradas desiguales y brucas los lomeríos distantes de donde arrancaban los montes que cercaban la inmensa hondonada, aquel circo enorme, aquel extinto cráter en que anidaran, una noche, empollando su orgullo y su fanatismo loco, los salvajes. aguiluchos de la sierra bravía ...

Y al otro extremo, haciendo juego con el *Cerro de la Cueva*, dejando entre ambos el vasto caserío, levantábase, cual gigantesco dromedario echado sobre sus patas traseras, el *Cerro de la Medrano* entre cuyas gibas se abrigaba el vivac en acecho.

Miguel contempló, casi a sus pies, en el fondo, la torre negruzca, leprosa y desportillada al lado del recio caserón que fuera en un tiempo convento y granero. A veces, como para demostrar que no había

muerto el último *tomochiteco*, partían de allí ráfagas de plomo, ya hacia la loma *de la Medrano*, ya hacia la cumbre *de la Cueva*.

El subteniente se recostó, aniquilado por la fatiga. Y tan extenuado y abatido debía estar que inspiró lástima a un *nacional* quien le obsequió con unas gordas de harina y un pedazo de queso.

- Ándele, jefe, queso de *Tomochic*, hecho con leche de leona. Es muy duro, pero con *sotol* se ablanda. Tenga, -le había dicho.

Y luego que Miguel hubo devorado y bebido el sotol cual si fuese agua, sin respirar, con una avidez tremenda, sintióse en plena resurrección.

- Gracias, amigo, gracias. ¡No sabe qué bien me ha caído esto!

Y nunca como entonces fue más sincero en sus palabras, él tan efusivo y tan ingenuo, que cuando hablaba emocionado sabía poner en sus frases la espontaneidad noble de su triste alma sensibilísima, eternamente infantil, a pesar del vicio, a pesar del dolor en que siempre flotaba.

Vuelto a la vida, consolado el estómago, pudo pensar y tener fuerzas para sufrir.

El último episodio de la toma del cerro llenaba su espíritu, oscureciendo los primeros. De tantas cosas terribles y de tantos cadáveres como había visto aquella mañana, de tantos heroísmos realizados, sólo persistía en su imaginación una cosa, un heroísmo, un cadáver, el cadáver del capitán Molina

cayendo de espaldas frente al encubierto enemigo que iba a ser salvado por él.

¡Ah! conquese ese miserable devorador de carne de doncellas, aquel infame que había llevado a su cubil a la pobrecita Julia, era el asesino del capitán Molina ... !

CAPÍTULO XXIX

EL SOL DE *TOMOCHIC*

Un repentino grito horrible le arrancó de sus pensamientos. Al punto se dio cuenta de la trágica escena:

Un cabo y un soldado, sentados junto a un pino, cerca del parapeto natural tras el que estaban colocados, habían encendido leña para asar sendos trozos de carne, por lo que desde allí se levantó una espesa columna de humo. En el momento en que el cabo, en pie, cortaba unas ramas secas del pino y el soldado se iba a incorporar para traer la carne, una certera bala salida de la torre atravesó el pecho del primero y se incrustó en el cráneo del segundo. Entonces resonó un doble grito y ambos rodaron, cadáveres, sobre los pedruscos que erizaban el crestón.

A la una de la tarde, la compañía que había tomado la posición la abandonó, llevando a retaguardia una *fagina* que condujo sobre improvisadas camillas todos los heridos. No siguieron el mismo camino que habían tomado en el ataque, sino que para evitar los fuegos de la torre hicieron un gran rodeo, serpenteando por las faldas de los cerros que forman la gran circunferencia del valle de *Tomochic*.

Llegaron fatigadísimos a la cima de *la Medrano*, a las tres de la tarde, sin haber tomado durante el día ningún alimento. Recibieron los oficiales ruidosísimas felicitaciones de sus camaradas de los otros cuerpos por el triunfo tan gallardamente obtenido.

Miguel supo que el general en la cumbre del campamento, al presenciar el primer esfuerzo de la carga, cuando la línea de tiradores avanzaba en pleno llano al paso veloz, batida por dos fuegos convergentes, llevando su heroico capitán al flanco derecho; supo que, entusiasmado, arrojó su gorra diciendo a los que le acompañaban:

- ¡Bravo ... ! ¡bien por el Noveno! ¡Se vindica!
¡Borra lo del día veinte!

Y cuando llegó la improvisada camilla, que conducía el cadáver del héroe de la jornada, el mismo general ordenó que se levantase el sarape que le cubría, y cuando vio el cuerpo ya rígido del capitán, con el rostro amoratado y los ojos obstinadamente abiertos, con su enorme herida en el cuello, que le había atravesado la bala rompiéndole la columna vertebral. ¡Ah! entonces el veterano que había contemplado en su larga vida militar tantas cosas horribles y trágicas y tantos infortunados heroísmos, se conmovió hondamente y con nervioso ademán ordenó que cubriesen el humano despojo.

- ¡Tápenlo, tápenlo ... ! ¡Llévenselo y nómbresele una guardia de honor! -exclamó.

Un sargento segundo solicitó espontáneamente ser nombrado en ella. Y al pie del cadáver tendido dentro del hueco de la roca en una escapadura del flanco izquierdo del cerro, una centinela veló. Y algunas desarrapadas soldaderas, aproximándose al sitio, rezaron en piadoso grupo por el alma del héroe.

Tomando el *Cerro de la Cueva*, la situación del enemigo era desesperada. No quedaban ocupadas más que la iglesia y la casa de Cruz, y como en esos dos reductos se hallaban las mujeres, la mayor parte indudablemente huérfanas o viudas, era de comprenderse que su ánimo estuviese quebrantadísimo, aunque menos que su cuerpo. Por otra parte, el saqueo e incendio de las casas continuaba, respetándose nada más las cercanas al núcleo central.

Veíanse durante el día levantarse del fondo del valle largas nubes negras, formando, lentamente, espirales que se desvanecían en vagos manchones de un gris sucio en el cielo azul. El cañón enviaba cada hora una granada, rompiendo con su estruendo el silencio solemne de aquel *Tomochic* que abrigaba más cadáveres que vivos.

La guardia de tiradores, en lo más alto del cerro, intentaba cazar a los *tomochitecos* que se atreviesen a salir de la iglesia o de la casa de Cruz Chávez.

A las cinco de la tarde, el corneta de órdenes del cuartel general tocaba *llamada de honor*, el mayor Bligh, jefe del estado mayor, leía la orden y nombraba a los oficiales el servicio de rondines para

la noche, relevándose las guardias cómo acostumbra en campaña, a las seis de la tarde.

En la noche el incendio de las casas del pueblo era más visible, las llamas tenían mejor el cielo oscuro que el cielo azul, con fulgores amarillentos que a veces se avivaban, a veces se extinguían para surgir de nuevo, vivos y rojos, apareciendo en el fondo de tinta negra del horizonte como manchas de pálida sangre luminosa ... y abajo, los monótonos ladridos de los perros, y sus aullidos dolorosísimos, y una que otra voz lejana y lastimera, eran los únicos rumores que se alzaban de aquella soledad y de aquellos incendios ...

Al amanecer del día veintiséis, los restos del Noveno acompañaron el cadáver de su capitán a su entierro, el cual debía verificarse en el camposanto del pueblo, exiguo cementerio que después del combate de la víspera, se hallaba fuera del alcance de los tiros enemigos.

Estaba cercado con tapias bajas hechas con piedras amontonadas; era cuadrado y tenía solamente sepulturas humildes, las más sin inscripción, pues a los notables del pueblo se les enterraba en el atrio de la iglesia.

A la puerta hizo alto el cortejo, entrando solamente la camilla con el cadáver, los oficiales, un sargento segundo, y seis soldados. El resto de la compañía, que más parecía por lo mermada de una simple *sección*, quedó afuera, *en línea desplegada* y con los fusiles *terciados*.

Ante el silencio espontáneo, piadosísimo, se dejó el cuerpo en tierra, la que hubo de ser cavada con unas barretas que allí mismo se encontraron. A la escasa profundidad de media vara, se dio por concluida la fosa.

Después, a una indicación del capitán Tagle, el sargento cargó su fusil, disparando al aire sucesivamente por tres veces, y luego el cadáver, con el capote cual sudario y con el sarape como ataúd, se colocó en el fondo; se arrojó tierra sobre él, y sobre ella algunas piedras ...

Y nada más.

Concluida de aquel modo la ceremonia fúnebre, por el flanco izquierdo doblando hizo rumbo a su campamento la compañía. Habían terminado los funerales del héroe del *Cerro de la Cueva*.

Los oficiales iban al flanco de la columna, silenciosos y tiritando de frío. El sol aún no aparecía. Triste como nunca iba Miguel. Marchaba saltando entre las piedras y los surcos de los terrenos barbechados, semejantes a aquellos sobre los que se precipitara la compañía al asalto.

- ¡Pobre capitán Molina! -pensaba-. Él tan digno, tan entusiasta, tan lírico, tan ingenuo; él que discutía, extático, las batallas napoleónicas, él que nos explicaba *el sol de Austerlitz*, él que meditara candorosamente en la militarización patriótica de México, morir así, obscuramente, sin gloria, en

el fondo de la sierra, consumado un heroísmo ignorado ... !

Derramar con desnudo la sangre por la patria ... sucumbir por los ideales ... inmolarse por la libertad y por el honor ...; eso inmortaliza, eso truenca la muerte material en imperecedera vida! ¡Pero ser valiente, ser bueno, ser sublime en campaña tan triste para la patria, en guerra contra obcecados fanáticos! Él era joven, acababa de desposarse. En Ciudad Guerrero recibió la noticia del nacimiento de un hijo ...

Iba a recibir el ascenso a mayor y ... ¡morir en aquella penumbra y en aquella triste guerra contra mexicanos heroicos, buenos y leales, y el caer bajo el golpe avieso de un bandido moribundo!

¡Ah! lo había visto descender a la fosa, tan poco profunda, en un mísero cementerio abandonado al pie de la sierra! ... Cuando destruyera por completo al lúgubre *Tomochic*, las fieras del desierto irían a saciar su apetito en los restos del héroe ... Ni sus huesos quedarían, ni se sabría ya más del sitio en que descansarían, acaso ni un día, ni una noche completa ... ¡Pobre capitán ... ! ¡Pobre valiente ... !

Y en esta vulgar frase resumían todos su dolor y su piedad.

Eran las siete, y tras el *Cerro de Lino*, al oriente, emergió el sol su disco rojo y enorme con una explosión de finísima luz dorada que encendió la cima de los cerros, aclaró la cima del cielo, barrió

jirones de neblina e hizo centellar el acero de los cañones de los fusiles.

Los oficiales volvieron los rostros, colocando sobre los ojos una mano a manera de pantalla para contemplar el astro agigantado, en tanto que tras de ellos, su luz les hacía proyectar larguísimas sombras.

- ¡El sol de *Tomochic* ... ! ¡Pobre capitán! - clamó Miguel dirigiéndose a sus camaradas. No le entendieron, y continuó en silencio su épica oración fúnebre.

Algunos soldados se pusieron a cantar animados con la alegría de la luz y la esperanza del calor ... el sol ascendía, el sol de *Tomochic* ...

¡Pobre capitán!

CAPÍTULO XXX

SOTOL Y PETRÓLEO

En tanto que abajo, en el confín del valle, el Noveno enterraba a su capitán, arriba, en la sinuosa cumbre donde se tendía el vivac, resonaba la explosión de júbilo de un fausto acontecimiento.

Había llegado de Ciudad Guerrero un abundante convoy de víveres, toda una recua de fuertes machos cargados con sacos de harina y botes de petróleo y barriles de sotol, escoltado por un piquete del Quinto de Caballería.

El jefe de la escolta era portador de sendos pliegos que enviaba el general Márquez -quien continuaba en Guerrero, a la expectativa de los acontecimientos- al general Rangel.

Aprovechando el envío de este convoy no había faltado quienes fletaran algunas mulas cargadas con barriles de sotol, cigarros, pan, queso, chorizos, sal, azúcar y café. Desde la salida de Guerrero hasta entonces no se había dejado de pagar su sueldo íntegro a la tropa, y como no había en que gastarlo todos se encontraban provistos de dinero.

No fue extraño, pues, que el campamento, en toda su extensión, presentara un inusitado aspecto de alegría, un desbordamiento palpitante en forma

de gran rumor que se alzaba vívido en el ambiente fresco y claro de la mañana.

Cuando la compañía que llegaba de hacer las honras fúnebres a su capitán estuvo en su *cantón* en el campamento, un oficial mandó formar pabellones de armas y después por lista, se repartió harina, raciones de carne y se administró el haber a la tropa en sucios billetes de los bancos de Chihuahua.

Nombrada una pequeña guardia, al resto de la fuerza se le mandó romper filas, y soldados y oficiales se dispersaron con gran algaraza.

Bien se conocía que ya el sotol había empezado a circular, pues los rostros, antes fatigados y serios, estaban radiantes, los gritos se multiplicaban. Soldados de todos los batallones, soldaderas, paisanos, auxiliares de Sonora y de Chihuahua con sus pantalones azules, grises o blancos y en los sombreros flotando la característica cinta roja, iban y venían en todas direcciones, gesticulando animadísimos.

Cerca de la tienda de campaña del general -única del campamento-, en el espacio comprendido entre tres pinos achaparrados, alzábase la instalación para la venta de los efectos llegados en la mañana. Se había improvisado un largo mostrador con viejos tablones y troncos de árboles, tras del cual los aventureros -pobres diablos que acompañaban a la tropa como cortejo servil del general- no daban abasto a despachar a la compacta muchedumbre de soldados que se agrupaban, prorrumpiendo en

vociferaciones frenéticas ante las delicias de los barriles de sotol.

Codeándose, empujándose, disputando con palabras crudas, lograban los más fuertes y los más listos abrirse paso, llevando botellas, jarros, ánforas y *damajuanas* -ávidos de alcohol, después de la abstinencia de una semana.

Los barriles de sotol se vaciaban como si se les desfondara de un golpe; las pilas de cigarros disminuían; los *cartuchos* de *café torreficado* volaban; desgranábanse las cadenas de chorizos, en tanto que una multitud de manos sucias dejaba caer una verdadera lluvia de dinero en mugrientos papeles azules y verdes, con infernal barahúnda.

Por supuesto que todo se vendía carísimo -un real las cajas de cigarros, un real cada chorizo y siete reales el cuartillo de sotol- y sin embargo, parecía que todo se regalaba, tal furia había por ser despachados antes que se agotara todo; ¡Los soldados se sentían ricos; nunca como antes habían sido poseedores de *tanto dinero junto* ... ! Habían sufrido mucho y se encontraban de pronto con la perspectiva de olvidar, de gozar, ¡viva el sotol! ...

- ¡Hé ... hé ... ! ¡Ábranse ... ábranse, con un carambano! -gritaba Castorena, repartiendo patadas brutalmente a diestra y siniestra entre la tropa para abrirse paso-. Venga usted, mi teniente, ándele, Mercado.

Castorena, Miguel y el teniente Torrea llegaron hasta los tablones del mostrador después que

el grupo de soldados se abrió respetuosamente. El poetastro llevaba un enorme botellón. Habían resuelto los tres oficiales almorzar juntos una gallina comprada a una vieja, carne con patatas, frijoles con chile, gordas de harina y café con sotol.

- ¡Un verdadero banquete! -decía Castorena.

- Mira -observó Miguel-, eso es lo más sugestivo, como diría un filósofo moderno -y señaló los barriles de sotol.

Y en tanto que llenaban de aguardiente la garrafa, vieron la pintoresca irrupción de unos *pimas* que subían del valle. Volvían de saquear casas *tomochitecas* y de incendiarlas. Iban cargados con imágenes y esculturas de santos, pantaloneras, enaguas, acordeones, sillas de montar, pieles y trastos de cocina. Habían subido también algunos asnos y caballos que empezaban a trotar, azorados, por entre la soldadesca que los aclamaba.

- ¡Los prisioneros de *Tomochic*! -exclamó un guasón-. Los únicos que se han dejado coger vivos ...

Castorena compró en cuatro reales un magnífico acordeón. Y los tres camaradas, pertrechados con su botellón de sotol y su instrumento músico, se alejaron con rumbo al paraje en que un cabo les hervía en una gigantesca olla negra la gallina.

Eran las diez de la mañana y bajo el sol claro y tibio ya, se extendía el vivac en plena efervescencia, júbilo y sonoro. Fue una algazara más intensa y más brusca que la que animaba los

campamentos en Guerrero. Circulaban libremente las jolas y los billetes, las barajas, los dados, los objetos *tomochitecos*, el alcohol, los víveres casi frescos y las mujeres.

Las *viejas* soldaderas, menos numerosas, habían adquirido mayor prestigio y, más raras, más ricas, más solicitadas por sus fritangas o por sus personas, imperaban en medio de tumultuosos corrillos, como soberanas. Muchas, coquetas, atrocemente coquetas, se mostraban con trajes limpios, con extrañas enaguas de buena tela, ostentando sobre el hombro, no el harapiento rebozo, sino algún chal de lana a cuadros negros y rojos, algún chal escapado de los incendios de allá abajo ...

Era un vibrar, un alborozo de feria en algún pueblo *del interior*, un bullir de tipos diversos, diferentes cataduras, distintos uniformes; soldados de infantería, de caballería, y hasta de artillería -los sirvientes del cañón-, de *Seguridad Pública*, indios *tarahumaras* y *pimas*; auxiliares de Chihuahua, y *paisanos* ataviados a lo charro, a lo *chinaco*, de los llegados esa misma mañana, procedentes de Guerrero, al olor de la chamusca -sin peligro- y de la gloria de estar en *Tomochic* ...

Los que no comían aún, bebían o jugaban; los soldados, vergonzantemente, en grupos recatados, echando los dados; los demás, a pleno viento, corriendo albuces a la sombra benigna de alguna roca o entre algún propicio matorral.

De trecho en trecho levantábanse columnillas de humo azul, el humo plácido de las fogatas

aderezadas para el almuerzo -no la humareda negruzca y densa de los incendios de abajo-, ... y el vibrante campamento aparecía velado delicadamente por una neblina cerúlea, a cuyo través percibíase el hervidero de la soldadesca y de la indiada serrana entre el centenar de las bayonetas de los alineados *pabellones* de fusiles, resplandeciendo al sol cual ramilletes de gigantescas exóticas azucenas de acero ...

Y gritos roncros, chillidos femeniles, carcajadas, bravatas, voces de mando, *chillidos*, burletas, canciones, y rasgueos de guitarras, y lamentos de acordeón, integraban la potente algarabía ...

¿Quién se acordaba de lo sufrido ... ? Había qué comer y qué beber, sentíanse todos frescos, descansados, fuertes y tranquilos ... *Tomochic* ardía lentamente allá abajo ...

Grupos de soldados glotones rodeaban los *puestos* de las viejas, quienes freían en grandes cazuelas carne de puerco, la que chirriaba en hirviente mar de manteca, saturando el aire de un olor apetitoso que hacía escupir a los que esperaban el almuerzo, no sin calmar su impaciencia con luengos tragos de sotol.

Era un magnífico espectáculo. En aquel momento todos se sentían héroes, todos comían, bebían, cantaban o charlaban, contentos y dispuestos a todo.

¡Ah pero nadie se acordaba, en aquel abandono de orgía, de los ausentes, de los compañeros abandonados sobre los cerros, de los cadáveres que

en trágicas posturas, negros y horribles, yacerían en las soledades de la sierra, si es que no habían sido devorados por las fieras! No, nadie quería acordarse en aquel instante de furiosa alegría y de intensa excitación, de las obscuras víctimas del deber ...

Hasta el mismo Miguel se sintió alegre después del copioso almuerzo que hicieron los tres oficiales a la sombra de un arbusto, ya sentados sobre sus capotes, a la turca, ya recostados y tendidos como en un *día de campo*. Roló activamente el sotol, y charlaron de cosas alegres, y tomaron a broma las tristes, gustando de la *plática* de la soldadera que les llevó, como exquisita ofrenda, una cazuela con *frijoles refritos*.

De pronto preguntóle Torrea:

- Oye, Mazzantini, ¿pues que no era *tu viejo* el cabo Trujano?

- Pos sí, mi teniente, Dios lo haiga perdonado y lo tenga en su santa gloria ... -y *la Mazzantini* se persignó rápidamente.

- ¿Y ahora ... ?

- Pos ahora, por respeto a mi difunto, me pasé al Once ... para no defeicionar con uno del mismo Nueve, ¿no le parece, mi jefe? ... Ahora *mi viejo* es el sargento Guadalupe Riva, del Once ... ¡No ve que hizo lo mismo mi comadrita Pánfila, que la tenía Gregorio Moncada ... ¿Se acuerda de él, mi subteniente Mercado? ...

- ¡Ya lo creo! ... Gregorio Moncada, corneta de mi compañía, que murió en *la Cueva* gritando vivas al general Díaz ... Soldado muy antiguo y muy valiente ...

- Tres misas le va a mandar decir en la Villa mi comadrita Pánfila ... ¿qué vamos a hacer ... ? Sea por el amor de Dios ... Yéndonos con los del Once, no ofendemos al Nueve, ¿no le parece?

Pasó un viento sombrío por la frente de Miguel ... ¡Conque aquellas mujeres compañeras del soldado, conque aquellas abnegadas y solícitas amigas, al día siguiente de la muerte de su *juan*, se unían con otro, tranquilas, devotas, encomendando a Dios el alma del difunto, al propio tiempo que servían al nuevo *señor*, ingenuamente desvergonzadas!

- ¡Vaya un hatajo de *pípidas*! -clamó crudamente Castorena.

- ¡Újule! mi subteniente ... pos dígame, ¿qué hacemos solitas ... ? Semos de la tropa, vamos onde vaya, mientras no nos toca la de alevantarnos tiradas, muertas en un camino, no como cristianas, sino como perras ... ¡Álgame Dios! ¡Ansina lo quiere su Divina Majestad!

Adolorido por íntima ternura, por honda lástima, Miguel no tuvo ya desprecio por aquellas miserables hembras de la tropa, triste carne de cuartel.

CAPÍTULO XXXI

LOS PERROS DE *TOMOCHIC*

El crepúsculo, uno de esos crepúsculos fríos y rápidos de la sierra, se extinguió, anegando el inmenso valle en una sombra glacial y melancólica ... Se perfilaron las crestas del anfiteatro de montañas, recortando la tenue y áurea lividez del cielo, hasta que arriba sólo quedó el azul oscuro salpicado de trémulas gotas de luz, y abajo un mar de tinta negra ...

A veces, súbitas ráfagas del noroeste venidas de las lejanas profundidades de los bosques, resinosas y acres, pasaban prolongando una queja infinita ... infinitamente desolada ...

Y esas ráfagas frías, al atravesar el valle, anchuroso y hondo, llevaban rumores vagos y tristísimos, los hálitos de la selva, los estremecimientos de los viejos árboles crujiendo ante el invierno y la noche, como el doliente suspiro de la sierra abrupta, colosal y salvaje ...

Sentíase más y más intenso el frío de aquellos soplos mientras la sombra era más densa; y cuando por fin no quedó una sola claridad, se levantó poderosamente la sinfonía de los ruidos nocturnos en el valle.

Allá en un extremo de aquel abismo, el *Cerro de la Medrano* se alzaba como un enorme dromedario

echado, mientras lamía su flanco derecho el río, teniendo a su frente el valle de *Tomochic* ... y aún más allá, erguido, cortado a pico, agresivo y hosco, el *Cerro de la Cueva* parecía contemplarle, como un tigre sentado sobre su grupa ...

Sobre la cumbre, dominando el profundo valle, un parapeto protegía el principal puesto de observaciones ... El largo hocico de acero del cañón *Hotchkiss* avanzaba siniestramente en el vacío, saliendo por entre las rocas y los arbustos, acechando en las tinieblas, rumbo a la muerte ...

Noche plena. Los alegres rumores del vivac se habían extinguido y se cumplía con la orden estricta de hacer guardar un silencio absoluto. El servicio de vigilancia estaba ya nombrado ... y sobre aquel gigantesco zig-zag del monte, sobre aquel lomo del cerro, momentos antes tan animado por la soldadesca y la franca algazara al aire libre, no hubo sino vagos rumores de voces quedas que avivaba o extinguía el viento, lejanas risas, toses ... tal cual voz enérgica -voz de mando, artificiosamente colérica-, los ruidos secos de los fusiles golpeando en las piedras ... alguna canción tristísima -viejos temas mexicanos con inflexiones casi salvajes-, y silbidos que se cruzaban de un extremo a otro, entre acentos femeniles, chillones, que solían ser cortados bruscamente ... y nada, nada más ... pero todo ello en varia y tenue escala, esfumado: porque la orden de silencio era terminante ...

De vez en cuando el soberano viento de los bosques lejanos, saturado de fuertes perfumes,

pasaba con el susurro melancólico de las altas frondas ... llevando todos los hálitos de la sierra, el coro solemne y épico que cantaba el himno de los cíclopes americanos, bajo los eternos pinos sombríos ... Del fondo de *Tomochic* ascendían, distintos y lóbregos, otros rumores ...

¡Oh ... aquel extenso y profundo valle de *Tomochic* era espantoso en la noche, contemplado desde la más culminante plataforma del *Cerro de la Medrano*! Inmóvil, de pie tras el parapeto natural que protegía las posiciones, contempló un instante Miguel, absorto, aquel mar de tinta negra ... mar de olas de sombra, de donde emergían con fantásticas oscilaciones puntos rojos o manchas de escarlata, como goterones de sangre luminosa sobre un inmenso terciopelo oscuro, como islas de fuego ...

Islas, puntos, gotas, manchas de lumbre y sangre que en toda aquella negrura surgían o se eclipsaban, palideciendo a veces, borrábanse luego con extraños y trágicos desvanecimientos.

Lúgubres quejas ... vagos relinchos, aullidos que parecían hacer tiritar las sombras, brotaban de aquel antro inmenso, profundo y negro, constelado por trágicas chispas de fuego y sangre.

Tomochic ardía lentamente en las tinieblas ... Sus últimas pobres chozas, incendiadas y desiertas, se consumían en las sombras, allá abajo, diseminadas en la vasta extensión, una en un extremo, otras más lejos en el confín opuesto, otras en el centro, cerca de la iglesia.

Y había en aquel núcleo una mancha más amplia y brusca, aquella que era más trágica, porque sus aluviones de chispas subían más alto.

El pobre caserío ardía tristemente ya, ¡eran sus últimos instantes de agonía!

Y el poeta que dormía en Miguel meditaba líricamente.

¡Oh! flamígera extinción de los aduares de la fanática tribu de montañeses, soberbios en su ignorancia tremenda y salvaje, hijos bravíos de las sierras, aguiluchos encaramados en sus nidos formidables, obstinados en el capricho bárbaro de su orgullo supremo; que desafiaran la muerte con un épico desdén y una colosal sonrisa trágica que llegaría a ser sublime y estupenda cuando se hiciese fúnebre. ¡Oh! ¡*Tomochic* ... ! ¡Oh bárbaro y épico *Tomochic*! ¡Oh! fenecido pueblo de halcones serranos, de jóvenes águilas solitarias, encastilladas en los baluartes altísimos de las fragorosas montañas ... ¡Tu inaudita pujanza, tu delirante y pueril ensueño de absurda libertad salvaje en el imperio inmenso de las selvas y de los montes, tu increíble cisma, tu soberbio *Papa Máximo*, tu *Cruz de Tomochic*, tu sangre y la sangre generosa, hermana, que harás derramar hasta que muera el último de los tuyos, te hacen grande y extraño con una tristísima y lamentable grandeza ... !

- Conque estuvo bueno el día, ¿no? -preguntó Mercado al sargento que acababa de regresar a su

puesto, después de haber hecho una ronda a los centinelas y parejas.

- ¡Ahora sí estuvo bueno, mi jefe! -respondió el viejo soldado, un oaxaqueño de buena cepa para carne de víctima: alma templada en largos y duros sacrificios, cara redonda bronce oscura, frente estrecha y terca, pómulos salientes, ralos y erizos pelos blancos en la barba, cuello nervioso y cuerpo chaparro, fornido y ágil. Estaba frente a él, bonachón y atento ... ¡Pobre sargento, acaso ya no volvería a su querida tierra del Sur!

Y mientras abajo el mar de sombras extendía aún sus islas de sangre luminosa, y surgían los coros lamentables de las bestias del valle, que aullaban desesperadas, él se puso a contarle los episodios del día porque estaba de fagina, incinerando los cadáveres, las víctimas en los últimos combates.

Ya le había referido, como pudo, el pobre diablo, más de una escena conmovedora o épica, cuando de pronto saltó con esta tirada que Miguel jamás olvidaría:

- ¡Ah señor ... ! ¡Y los perros ... ! ¡Los perros de *Tomochic* ... ! ¡Nunca había yo visto cosa igual ... ! ¡Qué horror ... ! ¡qué valientes ... ! ¡Qué buenos ... sí ... qué chulos ... qué lindos ... ! Le confieso a usted, lloré ... Ahorita ladran ... ¿No los oye ... ? Ladran, pero quejándose, es que están llorando cerca de sus amos difuntos ... ¡lloran, cuidando los cuerpos, sin separarse de ellos para nada ... ! Estos perros son mejores que nosotros los cristianos ... ¡Velan a los que quisieron ... ! ¿Oye usted, mi subteniente?

No ladran de cólera ... fíjese bien, ¡están llorando! Bueno ... pues sí ... le decía, señor, que me llamaron la atención, porque cuando iba a amontonar los muertos, los animalitos se nos echaban encima, enseñándonos los dientes y los colmillos ... Tuvimos que matar a muchos, dándoles con la culata de los fusiles ... y hasta a unos grandes les dimos de bayonetazos ... y viera usted que cuando quedaban vivos ... ¡álgame la Virgen Santa! otra vez se volvían a echarse cerca de su amo difunto o lo iban siguiendo hasta el montón donde los habíamos de quemar ... Lamían con sus lenguas secas de pura sed, la sangre de sus queridos muertos ... ¡Ay, pobrecitos animales! Ya ve usted, mi jefe, cómo queremos nosotros a los perros ... La tropa, la *juanada*, no está a gusto sin sus perritos ... ¡Porque teníamos que matarlos también pensando que nos estorbaban y nos mordían! ¡Los matamos y los tiramos en el montón, revueltos con los de *Tomochic* y con los mismos de nosotros, todos juntos, echándoles harta leña y rastrojo para que ardieran mejor ... ! Otros perros corrían ladrando muy triste por la llanada, quejándose con gritos larguísimos que me hacían parar los pelos como quien tiene mucho frío, y me dolía el estómago ... ¡Pobres perritos ... ! Era que buscaban a sus amos ... Subían por los cerros, bajaban, volvían al río, se echaban en el agua, salían sacudiéndose y volvían a correr, a correr por entre los jacales y los rastrojos y los escombros, saltando los *caláveres* de los nuestros o sobre los de *Tomochic*, sin hacerse caso, corre y corre, ladra y ladra, porque no encontraban a los suyos ... y así seguían volviéndose, locos, dando vueltas y vueltas ... y ¿sabe usted qué otras cosas

había allá, por las casitas de junto al río ... ? ¿No ve allá donde está esa humareda colorada, donde se queman esas trojes o quién sabe qué? Pos por allá mismo me tocó de fagina llevando mi mera sección ... ¡Huuy! ¡Por allá habían juido los puercos ... pero qué puercos ... ¡álgame Dios! amontoné ... ¡hasta gusto daba verlos ... ansina de gordos ... pero tenían hambre ... y los indinos marranos querían comerse a los mismos difuntos ... a los muertos de *Tomochico* ... ! ¡Croque, croque olían la sangre y con eso, como fieras se iban sobre los *caláveres* llenos de lodo ... y vi entonces la pelea ... !

Calló un instante el sargento, anonadado sin duda por el espantoso recuerdo. Luego, continuó:

- Al ver venir los perros a los puercos, se les echaron encima ... y aquello era una batalla sobre los mismos muertos; los marranos gruñían de hambre, los perros ladraban con furia, ¡siempre fieles ... ! ¡Y todos, marranos y perros, se hacían bola, entre gruñidos espantosos y los chillidos de los perros, medio muertos de hambre, velando y defendiendo a sus amos todavía! Aquello me volvió a enderezar los pelos y a darme frío, y hasta quise llorar ... ¡Pobrecitos ... ! ¡Ógalos, ógalos usted, mi subteniente ... ! Ahorita se han de estar peleando los marranos que se quieren comer a los difuntos, y los perros que velan a sus amos, defendiéndolos ... ¿No oye usted?

Calló la ruda voz del sargento como desvanecida en un sollozo de piedad y de espanto ... Miguel se

estremeció, y tendiendo el oído hacia el negro fondo del valle ... escuchó ...

De las tinieblas surgían desgarradores aullidos, tristísimos ecos que repercutían, lentos y apagados, las montañas de la sierra ...

Y a veces el viento del noroeste avivaba los trágicos rumores de aquella lid animal ... Disputa por un cadáver humano, entre perros y cerdos, allá en la siniestra soledad tenebrosa de *Tomochic* ...

CAPÍTULO XXXII

INCENDIO DE LA IGLESIA

Al día siguiente, aún rebosaba plena algazara la cumbre del cerro, cuando de pronto cundió una noticia que hizo levantarse a todos los soldados y oficiales francos.

¡El Undécimo iba a dar el asalto a la iglesia!

En efecto, el general Rangel había hecho tomar el *Cerro de la Cueva* como base indispensable para llegar fácilmente a la iglesia de *Tomochic*, por hallarse completamente al pie de aquella eminencia, donde un piquete de nacionales de Sonora hacía fuego incesantemente sobre la torre.

El general, en vista de la situación insostenible del enemigo, ordenó que esa mañana una compañía del Undécimo Batallón la tomase, para lo cual debían ocupar primero las casas que la iglesia tenía a su frente, con el objeto de organizar allí faginas provistas de combustible, botes de petróleo, rastrojo, ramas secas y paja, y en un momento dado, protegidos por los fuegos federales de *la Cueva*, *la Medrano*, y de las mismas casas, debían al paso veloz llegar hasta el atrio, y ante el portón del templo arrojar todo aquello ... Como en la construcción de la iglesia abundaba la madera, obligados los sitiados por el incendio a salir, serían fusilados inmediatamente, apenas asomaran.

Se dio el mando de la fuerza, compuesta de cuarenta hombres, al capitán primero Francisco Manzano, quien tomaría sus posiciones en las casas indicadas, esperando que el cañón rompiese su fuego para intentar abrir brecha.

Después de dar un gran rodeo, pasando a través de las milpas y tras las asperezas del terreno, la tropa del Undécimo, extendida en tiradores, tuvo que atravesar el río. Y como la bravura y la precisión con que la compañía del Noveno realizó la toma del *Cerro de la Cueva*, había infundido en la tropa y oficiales de otras facciones un generoso estímulo, las del Undécimo se portaron, a su vez, bizarramente.

En tiradores, uno a uno, con el fusil en alto, a la espalda el haz de leña o el bote de petróleo, arremangado el calzón a medio muslo, los soldados del Undécimo entraron al río ... Y apenas pudieron ser blanco de las carabinas *tomochitecas* de la torre, empezaron a caer cadáveres y heridos ...

Mas no retrocedieron. Sus oficiales, calada la carrillera del kepis, la pistola preparada para matar al primero que intentase retroceder, gritaban enérgicamente:

- ¡Viva el Undécimo Batallón, viva el general Díaz ... ! ¡No se cuelguen ... !

Unos cuantos instantes duró la crítica situación, pasando a la margen opuesta. Las mismas brascas asperezas del terreno les ocultaron, pudiendo continuarse el avance con toda impunidad.

A paso veloz, y siempre en tiradores, prosiguieron hasta llegar a las cercas de las espaldas de un grupo de casuchas próximas a la iglesia, casuchas abandonadas hacía tiempo, pero intactas todavía del saqueo y del incendio.

Ocupadas las casas, listos los *Nacionales* en el alto crestón del *Cerro de la Cueva* para batir la torre, a las once de la mañana el cometa de órdenes del general tocó *fuego*: Tronó el cañón. Simultáneas descargas cubrieron de humo los frentes de las casuchas y la cima de *la Cueva*, de donde empezó a descender una lluvia de haces de rastrojo encendido, de humeantes rollos de zacate, de sacos de paja, en densos nubarrones salpicados de chispas.

De vez en cuando, cual granadas de mano, eran lanzados desde el *Cerro de la Cueva* al recinto de la iglesia, los botes de petróleo ...

Al propio tiempo todas las cornetas que tuvo a mano el general, y que se encontraban en otras casas en torno del templo, tocaron ataque, como si por todas partes fuesen a arrancar columnas de asalto contra aquella pobre y destartada iglesia acosada, triste reducto de un montón de fieros moribundos ...

Retorcidos hilos de humo eleváronse del interior de los tapiales que cercaban el caserón frontero al templo. Algunos botes de petróleo habían caído reventando en un patio ... el viento, hostil a los últimos *tomoche*s, arrastraba hacia la torre ardientes mechones de yerbajos secos, remolinos de chispas,

turbonadas de astillas, harapos de humo candente y rojizo ...

- ¡Viva el *Gran Poder de Dios*! ¡Viva *Santa Teresa de Cabora* ... ! ¡Viva *Santa María de Tomochic*! -gritaron tras sus claraboyas los sitiados, en el momento en que en un solo alud la sección del Undécimo se precipitó hacia el atrio, dejando un rastro de sangre.

Fue un minuto. Ante el portón de la iglesia los soldados, ebrios de entusiasmo y sotol, arrojaron su cargamento de combustible y petróleo. Cual pólvora ardió al instante ... Una inmensa llamarada se alzó de súbito ... los asaltantes retrocedieron a ocultarse tras de los sepulcros del atrio escondiendo también sus largos retorcidos hachones untados de negra brea ...

- ¡Viva nuestro *Papa Cruz* ... ! ¡Viva Nuestro Señor ... ! ¡Mueran los hijos del Infierno! -aullaban las voces, arriba.

- ¡Viva el Gobierno! ¡Viva la Nación unida! - gritaban los oficiales del Undécimo, enardecidos, locos de entusiasmo, anhelantes por abatir la puerta del templo y entrar con la pistola amartillada hasta el interior del reducto ...

Y, no obstante, los *tomochitecos* economizaban sus municiones ... Notábase un lento desgranamiento intermitente en su tiroteo. Mas, se conocía que apuntaban bien, que, cual solían no desperdiciaban un cartucho ...

Y mayores llamaradas envolvieron la puerta. Y a la iglesia entera bien pronto ocultó negra y espesa nube de humo, entre cuyos remolinos, cual relámpagos amarillentos, brillaban los fogonazos de las carabinas *tomoches*. Allá en lo alto de la torre, entre el estrépito de las descargas, las voces estentóreas rugían:

- ¡Viva el *Poder de Dios*! ¡Viva María Purísima!
¡Viva la *Santa de Cabora*!

- ¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el Onceno Batallón! -respondían abajo los asaltantes replegados a las paredes para no ser tocados por las balas de arriba.

Hubo un terrible momento ... Abrióse, de pronto, la puerta que ya empezaba a arder, y, carabina en mano, casi desnudos, ennegrecidos, algunos hombres aparecieron, saltando increíblemente ágiles por la hoguera en plena furia roja, y, descargando sus armas, sin apuntar, contra los soldados estupefactos, se lanzaron en vertiginoso escape fuera del atrio, perdiéndose por entre las milpas ...

Iban a salir otros espectros, pero desprendiéndose con horrido crujir de sus viejos goznes, cayó oblicuamente una hoja del portón que obstruyó la entrada como un muro flamígero ... Nadie podría entrar ya, ni salir ...

A la expectativa del horrible drama permanecieron desde aquel momento los sitiadores. Ya todo era cuestión de tiempo.

Entonces las fuerzas que permanecían en el campamento de *la Medrano* lo abandonaron, bajando al valle, y subiendo al pueblo, ocupando las casas adyacentes a la de Cruz Chávez, en cuya azotea estaba plantada una hermosa bandera tricolor.

La compañía del Séptimo, el Cuartel General y el cañón, se instalaron en la casa de los Medrano, junto al camino real y al pie del cerro.

Había existido una tienda en aquella vetusta casa y era la más amplia de las de ese rumbo. Incendiada el día anterior, el fuego había respetado algunos cuartos y una parte de un portal interno. En la espalda, en la pared que veía al centro del pueblo, se abrieron claraboyas para observar el *Cuartelito* (casa de Cruz) y la iglesia, cuyo incendio era cada vez más espantoso.

Desde aquellas claraboyas Miguel observó el espectáculo. Las llamas debían haber invadido el interior del templo, pues el humo se escapaba de las ventanas y arcadas de la torre, y lo terrible de aquello era que la mayor parte de las mujeres de *Tomochic* estaban refugiadas allí ...

Y, entonces presencié una cosa siniestra y trágica ... ¡en lo alto de la torre, fuera de la barandilla, una anciana asomó su cuerpo, y con violento impulso se arrojó al abismo ... !

Era ya demasiado. El general ordenó a su corneta tocar *alto el fuego*, conmovido, acaso, ante la lúgubre escena, juzgando ya inútil aquel

lujo de horror ... Pero fue muy tarde, porque el incendio había tomado tal incremento, que grandes torbellinos levantaron su penacho rojo por encima de la cúspide ... Pronto vino el desmoronamiento ... oyóse un retemblar tremendo, un trueno sordo y prolongado ... la techumbre se desplomó ... Otros crujidos sucesivos escucháronse, y luego gran parte del cuerpo de la torre vino abajo, entre inauditas erupciones de diluvios de chispas y de altísimas llamas intermitentes ...

Todo había terminado, y sólo la casa de Cruz, con sus tres líneas de aspilleras y su altivo pabellón tricolor flameando en lo alto, desafiaba a las fuerzas tristemente vencedoras ...

Según opinión del general, la toma del *Cuartelito* era difícilísima y exigía las mayores precauciones.

Evidentemente que con la tropa restante habría podido tomarse, pero hubiera costado mucha sangre, y el general tenía orden de economizarla. Prefirió gastar paciencia y aburrirse algunos días más, a perder más gente ...

Aquella casa estaba construida con adobes, pero durísimos, y tanto que el cañón a cien metros no abría brecha en ellos; la puerta estaba cerrada a piedra y lodo, y como ya ni una sombra de esperanza de salvación debía quedar a los sitiados, sabrían como nunca defenderse, vendiendo muy caras sus vidas.

Además, era tal la situación de aquel reducto, al cual convergían todas las veredas del pueblo en cuyo

centro se encontraba, que dominaba todas las vías y campos que a él le conducían.

Gente de los *nacionales* de Sonora y de Chihuahua, de *Seguridad Pública* y del Duodécimo Batallón dieron pequeños puestos avanzados, ocupando las casas que rodeaban el *Cuartelito*, formándole un cerco apretadísimo.

Entre tanto, el templo en ruinas y las demás casas continuaban lanzando al cielo azul inmensas espirales de humo, surgiendo de sus escombros hálitos de lumbre. Y en la noche tiñeron el horizonte negro con sangrientos reflejos, más bellos, más intensos, más numerosos que los de las noches anteriores, iluminando con mayor pompa trágica aquel valle erizado de bárbaras tumbas ...

CAPÍTULO XXXIII

LOS PRISIONEROS DE GUERRA

Fue un tristísimo amanecer el del siguiente día. Casi no hubo crepúsculo. La niebla se confundió con el humo, y el valle apareció aún más desolado y silencioso; el caserío de *Tomochic* muerto y en escombros ...

Sólo la casa de los Medrano, ocupada por el estado mayor, y restos del Noveno y Undécimo Batallones, estaba animada. Había algunas otras casuchas que alojaban piquetes del Duodécimo y *nacionales* de Sonora, pero se guardaba un silencio terrible.

En el Cuartel General, tras la pared que cercaba el fondo del patio, tres o cuatro tiradores que se relevaban cada hora, permanecían a la expectativa, en tanto que en un rincón y tras enorme claraboya estiraba su cuello, silencioso e inmóvil, el cañoncito *Hotchkiss*, a caballo sobre su montante de cuatro patas.

A las nueve de la mañana, en el momento en que se repartía a la tropa la ración de carne y harina, se presentó un hombre flaco y sucio que había llegado corriendo desde la casa de Cruz.

Era uno de los prisioneros que éste tenía encerrados en un galerón dentro del mismo patio del *Cuartelito*. Todos los que en él se encontraban

habían logrado abrir la puerta, pero nadie se había atrevido a ser el primero en salir, temiendo, con razón, que les hiciesen fuego de cualquier parte.

El coronel Torres, segundo en jefe, le interrogó a solas, ordenando luego que se le diese de comer poco a poco y con muchas precauciones, pues hacía muchos días que no comía sino maíz crudo.

Poco después, con gran sorpresa vieron los tiradores que cercaban el puesto enemigo, aparecer una mujer en la puerta de la casa de Cruz. Avanzó lentamente, saltó por entre las maderas de la ya destruida empalizada, y sin rumbo fijo, empezó a vagar entre los sembrados con ademán atónito de loca ... Harapienta, sucia, desmelenada, agitando los brazos, persignándose, era una visión espectral aquella *tomochiteca* ...

Al fin, se dirigió a la casa de los Medrano, tímidamente. El general ordenó que se la respetase y aun que le ayudaran a acercarse. Cuando un *pima* llegó, conduciéndola del brazo, todos quedaron horrorizados ante su cuerpo enclenque y encorvado, y ante su fantástica cabeza circuida de cenicientos alborotadísimos mechones que le formaban algo como un resplandor fatídico. Era una decrepita anciana de ojos vidriosos e inyectados de sangre, vestida con un hilacho de enagua azul, y calzada con viejas teguas. No podía hablar ...

- ¡Vaya un *parlamentario* que nos manda la plaza!
-dijo Castorena al columbrar la actitud estúpida de la desdichada mirando de hito en hito al general! ...

- ¡Se rinden, por fin, esos brutos! ¡Se rinden! - clamaron algunas voces, creyendo que Cruz Chávez la enviaba a *conferenciar*. Sin embargo, no era así, y bien pronto se supo que, medio loca por la muerte de sus nietos, había decidido ir a buscar sus cadáveres y llevar alimentos a los heridos, muchos, también, hijos y nietos suyos.

Contó, tartamudeando, después de comer un plato de sopa que el general le ofreció, que Cruz no la dejaba salir; pero como era la más anciana del pueblo y la que más gente había dado a la causa de Nuestro Señor, el jefe *tomoche*, impotente para detenerla la había dejado salir, encomendándola a la Virgen Santa.

- ¿Qué hacen todos allí amontonados? -cuentan que preguntó el coronel Torres.

- Reza y reza -contestó la vieja.

- ¿Y Cruz, qué hace?

- ¡Reza y reza ... !

Trataron entonces el general Rangel y el coronel Torres de que la infeliz anciana llevase una intimación del enemigo, haciéndole comprender lo terrible e irremediable de su situación, aconsejándoles que se rindieran, siquiera por compasión a las mujeres, ancianos y niños, que morían de hambre o contaminados por la peste que en la casa de Cruz se iniciaba por la putrefacción de los cadáveres que arrojaban ellos mismos en la noche al patio, y que permanecían insepultos, dando

durante el día un espantoso espectáculo de muerte a las familias hacinadas como un montón de carne agonizante en los rincones, entre aquellas paredes sostenidas por una obstinación fanática inverosímil, por una terquedad tremenda.

Comprensible era el horror, la inmensa y desoladora desesperación que había en aquella casa que debía estar convertida en un sarcasmo de hospital, sin médicos, medicinas, ni alimentos ... ¡Hospital, reducto, capilla y tumba!

Tras vagas vacilaciones de la atónita anciana que temía la cólera del caudillo, quien le había prevenido que jamás tratase nada semejante con los *impíos hijos de Lucifer*, llevó un pliego firmado por el general Rangel en el cual, con las mayores razones posibles, se pedía la rendición incondicional de los de Cruz, advirtiéndole que si se obstinaban en su resistencia tomaría a sangre y a fuego su último puesto, por lo que se le permitiría que saliesen las mujeres y los niños, a los que se tendrían las mayores consideraciones.

Media hora después volvió la anciana con la contestación del caudillo *tomoche*, en que se negaba enérgicamente a rendirse, negándose también a enviar las familias, por dudar del cumplimiento de la promesa.

Era, en verdad, hacer muy poco honor a los sitiadores, mas como se tomó a insistir, sobre todo respecto al envío de las mujeres y niños, que era impío que sufriesen aquel infierno, decidióse Cruz a

hacer salir sólo a las familias de los que ya habían muerto.

Un grupo informe, un montón de enaguas sucias y de harapos desgarrados encubriendo carnes flacas, entre murmullo sordo de gemidos, toses y sollozos de niños, entró lentamente por la chaparra puerta de la casa, ante la estupefacción de todos los soldados y oficiales que se pusieron en pie para ver aquello tan horrible ...

Glacial consternación inmovilizó a cuantos lo presenciaron. La soldadesca y los duros indios de Sonora no tuvieron sino una sola alma de admiración y de piedad para aquel montón de náufragos, para aquel doliente manojo de humano infortunio que entraba chorreando sangre, la última sangre de aquel moribundo *Tomochic* ...

Algunos oficiales palidecieron; las mismas soldaderas callaron. Y Miguel no recordaba haber leído en drama alguno ni en ninguna terrible novela, nada más patético y doloroso.

Todos miraron con respeto, abriendo valla silenciosamente al desfile trágico de las víctimas.

Iba a la cabeza un anciano jorobado, de largos cabellos blancos, apoyándose sobre los hombros de una muchachita muy flaca, de rostro lívido, y que llevaba vendada una mano herida por alguna bala enemiga. A través del vendaje sucio aparecía gran mancha negra. Había una anciana que marchaba quejándose lastimosamente, con el rostro todo

ensangrentado por una amplia herida que tenía en la cabeza.

Una mujer alta, de grandes ojos negros, muy erguida, llevaba en sus brazos un niño de meses que lloraba. Algunas jóvenes que se adivinaba que fueron bellas, marchaban envueltas en mantillas de color opaco, o cobertores a cuadro, rojos y negros. Un niño de seis años cojeaba escurriéndole sangre de las rodillas; en sus ojos había dos lágrimas contenidas por una voluntad poderosa.

Después ... era bullente masa confusa de cuerpos raquíticos y rostros huraños de ojos negros, de miradas febriles y relampagueantes, sobre la lividez de flacas y rugosas mejillas. Y cerrando esta procesión de desgraciadas que abandonaban los seres queridos que ya no les vivían, este rebaño de viudas y huérfanas, este montón de humano dolor, marchaba lentamente la anciana emisaria, la vieja tartamuda que había dado tanta gente a Cruz, al *Papa Máximo* ...

¡Y considerar que aquel centenar de náufragos y de parias no eran todos los que había; que allá en la casa de Cruz quedaban algunas mujeres obstinadas, las que aún tenían vivos a sus hijos y esposos!

Instantáneamente Miguel pensó en Julia. ¿Iría con aquellas infelices? ¿Viviría aún ... ?

Intentó observar los rostros de las mujeres, experimentando profunda amargura y oprimiéndosele el corazón con el vago temor de

descubrir entre ellas al ser de su amor, a su melancólica desposada ...

Pero la mayor parte de las mujeres llevaban las cabezas cubiertas con abrigos o jirones de chales, y bien pronto desaparecieron por el fondo de un viejo portalón. Tras él dilatábase destartalado galerón que servía antes de troje a los Medrano. En su sombra penetraron, tragadas ...

Y Miguel vio una lágrima en los ojos del general, quien no pudo articular una palabra, indicándole sólo con el gesto al doctor Arellano, que se hallaba a su lado, que entrase para atender a los heridos.

Les llevaron harina, carne y patatas, y se abrió apresuradamente el botiquín para proceder a las primeras curaciones. Los soldados, en grupos, desde lejos contemplaban, taciturnos, el interior de la troje, de la que salía un fatídico rumor de lamentos, gemidos, quejas infantiles y toses de ancianos. En la puerta se apostó un centinela, con la consigna de no dejar pasar a nadie ni aun a los oficiales ... ¡Eran *prisioneros de guerra*!

Ya muy poco faltaba que hacer para aniquilar a los tenaces enemigos que quedaban en su último reducto, decididos a acabar de morir allí, altaneros, invictos, desafiando a los federales que no se atrevían a emprender el final asalto.

La única señal de vida que daban era aquella bandera que flotaba al viento con sus tres colores que salpicaban con un tono alegre el sombrío panorama ... ¡Qué ironía la de aquel insólito pabellón

tricolor, la de aquella bandera mexicana clavada bárbaramente heroica en las ruinas de una tumba!

Ya no hacían fuego desde sus aspilleras, ya no gritaban, y era profundamente triste aquella calma silenciosa que se extendía por la soledad del valle ...

Los ganados, abandonados a sí mismos, habían huido por las montañas de la sierra, y solamente los perros y cerdos, azorados, vagaban ... Los cerdos entraban y salían por entre los escombros de las casas, poniendo en fuga a las gallinas y devorando hambrientos los cadáveres ... Los perros aullaban, desgarrando dolorosamente el gran silencio de los campos ...

El general comprendía que en la noche deberían los sitiados hacer salidas para recoger el maíz, las patatas y el frijol que producían aquellos terrenos, y a proveerse de agua del río, y trató de impedirlo. Mandó que toda la fuerza se dividiese en guerrillas, que debían extenderse durante la noche alrededor de la casa de Cruz Chávez, ocupando las que estaban cerca, con el objeto de vigilar e impedir cualquier salida.

Cada fracción de aquéllas, al mando de un oficial, llevaba un corneta para que se contestase la *contraseña* cuando del Cuartel General corrieran la palabra. Para impedir cualquiera confusión con los *nacionales* de Sonora o Chihuahua que no debían tener lugar fijo, sino marchar vivamente por donde se ordenara, habían de contestar con determinada

palabra -el *santo y seña*- para ser reconocidos cuando éstos se acercaran a los puestos sitiadores.

A las seis de la tarde, muerto ya el sol, en la penumbra de la noche entrante, partieron a los puntos designados de antemano las fracciones combinadas, marchando en orden disperso, agazapándose tras los relieves del terreno, tomando innúmeras precauciones para no ser vistas del enemigo que seguía silencioso en su exigua fortaleza, cuya masa delineábase confusamente en las tinieblas bajo un zenit frío en que derretía su blanco hielo de luz un gajo de luna ...

A las ocho de la noche, rompiendo el vasto silencioso con penetrantes notas, resonó en el centro del valle el toque de *atención, parte y diana*. Y no bien se había extinguido la última vibración, cuando allá en el extremo del *cerro de la Medrano* vibró otro toque igual, al parque también el puesto del *Cerro de la Cueva* lo repetía.

¡Atención, parte y diana! ... Lamentáronse, simultáneos, los mismos toques en todos los puestos del valle, produciendo extraña y fantástica letanía que los ecos de la sierra repitieron y multiplicaron, hasta perderse de los vastos y negros confines, en un vago y melancólico decrescendo, expirando tristísimamente en el hondo misterio, en la soledad, en el silencio, en las tinieblas, bajo la melancolía de la luna ...

Hacía un frío intenso, y Miguel, taciturno, en pie, envuelto en su capote, apostado tras de la cerca de adobes de un casuchón semiderruido, contemplaba

a su frente, como a unos cincuenta metros, las negras paredes de la casa de Cruz. Y el trozo de luna iluminando el horizonte con lívida claridad envolvía el paisaje en un velo de cruel pesadilla ...

Miguel sentía renacer en su alma la tristeza inconmensurable que constituía el fondo de su ser ... Pensó en su madre desgraciada, en su pasado sin una sola alegría, sin una fe, sin un amor; en su porvenir destruido, en la fatalidad que hacía de su corazón un corazón desventurado ... ¡Pobre alma la suya, candorosa, sincera y lírica!

Pero, ante el horror y la tristeza de *Tomochic* desvanecíanse sus propias amarguras ... ¿Era posible que aquellos obcecados que velaban esperando la muerte, y tras ella la vida eterna en el Paraíso, fuesen más felices que él, que vivía sin esperanza, abatido? ¡Ah! ¿y Julia? aquella mujercita tan viva, tan linda, la de ojos oscuros, tan elocuentes, tan melancólicos ... ¡Qué pasión tan extraña ... !

Evocó otra vez el idilio nupcial. Resurgieron sus mismos pensamientos:

... en unas cuantas palabras había adivinado una historia dolorosa soportada con dulce resignación, con la sonrisa beatífica del mártir que entrevé el cielo. Y con estremecimiento de indignación recordaba la incalificable abyección suya de poseerla en un momento de embriaguez, cediendo a los impulsos de bestia que, como una invasión de demencia, le

arrebatában en las horas de orgía ... ! Mas luego atenuaba su falta hasta absolverse ...

Ella había consentido, como cosa inevitable, como resignada al predominio del hombre, y experimentando ante la juventud de Miguel las primeras voluptuosidades del amor, en el despertamiento de su adolescencia ...

De pronto, tornó a desgarrar el silencio de la noche el toque de *atención, parte y diana*, cuyas notas metálicas resonaban en un coro gigantesco y fantástico de cornetas marciales. *Atención, parte y diana* iba repitiendo cada corneta hasta llegar al del último puesto, allá en la iglesia humeante ...

Después eran los ecos de las montañas los que repetían la última parte del toque, aquella diana sarcástica que iría a llevar sus acentos al fiero puñado de sublimes fanáticos que repetían en un rincón de México, en el siglo XIX, las inmortales actitudes heroicas cantadas por la poesía épica.

El joven oficial se estremeció nerviosamente cuando el recio mozo que llevaba como corneta de órdenes se incorporó y, con el rostro hacia el Cuartel General, dio al viento la contestación del toque, de aquel toque que significaba el alerta de los puestos.

Después, Miguel tomó a su meditación, paseando a la claridad de la luna en creciente, próxima ya a ocultarse tras el lomo enorme de una montaña. ¡Julia ... ! ¿Estaba en verdad enamorado de ella o era el sentimiento que experimentaba una reacción de su naturaleza, una neurosis que ocasionaba en

él el prestigio del infortunio y de un trágico destino, unido su nombre y su vida a la vida y al nombre de *Tomochic*... ? ¡Quién sabe! ¡quién sabe! Y no podía confirmar otra cosa que el hecho de que pensaba en ella ... y se desesperaba de no haber podido interrogar y mirar detenidamente a las mujeres llegadas esa mañana, a las pobres prisioneras ... Cuando las infelices desfilaron ante él, no la había visto, pero comprendía que bien pudo haber pasado sin conocerla.

Y Miguel en aquellas cavilaciones, ya sentado, ya paseándose, pasó la mitad de la noche oyendo cada cinco minutos aquel toque de *atención, parte y diana*, repetido tristemente en el silencio, con intervalos regulares, como los golpes de ingente y formidable péndulo, resonando en la soledad del valle, sin luna ya, y en la soledad de su alma, negra también.

CAPÍTULO XXXIV

¡REZANDO, CANTANDO Y MATANDO!

A las doce ocurrió un incidente. Ya hacía una hora que se había ocultado la luna, mas en las tinieblas pudiéronse distinguir algunas sombras que se aproximaron al río.

Al momento los tiradores que por aquel lado cerraban el cerco hicieron fuego. Múltiples detonaciones repercutieron en el gran silencio, prolongadas por los ecos de las montañas. Fue un desgranamiento de truenos en las tinieblas. Al punto los auxiliares de Sonora acudieron velozmente. Se creía en una salida del enemigo, pero las sombras desaparecieron y en el sitio en que se les había visto se encontraron dos tinajas llenas de agua.

A la luz de una linterna reconocieron entre los breñales huellas de sangre ...

- ¡Dios quiera que hayan podido beber un traguito de agua esos pobrecitos! -murmuró una voz; compasiva ... la voz de un soldado.

Al amanecer del día veintiocho volvieron las fracciones de vigilancia a la casa de Medrano, desde cuya espalda permanecía un puesto de tiradores en observación del *Cuartelito*, cuya bandera tricolor seguía ondeando con el viento frío y negro que soplaba del noroeste.

Esa mañana llegó otro convoy de provisiones de Guerrero, con una escolta del Quinto Regimiento, la que traía también pormenorizadas instrucciones del general Márquez.

Naturalmente, llegaron nuevos barriles de sotol y volvió a haber algazara y radiante efervescencia en la tropa y oficiales.

Allí, dentro de las cuatro paredes del patio de la casa que había sido de los hermanos Medrano, volvieron a oírse las canciones de los soldados, canciones que acompañadas con las notas solemnes de los *tomochitecos* acordeones resultaban más quejumbrosas, impregnadas de sonoridades místicas como las de un órgano; que sugerían olores de incienso, visiones de fúnebres cirios ... contrastando su melancolía con los rostros alegres y glotones y con aquel borrascoso alboroto, alzándose bajo un cielo de azul inmaculado, en plena frescura -ya que el invierno apenas se iniciaba y únicamente se hacían sentir en las noches y en las mañanas.

Volvieron las fogatas de las fritangas a levantar sus retorcidos penachos de humo. Y no sólo carne de cerdo guisaban las desarrapadas viejas, sino gallos, gallinas y guajolotes cogidos en los corrales de las desiertas y humeantes casas.

También habían hecho barbacoa, chile frito, patatas guisadas y tortillas de maíz. La vida se refinaba. ¡Muy pocas veces habían comido tan bien!

Tan sólo allá, en un rincón del patio, a la puerta de la vieja troje, en la que un centinela se paseaba aburrido con el fusil al hombro, hubiérase escuchado incesantemente un triste y monótono rumor de rezos, toses, gemidos, quejas, y llorar de niños. Era el departamento de las *mujeres prisioneras*.

A las diez de la mañana, dispuestos en guerrillas y serpenteando entre los sembrados, unos treinta *pimas* pudieron llegar por la retaguardia al galerón que ocupaban en la casa de Cruz los soldados prisioneros. Allí los indios de Sonora horadaron las paredes, logrando salvarles.

Dos prisioneros habían muerto de sed y los demás -entre ellos un subteniente del Duodécimo Batallón, hecho prisionero el día veinte- lograron volver salvos al Cuartel General, escoltados por aquellos valientes hijos de Sonora, de aquellos recios indios, dignos rivales de los criollos serranos chihuahuenses.

Dióseles de comer con muchas precauciones, a causa de su gran debilidad, pues llevaban semanas de estar sostenidos sólo con maíz tostado o crudo que los *tomoches* les habían dejado. En cuanto a éstos, encerrados épicamente en la casa de Cruz Chávez, seguían mudos y como enterrados en vida, en una vida que era una obstinada y fiera agonía.

¡Compasión y admiración profunda inspiraba a todos aquel puñado de locos héroes, sufriendo con la atroz y lenta muerte del hambre y la sed, antes que entregarse, clavados en la tierra que creían sagrada, rezando, cantando y matando ... !

Y los jóvenes oficiales se imaginaban el horror del cuadro, veían en la estancia infecta y oscura aquel montón de hombres que expiraban lentamente, con el rosario o la vihuela en una mano, y en la otra la carabina cargada con los últimos cartuchos bendecidos primero por la *Santa de Cabora* y después por el mismo caudillo que en la tierra los guió al combate y que en el cielo les conduciría, cual lo había prometido, ¡a *la diestra de Dios Padre* ... ! ¡Y Cruz continuaba, creyente y fuerte, al lado de los cadáveres en putrefacción de las últimas víctimas!

CAPÍTULO XXXV

CHABOLÉ EL DE SONORA

Bajo un pequeño portal de madera, en la casa de Medrano, ante la puerta de su cuarto, el general, con gorra de fieltro, chaquetón de dril y envuelto el cuello en una mascada gris, se paseaba inquieto y pensativo, golpeando el suelo nerviosamente con una varita.

A veces charlaba con el doctor Arellano y el teniente Méndez, cuyo cañón *Hotchkiss*, tras la pared obturada de la casa, estaba asestado contra la de Cruz Chávez.

Era preciso apoderarse de ella por hambre, o mejor dicho, esperar a que murieran extenuados sus defensores para dar por terminada tan sangrienta expedición.

Había afirmado el general, en conversación con algunos oficiales, que en su larga vida de campaña jamás había visto cosa semejante, y que sólo los soldados de un regimiento de zuavos que se hizo temible por su bravura temeraria durante la Invasión Francesa, y los indios juchitecos del Estado de Oaxaca, eran comparables con aquellos hombres de los que ya no quedaban vivos ni veinte.

Un sentimiento de piedad para las familias que aún permanecían con ellos hizo que tratara de convencer por última vez a tales obcecados de que

se rindieran, de que su obstinación era estúpida y cruel, era blasfema ... ¡Ah! debía ser inútil, pues bien comprenderían que no se les perdonaría la vida, y tenían que pagada muy cara quienes se acercaran por ella ... !

- ¡Que le hablen a *Chabolé*! -gritó el general.

Chabolé era un viejo jefe de los indios de la sierra de Sonora, temerario cazador de hombres y fieras, hombre que con un poco de pinole, una botella de bacanora, una carabina y cartuchos, trotaba frescamente veinte leguas diarias en plena sierra. Conocía muy bien a Cruz Chávez, con quien había conducido mulas hasta la frontera de los Estados Unidos, en tranquilas expediciones de contrabando.

- *Chabolé* ¿serías capaz de ir a hablarme a Cruz?
-le preguntó el general Rangel.

- ¡Válgame Dios! ¡Cómo no, mi jefe!

Dióle instrucciones, y *Chabolé* tomó una botella de sotol, arrimó su carabina a la pared, encargándola al primer soldado que vio, y se encaminó plácidamente al cuartel enemigo, ante la estupefacción unánime de todo el campamento.

Con gran sorpresa, desde el *Cuartelito tomoche* le dejaron acercar hasta que llegó junto a la empalizada semidestruida; la salvó de un salto acrobático y desapareció.

Después de veinte minutos de ansiedad para quienes lo vieron desaparecer, regresó muy tranquilo.

Y silbando un aire de su tierra, se acercó al general; movió la cabeza y le dijo socarronamente:

- ¡Que no se rinden hasta que Dios les quite el alma!

He aquí lo que después se supo de su entrevista:

Cuando se halló cerca de las paredes de la casa de Cruz, gritaron por dentro:

- En el nombre del *Poder de Dios*, ¿qué quieres?

Chabolé, sin detenerse, respondió:

- ¡Oye, Cruz! ¡Cruz ... ! ¿No me oyes ... ? ¡Soy *Chabalé* ... ! ¡Vengo a darte un abrazo y un trago, y a decirte que te rindas!

- ¡Acércate y entra! -contestaron.

Chabolé se aproximó, esperando algún tiempo hasta que abrieron un postigo a la puerta. Entró. No vio nada, porque estaba oscura la estancia.

- ¡Dame el abrazo y el trago! -oyó que dijo la voz de Cruz, con firme entereza.

Se dieron un abrazo en las tinieblas, notando el valiente emisario que se habían cubierto las aspilleras por dentro. En aquel limbo hediondo faltaba luz y aire. ¡Y debía haber montones de

heridos y cadáveres! Oyó algunas quejas de mujer y un murmullo de rezos ...

Chabolé sintió que Cruz tomaba la botella y bebía ... y el héroe le dijo, empujándole suavemente hacia la puerta, cerca de la que se encontraban aquellos antiguos camaradas:

- Bueno, ahora vete y diles que no nos rendimos. ¡Hasta que Nuestro Señor se lleve nuestras almas no podrán los *pelones* de Lucifer tener nuestros cuerpos!

Aquella tarde un suceso imprevisto conmovió al campamento. Entre los prisioneros salvados en la mañana de la casa de Cruz, había uno que pertenecía al *Cuerpo de Seguridad Pública* y que había caído el día dos de septiembre en poder de los *tomoches*. Después fue de los que tomaron las armas contra las fuerzas del Gobierno. ¡Se había pasado al enemigo ... ! ¡Era un traidor! El desdichado llegó a batirse desesperadamente en la casa de Cruz.

El día anterior había logrado, con pretexto de ir a llamar a algunos compañeros, llegar a la galera que servía de prisión y allí esperó con los demás a quienes suplicó no le delatasen. Pero aquéllos, indignados, dieron parte, y después de breve consejo de guerra extraordinario, fue sentenciado a la pena de muerte.

A las cuatro y media de la tarde, ante las fuerzas en cuadro y después del toque de *bando*, fue fusilado aquel pobre hombre que por cobardía había sido

traidor ... Nadie le compadeció ... ¡Ni las soldaderas
rezaron por la Virgen de Guadalupe, ni Cruz de
Tomochic le ofrecería un sitio en el Cielo ... !

CAPÍTULO XXXVI

EL ÚLTIMO INCENDIO

Volviéronse a tomar para esa noche las mismas disposiciones de la anterior, y a Miguel le tocó ocupar una de las alas de la iglesia, en la parte correspondiente a las ruinas del antiguo convento.

Aquel día un viento húmedo y frío soplabá del norte, acumulando inmensos nubarrones sobre el cielo que se oscurecía anticipadamente. Era una tarde de una tristeza infinita. Bien pronto una lluvia lenta y menuda descendió sobre el valle gris y frío, desierto y melancólico ... Por entre las rotas techumbres de la iglesia surgían enormes humaredas que iban a confundirse con las nubes, en una desolación inmensa, en un silencio de muerte ...

En el trayecto de la casa de Medrano a la iglesia, Miguel había encontrado cadáveres abandonados sobre el campo, en completa putrefacción y tan despedazados por los cerdos, y tan hechos fango los trajes y las carnes, que era imposible reconocer a primera vista a qué bando pertenecían. Por el ambiente húmedo dilatábase un hedor nauseabundo.

En el atrio, bajo la lluvia que arreciaba, hizo alto la sección que debía establecerse tras los muros del convento, los cuales veían al *Cuartito*, para vigilarlo por aquel lado.

El teniente a cuyas órdenes iba Mercado dividió la fuerza, indicando a Miguel que se fuera al mando de algunos hombres hacia los últimos departamentos de la izquierda, los que debían estar en ruinas hacía mucho tiempo, pues no obstante estar destechados, no presentaban escombros recientes como los adyacentes a la iglesia que aún ardían bajo la lluvia.

La intensidad de la fetidez de putrefacciones le indicó un montón de cadáveres medio carbonizados que obstruían el paso en una puerta que habían de atravesar. Fue preciso removerlos y echar sobre ellos un trozo de viga, a manera de puente, y por allí pasó la tropa, enfilando por un vetusto claustro hasta llegar al sitio designado.

Aquellas eran las ruinas del antiguo convento edificado por los jesuitas evangelizadores de los *tarahumaras* durante el periodo colonial en la época en que mejor se explotaban los minerales de aquella parte de la sierra.

¡Qué tristes y sombrías aparecían aquellas ruinas a los ojos del nervioso oficial, bajo la lóbreguez de un hosco cielo gris plomo, en un ambiente de osario, espeso y frío, en la neblina parda de la tarde lluviosa y expirante ... ! Y Miguel al propio tiempo que anhelaba morir sentía un horror, un terror sin límites ante aquel lujo de aniquilamiento en aquella horrible tarde, entre montones de cadáveres putrefactos, entre los escombros, cerca de las humaredas últimas, bajo la lluvia glacial ...

Violentas ráfagas heladas cortaban como cuchillos los rostros cárdenos de los soldados, de la pobre tropa consternada, enmudecida ...

Iban envueltos en sus capotes azules, caladas las capuchas, avanzando como en una fatídica procesión de monjes al lado del trágico desastre del incendio de la iglesia, que continuaba ardiendo lentamente ...

Allí hubo que relevar un pequeño destacamento del Undécimo establecido desde la mañana, cuyos hombres habían trabajado todo el día en hacinar los cadáveres, arrojándoles vigas y podridos tablones, para calcinarlos -fúnebre labor que resultaba espantosamente imperfecta ...

Habían abierto también claraboyas en las paredes que aún estaban en pie, tras las que se apostó la tropa.

Al poco tiempo oscureció por completo ... Miguel, abrumado de fatiga, aniquilado, con ascos en el vientre, hiel en la boca, y duelo en el alma, entumido por el frío, chorreando agua, se sentó sobre una piedra, contemplando con creciente pavor el edificio oscuro. Pero su voluntad, obedeciendo a la disciplina, dominaba el miedo íntimo.

Las tinieblas eran densísimas, y sólo allá a lo lejos, entre solitarias concavidades, se advertían fulgores rojizos y constelaciones de chispas. De vez en cuando se oían ruidos distantes; algún trozo de techumbre que se hundía, cualquier pared que se

desmoronaba, el crujimiento súbito de una viga al quebrarse ...

A las ocho sonaron las notas de las cornetas en el silencio de aquella noche obscurísima y lluviosa: *atención, parte y diana* repetidas veinte veces en los invisibles contornos del valle ...

El oficial acurrucado en un rincón, al lado del corneta encargado de contestar la contraseña, dormitó a ratos, despertando a cada momento con grandes sobresaltos nerviosos, creyendo que le prendían en aquella involuntaria falta o que el enemigo se le echaba encima.

Llovía, llovía ...

Y llovió hasta las dos de la madrugada, hora en que el frío se hizo insoportable, al grado que algunos pobres diablos de soldados se quejaban dolorosamente, como si tuviesen ya los pies invadidos por la gangrena ...

Por fin, al amanecer, el viento, soplando con gran fuerza, barrió las nubes. La lluvia cesó por completo. Entonces pudo la tropa encender espesas fogatas para secarse, calentándose un poco en ellas y asando los trozos de carne de que iba provista.

Poco después llegó un ayudante del general, diciendo que esa mañana a las diez se tomaría el *Cuartelito*, debiendo la fuerza que ocupaba la iglesia permanecer a la expectativa sin abandonar el puesto, limitándose su papel a evitar toda fuga del enemigo por el espacio que abarcara el alcance de sus fuegos.

Miguel se preparó a presenciar el asalto tras las claraboyas practicadas en la vetusta pared del convento. Iba acostumbrándose ya a todos los prodigios del horror; no obstante sus minutos de terror nocturno, iba teniendo la íntima conciencia de que se veteranizaba. Ya contemplaba el espectáculo de los incendios y de los cadáveres como se mira un panorama conocido, que no por imponente deja de ser familiar, como una admirable montaña, una catarata o el monótono tumulto de las olas ...

En la casa de Cruz seguía el silencio mortal de los días anteriores ... y el joven subteniente vio acercarse a ella grupos de soldados, cargados con botes de petróleo, rastrojo y ramas secas, como para la toma de la iglesia ... El cañón desde la casa Medrano hizo tres disparos, y luego fue el asalto. Los soldados, a los gritos de *¡Viva el Once Batallón!* y al toque de *ataque*, se precipitaron cargados de combustible, listos sus encendidos hachones, hacia las paredes de la casa cuyas aspilleras se cubrieron de humo de pólvora. Oyéronse algunos disparos.

Los asaltantes, tras la empalizada que cercaba el *Cuartelito* y tras montones de piedras, hicieron alto y se correspondió al tiroteo, apuntando a las aspilleras para quebrantar la resistencia. Después embistieron a la carga, lanzando nuevamente los gritos que tanto animaban a los soldados.

- ¡Viva el Onceno Batallón! ¡Viva México!

Y allá, tras las paredes acribilladas a balazos, contestaron como siempre aquellos clamores que causaban pavor y presagiaban la muerte:

- ¡Viva el *Gran Poder de Dios*! ¡Viva María Santísima! ¡Vengan los del Once!

Tres soldados se abalanzaron sobre una de las esquinas y allí, rápidamente, mientras un fuego nutridísimo de los suyos desportillaba los adobes, ellos, subiendo unos sobre otros, agarrándose de las piedras salientes e hincando las rodillas en los huecos, treparon a la azotea que sólo tenía una altura de cinco metros. Cuando el primero puso el pie en ella, alzándose con las manos ensangrentadas, todos prorrumpieron en aplausos, bravos y vivas. El caserón había enmudecido, ya no volvieron a escucharse surgiendo de su interior sino escasos gritos y disparos ...

Aquello produjo cierta inquietud y cierta vacilación en los asaltantes; mas luego el primero que subió dio la mano a otros, y éstos a otros ... y se les pasaron unas barretas de acero, y principiaron a horadar el techo; después, subieron los oficiales. Un cabo corrió a quitar la bandera cuya asta se alzaba al borde de la pared. Los soldados de abajo arrojaron a los de arriba hachones, rastrojo, leña seca y petróleo ... Se encendió aquello, y ardiendo, por un gran boquete abierto a barreta, lanzaron al interior aquellos infernales haces, aquellos chorros de lumbre ...

Los sitiados, enmudecidos ya, apenas contestaban; hacían fuego de vez en cuando, de

abajo hacia arriba de la chimenea, desde cuyo remate, en sentido inverso, vaciaban a ciegas los asaltantes sus fusiles que producían un horroroso crepitar sordo ...

Después, de las horadaciones del techo salieron lentamente columnas de humo negro y fétido. Las detonaciones cesaron. Los soldados que estaban en la azotea, sintiéndola crujir, saltaron a tierra. En esta vez las descargas *tomoches* habían fallado. ¡Ni un solo cadáver, ni un solo herido había costado incendiar la inexpugnable fortaleza tomada por fuego y hambre ... ! Entonces todos comprendieron que los defensores agonizaban.

Partió, a la sazón, del Cuartel General el *toque de diana*, que repitieron en diversos tonos las cornetas, en señal del fin de la campaña. Y sus notas bélicas tan alegres resonaron lúgubrementemente en medio de aquel campo de tristeza, de cenizas y de ruinas, en aquel pútrido valle de tumbas humeantes y de cadáveres insepultos.

La campaña estaba terminada; el último reducto ardía presa de inmensas y silbantes llamas que el recio viento de aquella mañana avivaba, en tanto que, rápidas, desordenadas, epilépticas, vibraban en el ambiente frío, las *dianas*, contrastando su atronador regocijo marcial con la desolación del panorama horrible. Secciones de soldados con camillas improvisadas llegaron a la casa cuyo incendio atizábase. A barretazos se echó abajo la puerta. Y algunos *pimas* penetraron al interior de aquel horno, reapareciendo después, negros de

humo y de cenizas, cargando los heridos *tomoches* como fardos de carne humana, semipalpitante aún, fardos sangrientos y medio calcinados que surgían silenciosos de un ambiente de infierno ...

Desde lejos, en actitudes taciturnas, contemplando los trágicos progresos del incendio del último baluarte de *Tomochic*, había soldados del Undécimo, Vigésimocuarto, y auxiliares de Chihuahua. Algunos instalaban en las camillas a los infelices que sacaban de entre el humo y las llamas.

Un oficial llegó a caballo, a comunicar al capitán del Undécimo que dirigió el golpe contra el *Cuartelito*, de orden del general Rangel, que a toda costa salvara a los que aún quedasen vivos dentro, especialmente a las mujeres.

Fue un gran trabajo de abnegación, un nuevo heroísmo en la pobre tropa apiadada ante el patético estrago, pues la mayor parte de los *tomoches* morían al recibir el aire frío del valle; otros, expirantes, contemplaban con mirada vidriosa a sus vencedores, y los más fuertes levantaban los brazos, los puños crispados, incorporándose con gesto de amenaza, retorciéndose con violencias de odio, concentrando su última energía para gritarles:

- ¡Viva el *Poder de Dios* ... ! ¡Mueran los *pelones*!

Los cadáveres eran aventados en montón por las faginas que les arrojaban vigas ardiendo, para calcinarlos. Los heridos fueron llevados sobre las camillas a una casa próxima cuyo portal no había sido tocado por el fuego. Ningún *tomochiteco* pudo

ir por su pie, pues si había cuatro o cinco que no estaban heridos, hallábanse tan débiles por el hambre, o la fiebre, o la sed, que se desvanecían cayendo en tierra.

El general -que se negó a presenciar tan espantoso espectáculo- envió al jefe de la ambulancia a darse cuenta oficialmente, técnicamente, de la inutilidad de todo auxilio médico, porque ni lo habría, ni era necesario ya, puesto que para tomar el castillo del *Papa de Tomochic* se había esperado la agonía de sus últimos defensores ...

CAPÍTULO XXXVII

¡VIVA LA MUERTE!

Bajo un portalito semidestechado por el incendio que lo había respetado en parte, perpendiculares a las paredes ennegrecidas, tendidos boca arriba como en el descanso de un anfiteatro, o cual si estuviesen expuestos en una morgue terrible, estaban en fila los últimos siete *tomochitecos*, retorciéndose, de rostros espectrales, contemplando con opacas miradas agónicas las lejanías del valle querido y sacro que se extendía lúgubrementemente.

Y, revuelta ante los harapos negruzcos y hediondos que la semicubrían, sanguinolento el rostro, presa del último hipo, extendidos en cruz los brazos nudosos y flacos, había una mujer, ¡una mujer que se había batido también, una mujer! Tenía las manos quemadas por la pólvora. Y negra canana vacía le cruzaba el seno desnudo ... Bajo la canana advertíase un rosario ensangrentado ...

El gran caudillo, el pontífice héroe, estaba a su flanco, inmóvil el alto cuerpo, con una pierna hecha un atroz colgajo, un brazo ligado por una ancha venda azul con manchas de sangre, descubierta la cabeza de crespa y alborotadísima la luenga melena. Y su gran barba negra rodeándole el rostro flaco de soberbia nariz de águila la hacía aparecer aún más imponente, despertando en el ánimo más pobre una inmensa admiración, una piedad profunda.

Así, sublime, en su actitud trágica de gladiador heroico, al lado de su esposa y de su hermano exánime de hambre; así le vio Miguel, cuando pasó con su tropa, frente de la triste casa.

El oficial apartó el rostro para no mirar aquel espectáculo inaudito, aquel enfilamiento de agonizantes, colección de vivos mucho más siniestra que una de muertos. Y él que se creía familiarizado ya con todos los prodigios del horror, volvió los ojos ¡para no ver más aquello!

- ¡Ay ... lástima de hombres, mi subteniente, lástima de hombres! -díjole un sargento, enternecido.

- Es verdad ... ¡Lástima! -contestó.

Allá en el campamento que se había ensanchado apenas principió el incendio del *Cuartelito*, había pleno resurgimiento de algazara, un desbordarse de entusiasmo, gritos y carcajadas.

¡El fin de *Tomochic*! ¡Ya no habría peligros ni fatigas, ya no se batirían más; todo había concluido ... ! Y ya podrían en lo de adelante contar con orgullo:

- ¡Estuve en *Tomochic*!

El sotol circulaba; y tropa, oficiales, paisanos y soldados, enardecidos por el triunfo, bebían y brindaban por sus cuerpos y sus jefes, por los nacionales de Sonora, por el general Porfirio Díaz, por el general Rangel y por el Gobierno ... y también

por los muertos y los heridos ... y por las mismas almas de los *tomoche*s ...

Miguel, sombrío, contemplaba con rostro de idiota el lejano horizonte, el cerco de montañas, el cielo ya de una limpidez purísima, manchado a trechos por el humo del incendio, la casa en plena ignición, los escombros de las casuchas casi demolidas; el río pasando impasible y reverberante a lo lejos; y en torno del oficial, el estruendoso tumulto alegre de la oficialidad, la indiada y la soldadesca festejando la victoria.

De repente sonó una detonación próxima, luego otra, y otras más ... Después cayó un silencio extraño. La barahúnda cesó. Era un silencio de muerte. Miguel se incorporó, volviendo a la realidad, como al despertar de un sueño prolongado y denso.

- ¿Qué sucede? -preguntó a un oficial que silbaba a la sordina, muy tranquilo, un aire de zarzuela alegre.

- Nada, hombre, no te asustes; ya se acabó todo, los acaban de fusilar ... ¡Una obra de misericordia ... los han rematado!

- ¿A quiénes? ...

- A quienes ha de ser, pen ... co, a los últimos *tomoche*s.

Era verdad. Así tendidos y moribundos, sangrando, humeando todavía sus carnes y sus harapos, les acababan de fusilar.

- ¡Bendito sea Dios! -murmuró una soldadera arrodillada, santiguándose.

Con el último *tomochiteco* había terminado la campaña de *Tomochic* ...

En la tarde se nombraron faginas para efectuar la incineración de los cadáveres tendidos en el valle y en las faldas de los cerros. Se les amontonaban unos sobre otros, se les arrojaban grandes leños y se prendía fuego. Y nada más repugnante y triste que el espectáculo aquél. Una densa fetidez irradiaba de tales hacinamientos, invadiendo toda la cuenca de *Tomochic* ...

Agotada la leña, los fatídicos montones continuaban ardiendo lentamente, con la propia grasa de la carne humana, dispersando los miembros, transformando los calcinados cuerpos, ennegreciendo cráneos pelados, de espantosos ojos, arrancando de las bocas y de los vientres que escurrían, flamulillas violáceas ... Olor de trapo y de cabellos quemados, de carnaza chamuscada, de nauseabunda podredumbre y de humano estiércol ... y en vez de buitres, cerdos.

Asqueado y abatido, y clavado en el alma el pensamiento de Julia, Miguel intentó esa tarde interrogar a alguna de las mujeres prisioneras que salían a llevar agua a las enfermas; pero en el momento de ir a hacerlo, se mandó formar la fuerza del Noveno para instalarla en otro sitio, allá en el límite del valle, en una casa situada al pie del monte y fuera del núcleo de escombros.

El Undécimo, Duodécimo, y Vigésimocuarto con el Estado Mayor, también cambiaron de instalación, acampando en unos amplios corrales al lado del *Cerro de la Medrano*. Cerca de éstos quedaron los nacionales de Sonora, los dragones de *Seguridad Pública* y los del piquete del Quinto Regimiento.

A cargo de éste se dejó una gran cantidad de caballos, mulas, asnos, reses y carneros, animales todos recogidos en los campos abandonados.

Las soldaderas entraron, ya sin temor, desenfrenadamente a saco en aquellas cuantas casas destruidas a sangre y a fuego, apoderándose de cuanto encontraban, exponiéndose a que algún techo se desplomara sobre ellas ... ¡Nunca como entonces estuvieron tan contentas, suelto su instinto de rapiña, libres sus uñas, abiertas sus bocas! Y las heroínas volvieron a ser harpías.

El subteniente Mercado quedó cerca del general para llevar órdenes en la noche, al nuevo alojamiento del Noveno, y como éste distaba cerca de media legua del Cuartel General, se le prestó un caballo con una montura de tropa.

Para transmitir una orden tuvo que atravesar por entre las ruinas y el incendio aún no extinto, y pasó a galope, contemplando con lúgubre voluptuosidad la dantesca escena, evitando las fatídicas hogueras en que ardían los cadáveres amontonados, sintiendo ya, a veces, en lo íntimo, una alegría feroz ante la desolación del fuego y de la muerte.

Antes de montar, habíase bebido en dos tragos un cuartillo de sotol! ... y al sentirse sobre un caballo fresco y nervioso, arrancando a golpe, creyóse transformar en águila cruzando a través de una catástrofe ...

Y en el delirio del sotol complicado con su quijotismo fantaseador y sentimental recordó a aquellos jinetes chihuahuenses cuyas lanzas llevaban cabelleras de apaches, y se convirtió en relámpago sobre un caballo de pesadilla.

Pluguiéronle las ráfagas frías que pasaron cantando a sus oídos, y arrancándose el *kepis*, cual si le hubiese contagiado la extinta locura de *Tomochic*, ebrio y dichoso, al hundir los acicates en los flancos del corcel, gritó con alarido salvaje en la soledad y en el silencio:

- ¡Hurra ... ! ¡Sotol y petróleo ... ! ¡Viva la muerte ...!

CAPÍTULO XXXVIII

LA SANTA DE CABORA

- ¡As de copas a la puerta, viejo! -dijo gravemente el capitán de nacionales.

- ¡Cáiganse muertos con mis jolas! -aulló Castorena, zapateando un escandaloso jarabe, en tanto que Mercado le tendía por entre el apretado corrillo de oficiales un fajo de pequeños billetes.

- ¡Condenada suerte la de este vate inmundo! -clamó furioso un teniente.

- ¡Si no se larga ese payaso no seguimos! -apoyó el capitán.

- ¡Fuera el poetastro ... ! ¡Échenlo!

- ¡Fuera ... ! ¡Fuera! -gritaron en coro varios oficiales, impacientes porque el subteniente histrión impedía, él solo con su barahúnda, la gravedad del juego.

Numerosos oficiales de todos los cuerpos habíanse reunido para *echar alburitos* . Y en el centro de una amplia y polvorienta caballeriza convertida en *pabellón de señores oficiales* , habíase tendido un gris sarape de tropa transformado en tapete, sobre el cual el digno capitán, sentado a la turca, entre trago y trago de sotol, ponía el monte para que se divirtieran los muchachos.

En torno del tapete los *puntos*, sentados algunos sobre toscas zaleas o sobre sus propios capotes, y otros de pie, apostaban. Miguel hallábase entre ellos, buscando una nueva sensación en el afán de las apuestas.

Castorena, un tanto borracho, correteaba, bebía, cantaba y bailaba, valiéndose de su camarada para jugar también, con una suerte feliz que exasperaba al viejo capitán cuyo charro sombrero galoneado de oro era una tinta pintoresca y exótica entre los polvorientos paños de sol de los kepis de los oficiales.

- ¡Me falta un loco! ¡Me falta un loco! -aulló de súbito el poetastro, cesando de redoblar los saltos de su jarabe y recontando sus billetes-. ¿No te lo cogiste tú, viejo filósofo ... ? ¡Me falta un loco señores ... !

- ¿Qué más loco que tú ... ?

- ¡Fuera con ese *rejijo de la tristeza* ... !

- Rey y sota ... Pongan claro su dinero, señores ... Favor de echarse a retaguardia ... el dinero habla ...

- ¡La sota, la sotita linda! -y Castorena entusiasmado improvisó:

El sotol se me alborota
En medio de estos jarabes,
Señores, pongo a la sota
El tesoro de Cruz Chávez.

Silencio repentino. Nadie rio. El profanado nombre del triste héroe de *Tomochic* cayó en aquella algarabía, produciendo no las carcajadas

o las bravatas de los jóvenes oficiales, como cuando brindara el mismo chabacano versero por la destrucción del pueblo, sino una veneración espontánea y honda ante la memoria de aquel infortunado paladín ...

Miguel, colérico, levantóse sintiendo hacia Castorena otra vez la antigua repugnancia. Lo volvía a ver raquíptico, vulgar, indigno payaso cuyo rostro no era ya sino una eterna máscara grotesca ... ¡Apenas podía comprender cómo tal granuja había podido ser transformado en el efímero instante de su muerte, en un héroe!

- ¡Es una cobardía burlarse así de un valiente muerto! -le escupió al rostro ...

- Hermano, tienes razón, pero tú sabes que estoy preocupadísimo con tantas faginas como están mandando para buscar los tesoros de *Tomochic*, como si esto fuera una Tenochtitlán.

Miguel iba a alejarse, disgustado en su admiración al heroísmo de la extinta raza *tomochiteca*, cuando Castorena, que empezaba a querer a aquel pobre diablo de oficial tristón y pensativo, le retuvo, diciéndole:

- ¿Quieres un trago de coñac, legítimo coñac del que trajeron para el general?

- ¡Eh ... ! ¿Coñac? -y Miguel cedió al punto, vencido por su vicio.

Fuéronse a un rincón donde Castorena tenía oculto un misterioso frasco, del que bebieron alternativamente.

- ¡Hombre ... ! ¡De veras, es coñac!

- ¡Ya lo creo ... ! Mejor no le hemos tomado ni en México ... Mira Mercado, en serio te lo digo, he conseguido este delicioso veneno con un tesoro de *Tomochic* que me encontré esta mañana que fui de fagina a la iglesia.

- ¿Un tesoro de *Tomochic*?

- Sí ¡palabra ... ! ¡la *Santa de Cabora* ... ! No viva ... Eso hubiera sido mejor, sino en imagen ... Un *pima* que fue a Guerrero y vino de escolta del convoy me ofreció el coñac para cambiarlo por la santa de su tierra ... Los dos hicimos buen negocio.

Miguel, completamente presa sumisa del hombre a quien tanto despreciara un momento antes, había quedado pensativo al escuchar el nombre de la prestigiada mujer cuyo solo recuerdo sostuviera la hosca obstinación de una fuerte raza, digna de vivir y de ser tronco de mexicanos pueblos robustos.

- ¡La *Santa de Cabora* ... ! ¿Era una alucinada ... ? -se preguntó-. ¿Fue también una ilusa aquella criatura toda nervios, vibrante y dulce, dulce y tenaz, que llevaba en sus ojos una llama turbadora, ya estimulante y fiera como una ración de aguardiente y pólvora, ya benigna y plácida y adormecedora como un humo de opio ... ?

¡La *Santa de Cabora* ... ! ¿Habían inducido aquéllos sus ojos elocuentes y fúlgidos -cuya radiación circundaba su rostro con un nimbo que encendía entusiasmos milagrosos en los pobres peregrinos que iban a ella desde lejanas serranías- habían sugestionado a los pueblos montañoses de Sonora, de Sinaloa y de Chihuahua para que centellasen aquellas rebeliones y aquellas turbulencias que sólo podían ser aplacadas ahogándolas en llamas y sangre ... ?

¿No era acaso un instrumento finísimo, un cristal, manejado en la sombra por ocultas manos, para que a través de sus facetas y de sus aristas los hombres incultos y fuertes, los serranos ignaros y heroicos, perpetuasen en los baluartes inexpugnables de sus montes una guerra horrenda de mexicanos contra mexicanos, en el santo nombre de Dios ... ?

¡La *Santa de Cabora* ... !

¿Fue aquella Teresita Urrea, hija humilde del norte de Sinaloa, crecida y nutrida en Sonora, en el umbral de un teatro de sombríos estragos, escuchando el grito de guerra y odio del yaqui rebelde, la que fulminado había el alma ingenua y terrible de *Tomochic* con el delirio de un misticismo ferozmente armado de carabinas *Winchester*, con una locura acorazada con el lema de *En el nombre del Gran Poder de Dios?* ... ¿Qué papel había desempeñado aquella pobre muchacha histérica cuya epilepsia pacífica sugería tales embriagueces bélicas en los aislados hombres fieras en las montañas, qué juego

inconsciente desarrolló en el misterio primitivo de la
épica rebelión de *Tomochic* ... ?

¡Teresita Urrea, la *Santa de Cabora* ... !

¿Qué menguados espíritus habían hecho de la
dulce niña enferma un volcán en erupción de rayos,
un manantial de sangre, hiel, lágrimas y veneno, una
bandera de odio y matanza, un fatídico estandarte
rojo signado con cruz negra ... ?

¡Oh! ¿Quiénes eran aquellos indignos mexicanos,
que peores que los antiguos bandidos de tantos
pronunciamientos provocaban por interés personal la
guerra civil, sin el valor siquiera de combatir en ella,
sin tener en su crimen el atenuante de la bravura de
saber morir ... ?

Tal pensaba Miguel, ante el cómico asombro de
Castorena que le juzgaba loco ...

CAPÍTULO XXXIX

LUEGO, ¡JULIA HABÍA MUERTO!

El subteniente Mercado, que se encontraba de *imaginaria* listo para entrar de *guardia en prevención* a las seis de la tarde, salió al patio donde debía *pasar revista* a los hombres nombrados para aquel servicio.

- ¡Esos de imaginaria a formar! -gritó con áspera voz, que fue repetida por un sargento, segundo comandante de la guardia. Después de pasada la reglamentaria revista, Miguel salió al portón ...

Era un espléndido día aquel treinta de octubre. Había helado fuertemente en la madrugada, pero el sol apareció tras las montañas en un cielo de azul purísimo. No obstante, continuaba sobre el campo el sombrío espectáculo del desastre, y los mismos contornos tristes de las casas arruinadas y de la iglesia en escombros, ardiendo silenciosamente, abandonada, vomitando negras humaredas, tornaron a angustiar al oficial predisponiéndole más que nunca a la tristeza.

Esa mañana misma, después de almorzar unos trozos de carne de res con patatas cocidas y un poco de café caliente, comprado carísimo a las viejas soldaderas, había ido al mando de veinte hombres a hacer algunas excavaciones en la iglesia donde creíase encontrar el tesoro de Cruz.

Sólo cadáveres horriblemente aplastados bajo las piedras, campanillas viejas, papeles chamuscados, retratos de la *Santa de Cabora*, y trozos de metal se recogieron.

Allá en el *Cuartelito*, otra fagina removía también los escombros, sacando cadáveres de hombres, mujeres y niños, carabinas, fusiles, bayonetas, pistolas y un prodigioso número de cartuchos quemados. Se encontró también un kepí de teniente coronel. Sin duda el del teniente coronel Ramírez, prisionero de *Tomochic* y a quien Cruz Chávez puso orgullosamente en libertad, en un arranque magnífico.

Se pudo reconocer sobre las paredes de las destechadas casas las huellas del plomo de los proyectiles de las tropas y los múltiples boquetes abiertos por el cañoncito, pudiéndose comprender perfectamente la inutilidad de sus descargas sobre aquellos durísimos adobes.

Dado el total de granadas y botes de metralla lanzados, sólo un pequeñísimo número había producido cierto efecto material sobre el pueblo. Efecto moral, ninguno, o tal vez negativo ... Cuentan que a Cruz Chávez le llamaba *el anteojo del Diablo* y Pedro Chaparro lo designaba con una frase pintoresca y obscena.

¡Ah! lo más terrible, lo que causaba dolorísima impresión en el ánimo, eran los destrozos y estragos del incendio que sólo dos casas habían respetado, *de orden superior*.

La lenta combustión de los cadáveres continuaba en todos sus detalles siniestros. El viento llevaba las cenizas y avivaba las llamas de las fúnebres hogueras, en torno de las que vagaban, gruñendo sordamente, cerdos voraces que se cebaban en la humana carnaza aún intacta por el fuego.

Tanta repugnancia causaba aquel espectáculo, que las viejas soldaderas ya no guisaban con manteca de cerdo, ni comían su carne, porque era nutrida con carne humana.

Y recordando el subteniente el relato del sargento oaxaqueño, tornaba a presenciar los combates de cerdos y perros en torno de los cadáveres *tomoches*. Vio a los pobres perros, flacos, mohínos y azorados, vagando de casa en casa, aullando dolorosamente y huyendo despavoridos en cuanto veían acercárseles los soldados, que les arrojaban carne, la cual desdeñaban, no obstante el hambre que los devoraba.

La casa que ocupaba la fuerza del Noveno Batallón era la del antiguo presidente municipal, un tal Reyes Domínguez, fuera del núcleo del caserío. Se la había respetado porque aquél fue uno de los pocos hijos de *Tomochic* que no siguieron la causa de Cruz Chávez, de quien era cuñado, pues estaba casado con una hermana suya.

Reyes hacía mucho tiempo que se encontraba cerca de Ciudad Guerrero con su familia y un viejo francés que había sido maestro de escuela en

Tomochic y que había huido también de aquel valle de frenética locura.

En cuanto Domínguez supo el desastre, muy favorable para él, se trasladó en día y medio a su casa, donde, por supuesto, se encontró sin su ganado y sin los granos que tenía almacenados. El general le prometió amplias compensaciones, ya que por otra parte los informes de aquel excepcional *tomoche* habían sido muy útiles.

En el patio de su casa la tropa descansaba, tranquila ya, sin algaraza estruendosa, ni duelo, cual si estuviese en un cuartel de México, charlando y comentando los últimos acontecimientos al lado de sus mujeres. Muchos gozaban de su luna de miel habiendo tomado como compañeras a las viudas del Undécimo Batallón ... ¡Ni peores ni mejores que las del Noveno!

A las cinco de la tarde volvió el campamento a conmoverse con el espectáculo de la procesión de las mujeres y niños que fueron trasladados a la casa de Reyes Domínguez. Al saber que el tristísimo rebaño iba a ser encerrado en la casa que ocupaba el Noveno, Miguel palpitó de alegría ... ¡Iba a saber de su Julia, iba a verla, tal vez iba a besarla, acaso con el impulso más puro, con el afán más casto, con el alma, no con los labios, como a una infeliz hermana!

Y se apostó en el umbral mismo del vetusto portón para ser rozado por el desfile de las *prisioneras*. Contuvo su emoción y miró. Las pobres arrastrábanse con igual tristeza que antes, pero más erguidas y más limpias. ¡Al fin habían comido, se

habían lavado y vestido ... ! Las mujeres heridas habían sido curadas.

El general Rangel pudo mostrarse magnánimo; el veterano enternecido que no tuvo rubor en llorar ante el infortunio de aquellas víctimas inocentes de la locura de los suyos, el general, implacable con los hombres de *Tomochic* -como era su deber militar-, mostrábase generoso y solícito con las pobres huérfanas y viudas supervivientes -cual era su deber humano.

Miguel se lo agradeció en lo íntimo de su alma altiva, en nombre de su hermana Julia, y dentro de sí su pensamiento correspondió a aquel: ¡Bien por el Noveno Batallón! con un patético ¡Bien por el general Rangel!

... Y a medida que iban pasando las silenciosas cautivas un frío de dolor le bañaba el cuerpo ... ¡No, Julia no pasaba ... !

Se dio exacta cuenta de todos los rostros, de todos los gestos. Ya marchaban con las cabezas descubiertas. ¡No, no reconocía a Julia! Luego: ¡había muerto!

... Cerraba la marcha una improvisada camilla conducida por dos *pimas* ...

- ¿Quién va ahí? -preguntó.

- Una vieja que se está muriendo -le contestaron.

Luego ¡Julia había muerto!

CAPÍTULO XL

¡CHAPULTEPEC, CHAPULTEPEC!

A las seis de la tarde Miguel relevó el servicio de *guardia en prevención* en la casa de Reyes Domínguez, cuartel del Noveno y asilo y prisión de las familias supervivientes de *Tomochic*.

Una hora antes había llegado de ciudad Concepción Guerrero, con un convoy militar, la correspondencia destinada a los oficiales, ya que concluida la campaña restablecíase la vida normal. Un ayudante entregó al subteniente de guardia una carta ... ¿Quién podría escribirle a él que no tenía amigos, ni deudos, ni novia? ...

Ya había obscurecido totalmente.

Tuvo que aproximarse a la luz de un exiguo farol encaramado en lo alto de un recio pedruzco en el umbral del zaguán ... Leyó el sobre ...

- ¡Mamá! ... ¡Pobre mamá! -dijo casi en voz alta, enternecido de pronto, desarmado en su hosco pesimismo, como echándose a sí propio un duro reproche ... ¡Aún había quien pensaba en él ... quien no le abandonaba, quien no le dejaba solo ... ! Y quitándose el kepis para poder acercar más su rostro a la sórdida luz amarillenta del farol, rompió la cubierta y leyó:

Octubre 10 de 1892

Hijo querido:

¡Ojalá que el cambio de guarnición te alegre un poco y te cures de tus enfermedades! Dicen que Chihuahua tiene un temperamento muy sano ... ¿Te has aliviado ... ? ¿Estás mejor ... ?

Pensaba no escribirte para no amargar más tu vida, pero es preciso que te comunique que soy muy desgraciada y que no me pertezco; que Leandro, mi esposo, arrepentido, ha vuelto y me lleva lejos de México, al extranjero ¡quién sabe a dónde! Sé bueno y perdona a tu madre que te quiere con toda su alma ... Ya te escribiré.

Piensa en Dios, único consuelo de los que sufren ... Ora y ten fe.

Tu madre

- ¡También ella ... Me deja, se va con un hombre que no es mi padre, con un mal hombre!

Y el infeliz Miguel, presa de un horrible vértigo, experimentó un ansia infinita, se le oprimió el pecho, faltó le aire, nubláronse los ojos y sollozó.

Sollozó en un rincón del portal, tras del centinela del *salvaguardia*, anonadado por aquel golpe terrible. ¡Ya no había nada en el mundo! Todo era falso en la vida ... la realidad era horrible ... su misma madre le abandonaba voluntariamente ... ¡dejándole solo ... !

¡Solo ... ! ¡Qué siniestra palabra! Ella resumía todo el infortunio de su vida desventurada, encerraba la amargura, el desencanto, el tedio infinito a que se vería perpetuamente condenado!

Y aquella alma débil y excitable, aquel joven nerviosísimo, aquel trozo de vibrante cuerda, arrebatado y conducido por extraña ráfaga casual entre breñales y rocas, hasta el cráter de un volcán, hasta el vértice del horror trágico, sacudido por el deber, por el odio, por el vicio, por la guerra, por el amor y por el dolor; aquella alma débil de poeta y de filósofo triste sintió una sumersión tan honda en el fango de la vida, experimentó tal amargura, tal náusea de las cosas humanas, que pronunció por primera vez una antigua frase sombría: ¡Más me valiera no haber nacido! Y luego agregó en lúgubre monólogo ...

- Nada es cierto ... Ni la poesía de la guerra, ni la poesía del heroísmo, ni la poesía de la maternidad ... ! ¡Solo ... ! ¡Solo ... ! ¡Maldito, maldito sea yo! ...

En plena furia de desesperación tuvo la rara lucidez de comprender que era presa de un demonio de epilepsia y locura ... Requirió su carabina, que había dejado apoyada contra la roca en que asentaba el farol, y se puso mecánicamente el kepis; palpó, luego, los cartuchos de su canana ... y después, sin pensamiento, y mirando el entrar y salir de alegres oficiales, permaneció inmóvil, perdiendo toda noción de tiempo, toda conciencia.

- Con permiso de Ud., mi subteniente, se relevan los centinelas -díjole el *cabo de cuarto*.

Despertó. Tornó a sentir una atroz fatiga y amarga hiel, resignándose por hábito a las asperezas que vienen de arriba, *de orden superior*, el educado

en la férrea disciplina del Colegio Militar; contestó enérgicamente:

- Bueno. Y que ese centinela de las prisioneras no deje acercarse ni a los oficiales ... ¡eh ... !

Y dejando el *cuerpo de guardia*, salió al campo, donde ante la puerta, en torno de una plácida fogata, charlaba un corrillo de oficiales con el único hombre *tomochiteco* vivo, con el famoso Reyes Domínguez, cuñado de Cruz Chávez. Contaba detalles atroces de la locura que había contagiado a su tierra y a los suyos, de aquella locura que parecía haberse apoderado hasta de los perros, hasta de las piedras de *Tomochic* ...

Y en el revuelto raudal de la charla, Miguel oía decir lo ya sabido, que era horrible, y adivinaba lo que todos callaban, que era peor ...

Un núcleo de hombres demasiado fuertes y demasiado ignorantes aunque inteligentes; falta de silabarios y sobra de *imágenes*; mucho orgullo en estas almas místicas, extrañamente místicas, que se desbordaron, y rompiendo hasta el cisma, entregáronse al delirio; la *Santa de Cabora* y los que le soplaban como a una funesta pitonisa; las demasías de las autoridades mínimas, el lúgubre caciquismo, los desmanes de la soldadesca, misteriosos atizamientos políticos, causas grandes por dentro y pequeñas chispas por fuera ...

Y Miguel reconocía otra vez que la Suprema Autoridad Nacional había cumplido con su deber

sofocando de golpe, a sangre y fuego, aquella rebelión, por la férrea mano del general Díaz.

El grito de guerra de *Tomochic*, orgulloso y místico, sostenido por una audacia inaudita y por unas magníficas carabinas *Winchester*, diabólicamente manejadas en el fondo de la gran sierra, tenía que ser ahogado como le fue: ¡sin misericordia!

... Por un momento el subteniente intentó imaginarse lo que hubiera sido en Chihuahua, en Sonora, en la República entera, el contagio de la locura de *Tomochic* por toda la *Sierra Madre*, a Norte y Sur ... ¡cuánta sangre inútil, entonces, qué catástrofe nacional aprovechada por las ambiciones, por las sordideces, por los bandidos hipócritas, por los bandidos que habían trocado el sombrero *chilapeño* de los *pronunciamientos* en los caminos sospechosos, por el *clac* de los banquetes a los próceres! ...

Todo cuanto contemplara Miguel había sido inexorablemente necesario. Y si los *tomoches* habían sido heroicos, y si mostráronse dignos de mejor destino, no lo fueron menos los hombres de la tropa, ni los oficiales héroes ...

Los errores tácticos de detalle, las pequeñas miserias de la antigua vida militar mexicana, los tristes vicios y las tristes rutinas, eran síntomas de un mal que radicaba muy dentro entonces en lo íntimo del Ejército, manifestaciones de un dolencia inveterada, que ya cedería ...

- Ya, ya se iría para siempre el oficial *a lo chinaca* de la peor especie, de voz aguardentosa, pronto a la bravata y a la rapiña, orgulloso de sus vicios y de su ignorancia, fiándolo todo más a la cobardía de los otros que a su propio valor, cuando alguno tenía; ya, ya se iría para siempre el oficialero que se burlaba de la táctica y de las matemáticas, y de los uniformes limpios de los alumnos del Colegio de Chapultepec - pensaba Miguel.

¡Chapultepec ... ! Vibró en el alma desolada del meditabundo oficial el nombre azteca como un canto épico, como un alegre toque de diana que le despertara a la lucha, al deber, a la vida ...

¡Chapultepec, *el Plantel* inolvidable y glorioso ... ! Evocó en un relámpago la leyenda mexicana, el triunfante Netzahualcoyotl, las pompas de Moctezuma ... ¡Chapultepec, Chapultepec, el heroísmo de los niños expirando épicamente en 1847, iluminando las tinieblas de México con una aurora de sangre!

Y ante la visión del Colegio Militar de Chapultepec, apoyándose en el alcázar presidencial del Dominador, Miguel una vez más tuvo fe en la vida, en la redención, en la victoria ... en el porvenir de su patria ... ¡y hasta en el suyo propio, ya que él era también un hijo de Chapultepec!

CAPÍTULO XLI

¡TENÍA QUE SER!

El oficial de guardia, apartándose del corrillo que rodeaba al *tomochiteco* Reyes, vuelto de nuevo a la realidad, apoyado en su carabina, contempló las lejanías del valle a la luz de la luna, que parecía llover tenues y transparentes cenizas glaciales sobre los campos yermos ...

Miró, no ya los sangrientos manchones luminosos entre las negras humaredas de los incendios, sino un pululamiento de fijas lucecillas lívidas, cual si fuesen las dispersas fogatas de un vivac de espectros ...

Eran aquellas livideces luminosas las hogueras en que ardían los montones de cadáveres, en el silencio, en la paz lúgubre, a la luz de la luna, en la desolación tristísima del valle de *Tomochic*.

En ese momento Reyes, con voz monótona, contaba la vida laboriosa de aquellos que supieron darse heroica muerte.

- Sí, jefes -decía Reyes-, eran muy honrados, muy hombres, muy leales. La palabra del más pobrecito de ellos, del último *mozo*, era palabra de rey ...

Miguel sonrió al escuchar este elogio pueril, sabiendo lo que ha valido siempre la palabra de tantos hombres de estado, presidentes, dictadores, o reyes ...

- Eran muy trabajadores. No querían a los borrachos ni a los flojos ... Al bandido de Bernardo Carranza lo echaron de aquí, y sólo por su condenado talento y por saber de todo lo utilizó Cruz ...

Tornó a sonreír Miguel, pensando que no era éste el primer noble caudillo mexicano que creyendo defender una santa causa utilizaba a los traidores y a los bandidos, pagándoles regiamente, mucho más regiamente que a los leales y fieles ...

- ¡Ah! y cómo eran limpios ¡ah! ¡cómo eran limpios, señores, los pobrecitos ... ! Nadie andaba descalzo, nadie iba, ni en tiempo de calor, sólo con calzoncillos. Eso sí, no se pelaban ni rasuraban ... ¡Era pecado ... ! Y los tenían ustedes con tamañas melenas y muy barbudos, y como casi todos estaban llenos de vello, parecían osos vestidos de cristianos ... y ahora con su vocerrón, su altanería, su mirar siempre a los ojos, sin bajar nunca los suyos; y, agrégueles una fuerza terrible, una agilidad de demonio, un tino para poner la bala donde ponían la intención y unas cananas repletas de cartuchos y unas carabinas *Winchester* de repetición, de a doce y dieciocho, que hacían ...

- Ya, ya. Ya de eso sabemos nosotros mejor que usted, amigo -interrumpióle Castorena con tal ironía trágica que heló a los circunstantes. Pasó por sus almas la visión horrible de los últimos combates, la visión de los camaradas muertos por aquellas carabinas *Winchester*, ante las cuales parecían viejos trabucos ridículos los fusiles *Remington* de la tropa.

- ¿Y qué tales mujeres, eh? -preguntó el teniente Soberanes, un intrépido oficial galante.

- ¡Ah ... ! ¡Como para la gente decente ... ! Ojazos negros, medio tristes, pelo largo y fino, pechos duros ... Muy obedientes, muy calladas, muy trabajadorcitas, muy buenas, muy lindas ...

En pleno corazón Miguel recibió el golpe. No pudo contenerse, él, que era incapaz de fingir ni de callar cuando algo intenso sentía, y exclamó:

- ¡Es cierto, palabra de honor ... ! ¡Muy lindas y muy buenas ... !

- ¡Sí ... ! ¡muy lindas!

Vibró tal sinceridad y tal emoción en las frases del subteniente que muchos rostros sorprendidos y curiosos le miraron.

- ¡Hipocritón ... ! ¡*Mosquita muerta* ... ! ¿Dónde tienes a tu paloma *tomoche*? -y Castorena, al decir esto, descargó sobre el hombro de Miguel una hercúlea manotada cordial.

- Y ¿qué hará el Gobierno con las pobres huérfanas y viudas? -preguntó a Reyes un subteniente.

- Van a ser entregadas a las principales familias de Chihuahua, para que puedan aprovecharse para bien del Estado, como semilleros de valientes útiles ...

- ¡Eran dignas mujeres de tales hombres ... ! No, no se me olvidará nunca en mi vida cómo supieron

morir los últimos *tomoche* -dijo un teniente del Quinto Regimiento ... Ya saben ustedes ... yo estuve allí, yo vi aquello ... ¡oh! ¡qué cosa! ¡qué horror ... ! Figúrense que luego que los pasaron del portal aquel donde los habían tendido, al llano de por allá -y señaló con elocuente gesto un punto distante-, los dejamos tendidos boca arriba, para fusilarlos así ...

- ¡Qué barbaridad ... !

- ¿Cómo qué barbaridad? -interrumpió el oficial de guardia ... Si los habían de fusilar al fin y al cabo ¿para qué esperar a que se curaran, o a encapillarlos aparatosamente prolongando su agonía ... ? Así, así estuvo mejor ... ¡Sí señores, fue un acto de humanidad nuestra haberlos rematado así!

- Tiene razón el compañero -agregó el teniente narrador-, sólo les dimos espacio para que hicieran sus últimos encargos, ya habían tenido tiempo de sobra para rezar y Cruz esperaba entrar derechito al cielo. Nos rogó que lo colocáramos en medio de su hermano y de su mujer ...

- Cuestión de etiqueta pontifical ¡qué diablo! - anotó Castorena.

- Así lo hicimos. Un *tomoche*, que apenas podía hablar, se *volteó*, retorciéndose, al lugar en que la fagina había puesto al *Papa*, diciendo:

- Cruz, Cruz ... polvitos ...

- Déle a Nicolás -dijo Cruz a un soldado del Duodécimo-. Éste le llevó un escapulario que

contenía unos polvos de la *Santa de Cabora*, polvos con los cuales se podía resucitar.

Cerca de los moribundos estaba yo con una alférez de mi regimiento, y detrás un pelotón de soldados con las armas cargadas.

¡Hínquense! -le dijeron al que estaba en un extremo, mientras un soldado, acercándose, alzó su carabina; muy tembloroso.

¡No puedo ...! -Iba a incorporarse, pero el soldado, a boca de jarro, le disparó, haciéndole pedazos el cráneo, chamuscándole los cabellos. El cuerpo rebotó cayendo boca abajo.

En ese momento otro soldado hizo fuego sobre Cruz, el que sí se pudo arrodillar. Cayó de espaldas con el pecho atravesado, quedando con la boca abierta y los ojos mirando al cielo.

Al último que fusilaron le dieron dos balazos, porque al soldado le temblaba tanto la mano, que a un paso, apuntándole al pecho, le hirió en el estómago; el *tomoche*, recostado, dio un salto y gritó:

¡Viva el *Poder de Dios*! -Miramos cómo el soldado volvió a cargar su carabina, le apuntó de nuevo, y la disparó a quemarropa, chamuscándole la barba y metiéndole la bala en un ojo, salpicándose de sesos ...

¡Así había muerto el último *tomoche* de los ciento trece que resistieron, durante nueve días de triste

heroísmo, a mil doscientos hombres y a un moderno cañón!

¡Era preciso acabar con ellos ... ! ¡No podía ser de otro modo, no podía ser!

Y todos los oficiales del corrillo, generosos cual jóvenes, disciplinados como hijos del Colegio Militar, al estremecerse de piedad y de admiración por aquel prodigio épico, aprobaron con un ademán unánime la frase del oficial de guardia, quien apoyado en su carabina, ausente ya su pensamiento, contemplaba la silenciosa tristeza de la luna sobre aquel campo santo ...

CAPÍTULO XLII

¡SOLO!

Cuando el último oficial de los que afuera charlaban hubo entrado al fin al improvisado cuartel, el subteniente de guardia ordenó al *cabo de cuarto* que atrancase el portón. Fue después a sentarse en un apolillado taburete, ante un hermoso fuego cuyas chisporroteantes llamas encendían relámpagos rojizos en los cañones de los fusiles *arrimados* contra el sarnoso muro.

Los soldados de *descanso* en el Cuerpo de Guardia roncaban al ras del suelo, hechos ovillo bajo sus sarapes, en torno de la voluptuosa fogata.

Y Miguel, calada la capucha, extendidos piernas y brazos hacia las llamas, adolorido y resignado bajo sus pensamientos y bajo sus desgracias, fue adormeciéndose, adormeciéndose ...

Apenas si del lejano galerón ocupado por las desgraciadas familias cautivas surgía, como siempre, el vago rumor de los sollozos de los niños y las voces débiles de los viejos que rezaban por las almas de los muertos ...

En tanto, allá, en el patio, al aire libre, en la sombra, dormía la tropa con sus mujeres, al lado de sus maletas y al pie de los pabellones de armas correctamente alineados. Y en los rincones una que otra hoguera moribunda alzaba melancólicamente

sus últimas llamas del montón de carbones y cenizas, avivadas por las frías ráfagas que soplaban del norte.

Y cada cinco minutos los centinelas *corrían la palabra*, ya francamente, puesto que ya no existía el enemigo, rompiendo sus gritos bruscos el hondo silencio:

- ¡Uno, alerta!

- ¡Dos alerta!

- ¡Tres, aaaleertaaa ... !

De pronto, la voz del centinela *apostado* en el fondo del patio, clamó:

- ¡Cabo de cuarto!

- ¿Qué ocurre ... ? -contestó éste a grito abierto, incorporándose. Y, refunfuñando, se dirigió al sitio para volver momentos después, diciendo a Miguel:

- Mi subteniente, una de las prisioneras, que esta muy mala, quiere agua porque se les acabó, dicen que se está muriendo.

- A ver, vaya usted a conseguirla con alguna vieja, y llévela inmediatamente. Sargento, le encargo mucho cuidado, voy a ver qué sucede.

El oficial atravesó el patio, tropezando con los soldados tendidos en el suelo, hasta llegar al aposento de las infelices *prisioneras*. Detúvose en el umbral: Una linterna de vidrios opacos y sucios, al nivel del suelo, alumbraba con escaso y amarillo

fulgor una estancia anchurosa y chaparra cuyas paredes se adivinaban en la penumbra lejana.

Y difundía la mísera luz un ambiente espectral donde columbrábanse infinidad de seres yacentes que proyectaban sombras colosales y fantásticas allá en el fondo negro de la estancia impregnada de un denso hedor de humana podredumbre ...

Revueltos lienzos indicaban a algunas mujeres dormidas. Había otras sentadas en angustiosa inmovilidad, en actitud de *ánimas* sufriendo resignadas los martirios del Purgatorio. Purgatorio y limbo.

La voz de un niño que se quejaba dolorosamente, con tenaz y agudísimo quejido, surgía de un rincón, en tanto que un roncar estertoroso se alzaba del centro de la galera donde el anciano jorobado, de rodillas ante un vetusto arcón, con los brazos cruzados sobre la tapa y la frente sobre ellos, se había quedado dormido, probablemente a mitad de su rezo.

Más allá, una mujer, en pie, hablaba, dirigiéndose a otra que tendida en el suelo parecía agitarse como una gran larva.

Miguel creyó reconocer aquella voz. Se aproximó un poco, y avanzando de puntillas, y muy quedo, dijo sin llegar aún ante el grupo:

- Ya van a traer el agua. ¿Quién se está muriendo?

- Sí ... ¡Sí ... agua, tantita agua, señor, señor! - contestó una voz débil y dulce, con tono suplicante y quejumbroso.

El joven, fulminado, detúvose, abriendo los ojos en la penumbra. Experimentó tal sacudimiento nervioso que los cabellos se le erizaron, conteniéndosele la respiración ... y este pensamiento llenó solo su cerebro: ¡Julia!

¡Julia! Un gran frío en el cráneo, apretósele el corazón, le faltó aire ... ¡Julia ... ! Sintió pavora, dolor, desesperación. ¡Encontraba a su Julia: viva, pero moribunda! ...

Al fin pudo acercarse al grupo. La mujer de pie era Mariana, la mujer tendida era Julia ...

- ¿Eres tú? -murmuró muy quedo, inclinándose y tratando de ver el rostro de la desventurada, que se quejaba débilmente y que de súbito se incorporó, apartando con un movimiento nervioso el viejo cobertor que la envolvía ...

Entonces vio una huesosa faz lívida que le miró tenazmente con ojos de lumbre sombría, hundidos bajo las cejas, en anchas y negras cuencas. Había dejado descubiertos sus senos pobres que asomaban entre las desgarraduras de una camisa ensangrentada.

- ¡No, ésta no es Julia, ésta no es Julia! -pero ella tornó a decir:

- Señor, me muero, tengo sed ... ¡Agua!

- Sí ... ¡Julia! -y no pudo Miguel poner en sus labios otra palabra que el nombre de su extraña amada ...

En aquel momento entró el cabo con un jarro de agua, que él le arrebató bruscamente. Y, arrodillándose en el suelo al lado de la enferma, con el acento meloso con que se habla a un niño enfermito que se resiste a tomar un brebaje amargo, le dijo:

- Muy poquita, Julia ... mucha te hace daño ... -y luego que la pobre volvió a recostarse penosamente boca arriba, con los ojos abiertos, jadeante y escupiendo una saliva negra, Miguel preguntó a Mariana, que continuaba de pie, soñolienta y mustia:

- Pero ¿qué le ha pasado? ¿Qué tiene? ¿Está herida ... ?

- Sí, le dieron un balazo en el pecho -contestó la vieja.

- Cállese, Mariana, no se lo diga, no, no quiero -y un violento acceso de tos le cortó la palabra. Después, una grave postración la privó, haciéndole bajar los párpados. Respiraba fatigosamente, extendiendo los brazos sobre la manta o ante su rostro, como para apartar funestas visiones.

- Sí, señor -agregó al fin la anciana, con voz lenta y cascada que sonaba lúgubrementemente en el silencio de la fría galera-, sí, señor, Cruz le dio su carabina para que le ayudara, y el otro día que la había puesto detrás de un agujero para tirar para allá -y señaló

con un movimiento de cabeza un punto vago de la habitación-, entró una bala, y ya ve, Dios se la va a llevar.

- ¡No quiero morir ... ! ¡soy muy mala, señor! ¡me voy al infierno ... ! ¡no quiero ... ! ¡no quiero ... ! ¡perdón! -gimió la moribunda ...

Principiaba el delirio.

- ¡Julia ... Julia ... por Dios ... acuéstate ... ! ¿no me conoces? ¿Te acuerdas, te acuerdas, alma mía? -y la voz del oficial se empapó en lágrimas ...

Ella se había incorporado, y, casi desnuda, trató de ponerse en pie, como para huir de él; pero Miguel la retuvo dulcemente, tocando su carne, que ardía al calor de intensa fiebre. Y entonces Julia, mirándole con ojos extraviados, rio con risa nerviosa de histérica enamorada.

- Sí ... contigo, sí ... pero no más que contigo, con usté, mi vida ... ¡oh! pero que se vaya ... Don Bernardo ... ¡Que se vaya a *Tomochic*! ¿Oyen ... ? cuáato balazo ... ¿cuál es mi carabina ... ? ¡que mueran ... ! ¡Préstame tu canana, Pedro ... ! ¡Viva el *poder de Dios* ... ! ¡Mueran los *pelones*!

Miguel, arrodillado a su flanco, trató de cubrirle el pecho, pero ella volvió a arrojar el extremo del cobertor, y después de un instante de calma, continuó balbuceando frases incoherentes, extendiendo los brazos, riendo y sollozando a un tiempo mismo ...

Había pasado el oficial su brazo tras la espalda de la agonizante, y así la sostenía, silencioso, escuchando, consternado, aquel monólogo siniestro.

De pronto, calló Julia y contemplándole fijamente, sonrió de nuevo en éxtasis lánguido; acercó su cabeza a la suya, extendiendo a los suyos sus labios en demanda de un ósculo; pero Miguel no la besó en la boca sino en la frente, con castísimo beso.

- ¡Contigo ... ! ¡siempre contigo ... ! -clamó ella.

Permaneció aletargada un momento; pero abriendo los ojos, con una voz ronca y un timbre nuevo y horrible, impregnada de súbita cólera, gritó:

- ¡Viva el *Gran Poder de Dios!* ...

Una nueva ráfaga fría de pavor bañó el cráneo del oficial, que aflojó el brazo que sostenía a Julia desvanecida, quien cayó hacia atrás, golpeando con ruido seco su cabeza contra la piedra que le servía de almohada.

Una violenta convulsión; y abrió la boca; y abrió, aún más, los ojos. Expiró.

Cuando Miguel, con voz terrible, con su voz de combate, ordenó al cabo de cuarto que abriese el portón del cuerpo de guardia, aquél obedeció al momento, pero con la firme convicción de que el subteniente estaba borracho.

Salió al campo. Eran las cuatro: plena noche. La luna había desaparecido ya, y las constelaciones cintilaban, espléndidas; la masa enorme de los

montes próximos se esfumaba con negro relieve en la gran penumbra de donde surgían, esparcidas -manchas luminosas y amarillentas-, las fúnebres hogueras ... Los cadáveres ardían silenciosos, y fríos soplos de la sierra barrían sus cenizas difundiendo en el ambiente hálitos de podredumbre ... Los perros callaban. Hondísimo silencio.

- ¡Ah! Señor, ¡ah! Dios mío ... ¡solo ... ! ¡solo ... ! ¿adónde voy? ¿adónde iré ... ? -sollozó cuando las ráfagas glaciales de la madrugada batieron su frente descubierta, el kepis a media cabeza ... y luego, sentándose en una piedra, cruzando los brazos sobre el cañón de la carabina descansada contra la dura tierra de *Tomochic*, y sobre los brazos apoyando la frente, pudo llorar con franco llanto, por fin, después de tantos años violentos y amargos, de borrasca y de melancolía, llorar como nunca había llorado: con lágrimas continuas, consoladoras y dulces ...

Y cuando levantó la cabeza y se irguió, otra vez resignado y fuerte, sus ojos húmedos, sus tristes ojos contemplaron: abajo, las tinieblas maculadas por los fulgores fatídicos de los cadáveres ardiendo en la soledad profunda del valle ... y arriba, hacia el oriente, sobre las crestas de los montes, el alba ...

Y, entonces, gritó:

- ¡Corneta de guardia, toca la *diana*!